
CONQUISTAS
DE
LOS ESPAÑOLES EN ÁFRICA

ORÁN Y MAZALQUIBIR (1).

- § 16. Rota y muerte del Gobernador de Orán.
§ 17. El Gran Turco decreta la toma de Orán y Mazalquibir.
§ 18. Ataque y defensa del fuerte de San Miguel.
§ 19. Asalta Hascen á Mazalquibir, es rechazado y levanta el sitio.

§ 16.

Malograda la expedición que contra Argel dirigió el Emperador Carlos V, el victorioso Queredín Barbarroja se enseñoreó de toda la tierra, despojando á Abu-Abdala, Rey de Tremecén, que instó al Gobernador de Orán para que le concediese algunas fuerzas que reanimasen á sus partidarios y le ayudasen á reconquistar el Reino. Salen 600 Españoles con cuatro tiros, á las órdenes de Alonso Martínez de Angulo, y confiados en las inteligencias del destronado Abdala, intérnanse en el país, caen en una celada y son hechos pedazos: veinte hombres tan sólo pudieron salvarse, y trece con Angulo quedaron cautivos.

Pero Carlos V quería la reposición de Abu-Abdala, y no era Monarca que fácil cediese de sus propósitos: dió, pues, en 1544 órdenes terminantes al Gobernador, que lo era entonces el Conde de Alcaudete, quien dispuso un ejército de 9.000 peones y 400 caballos. El de Amet Buecin, Rey entonces de Tremecén, mandado por su General Almanzor, le salió al encuentro. Duro fué y porfiado; mas vencido Amet, desamparada la ciudad, entrada á saco, degollados los contrarios de Abdala y sentado éste en el trono,

(1) Véase la pág. 251 del t. V.

volvióse Alcaudete á Orán, rompiendo á más de 100.000 Moros que de todas partes acudían á cortarle la retirada.

Algunos años después volvió la plaza de Tremecén á caer bajo el yugo de los Argelinos, gobernados por Hascen, hijo de Barbarroja. El Xerife de Marruecos, con quien mantenían los Españoles amistosa correspondencia, vino á sitiarla, pidió artillería al Gobernador de Orán; pero no quiso éste ponerla en aventura y se la negó: por ello y por haber acudido Hascen al socorro con más de 20.000 hombres y una fuerte escuadra, levantó el cerco acosado por Hascen, que le derrotó junto á Fez. El Gobernador D. Martín Alfonso de Córdoba, primer Conde de Alcaudete, como varón de larga experiencia, quiso aprovechar el enojo del Xerife y propúsole confederarse y atacar á Tremecén y á Mostagán, quedando aquella plaza para él y ésta para España. Vino en ello el Xerife, y el Conde soliviantó las tribus enemigas de Argel, y cuando lo creyó en sazón, marchó á la corte, expuso sus planes, y aunque con repugnancia de los Consejos de Estado y Guerra, logró por fin que se le autorizase para la empresa. El 26 de agosto de 1558, dejando confiada la plaza á su hijo mayor D. Alonso, salió el Conde con 6.500 peones, 200 caballos y á más los aventureros; llevando por segundo á su hijo D. Martín de Córdoba, mancebo de grandes esperanzas.

Temiendo la veleidad natural de los Moros, y no fiando en sus promesas el sustento del ejército, cargó de vitualla y munición nueve bergantines, que costeando, habían de apoyarle en sus operaciones. Cual lo sospechó, acontecióle: los Moros, en vez de unírsele como le habían ofrecido, levantaron bienes y haciendas y se refugiaron en Mostagán. Á los pocos días hambreaba el ejército, y tuvo que torcer la ruta en busca de los bergantines. Al llegar á Masagrán acometióle gran golpe de Turcos y Alárabes, pero se retiraron desbaratados con pérdida de 300. Acogieronse á Mostagán, y el Conde retrocedió á Masagrán, siguiendo su camino en busca de los víveres que necesitaba en gran manera. Desgraciadamente una escuadra argelina, que venía de saquear á San Miguel del Condado de Niebla, topó con ellos, y apresándolos, quedó sin vitualla el ejército. Acongojóse la gente, y quién quería volver á Orán por municiones y víveres, quién combatir á Mostagán, donde encontrarían abundancia de bastimento y fácil defensa contra los enemigos. Á esta opinión se redujo el Conde, porque no se dijera había retrocedido: vano punto de honra, que no debió prevalecer contra la razón de la guerra.

Acometió la vanguardia, rompió á la guarnición que esperaba fuera de Mostagán, y tan brava siguió en la acometida, que algunos soldados se encaramaron en los muros y un Alférez llegó á plantar su bandera. Temiendo quizá un descalabro, el Conde, en lugar de favorecer, prohibió hasta usando de la fuerza, secundar tan venturosa arremetida: obedecieron los soldados, que el mandar es de la cabeza, aunque el error del que manda lo hayan de pagar todos. Formó campo, cañoneó sin efecto con dos piezas uno de los torreones, y tuvo noticia de que venía Hascen á toda prisa en socorro de Mostagán.

D. Martín adelantóse para reconocerlo, y como aunque mozo era de gran seso para las cosas de la guerra, que no todas las partes de buen Capitán se cifran en los años, conjuró á su padre ahincadamente para que le diese 4.000 hombres, con que caer sobre los Turcos cansados y dormidos, y de seguro derrotarlos á la trasnochada. Negóse el Conde y se retiró hacia Masagrán, publicando, con más jactancia que cordura, que Hassen no se atrevería á pelear con sus Españoles.

Dispuso, no obstante, las batallas como habilísimo soldado, mas perdió tiempo, y al llegar á Masagrán desordenóse la tropa por beber en la fuente que corre cerca de la muralla. No les dió respiro Hascen: antes de que pudieran refrescarse ni cobrar la ordenanza, acometióles por todas partes. Fatigados por el hambre, la sed, el sueño y el cansancio, bisonos y sin disciplina los más, resistieron sin embargo, hasta las cuatro de la tarde.

La confusión ocasionó un grande estrago: el repuesto de la pólvora se voló con muerte de más de 500 hombres. Á la explosión huye todo el ejército cargado por los Turcos. Dos veces el valeroso Alcaudete da del acicate al caballo, y á la tropa el grito de Santiago; nadie le sigue, que sólo tras los muros de Masagrán esperan salvarse. Empéñase el Conde en hacerles salir y volver caras, y al pasar por un postigo arremolínase la gente, se encabrita el caballo, cae el Conde, y en aquella angostura muere entre los pies de la multitud: llega en esto Hascen y quedan todos prisioneros. El Argelino mandó cerrar las puertas de Masagrán para que los Alárabes no los degollasen, pero los Xeques reclaman su parte y alancean bárbaramente á 800. El cuerpo de D. Martín Alfonso de Córdoba fué desenterrado, que Hascen quiso ver á aquel fiero Capitán, espanto de Berbería: luego le cedió en rescate á su hijo D. Martín por 2.000 ducados, prometiéndole que lo enviaría á Orán, quedando él en tan-

to en Argel cautivo, donde estuvo algunos años (1). No tardaron muchos en que el cautivo y su señor volvieron á encontrarse frente á frente en los campos de batalla.

§ 17.

A la infausta rota de Orán siguió la de los Xerves, con lo que acrecieron los bríos de los Mahometanos. El Gran Turco, deseoso de habérselas desembarazadamente con España, su eterna opositora, firmó treguas con el Emperador Fernando de Alemania, mediante la libertad de los principales cautivos de los Xerves, y mandó al Dey de Argel que atacase á Orán y á Mazalquibir. Reunieron los Argelinos en el siguiente año un poderoso ejército; súpolo el Rey Felipe, y para socorrer aquellas plazas aprestó en Málaga una flota de 24 galeras, las 16 italianas, con cerca de 4.000 soldados sin la marinería y chusma, al mando de D. Juan de Mendoza.

Estalla una deshecha tempestad, se refugia la armada en el puerto de la Herradura, y el 19 de octubre de 1562, las galeras, el ejército y el General fueron sepultados en las olas. El litoral español quedó completamente á merced de sus más encarnizados enemigos.

Al esparcirse entre los Berberiscos los sucesos de los Xerves y la completa destrucción de la armada de D. Juan de Mendoza, se destacan de todos sus cubiles, y confabulados con los Moriscos valencianos y granadinos, no dan vagar á las riberas españolas con frecuentes desembarcos, con sorpresas nocturnas, saqueando los pueblos, paralizando el comercio, reflejándose en las aguas del Mediterráneo el temido pabellón rojo, verde y amarillo de Argel, desde el cabo de Creux hasta el de Finisterre.

Poseíamos entonces en Africa tan solo á Orán, Mazalquibir, la Goleta y Melilla, escasas de fuerza, pertrechos y bastimentos, por la falta de naves. Hascen, obedeciendo las órdenes del Sultán y por seguir las tradiciones de su familia, decidió lanzar de África á los Españoles: al efecto mandó predicar la guerra santa, respondieron los Xeques de Tremecén, Túnez, Milhiana y Constantina, y reunió 50.000 hombres, abundantemente provistos de víveres y artillería. Una formidable escuadra de 36 galeras, 3.000 soldados y 40 cañones grue-

(1) Luis de Cabrera en su *Felipe II, Rey de España*, y otros.

sos, había de secundar al ejército de tierra, que tenía que atravesar unas ochenta leguas para llegar á Orán. A principios de abril de 1563 emprendió su marcha, y vencida la aspereza del camino, acampó en Aceñuelas, á una legua de la plaza.

Gobernábala el bizarro Conde de Alcaudete D. Alonso de Córdoba, y á sus órdenes, ya libre del cautiverio, su hermano D. Martín, de no menores bríos. Al rumor de la jornada avisó á España, reforzando mientras las fortificaciones, recogiendo víveres y preparándose, como experto Capitán, á los azares del sitio. Felipe II, en cuidado por la suerte de las plazas, ordenó á Málaga, Sicilia, Nápoles, Milán, Malta, Florencia, Saboya, Génova y Venecia que acudiesen con bastimento; pero antes de que llegase el socorro se presentaron los sitiadores.

Orán y Mazalquibir, como tan próximos; pues que el segundo es el puerto del primero; se auxiliaban mutuamente, y para enlazarlos, se fortificó una loma intermedia con un castillo llamado de *San Miguel*, que servía de atalaya y de defensa. Con el objeto de impedir que se aproximasen los sitiadores, se construyó también un castillejo cerca de la muralla con nombre de *Los Santos*. Las tropas de Alcaudete eran pocas, los víveres escasos, la munición no larga.

Tentó el Conde una salida con 80 caballos y 600 infantes para retardar la circunvalación, pero replegóse á la plaza, convencido del peligro que corría contra fuerzas tan desiguales.

§ 18.

Regularizado el sitio, Hascen embistió el fuerte de *Los Santos*; el puñado de gente que lo defendía peleó obstinadamente y se entregó después capitulando su libre paso á Orán, que se les ofreció, sin que se les cumpliese. El sitiador entonces abrigó á sus tropas tras del Cerro Gordo, á fin de evitar el cañón de la plaza, y juzgando acertadamente que la posición de *San Miguel* era la llave de Mazalquibir y éste la de Orán, asentó sus baterías contra el fuerte defendido por Francisco de Vivero, Pedro de Mendoza y el Capitán Gallarreta.

Pensando Hascen en apoderarse del castillo á escala vista, ciega el foso con faginas y lo asalta bruscamente; pero los sitiados rechazan la acometida, y las fuerzas de Mazalquibir salen y dispersan á la columna de asalto. Hascen entonces aumenta con el grueso del ejército el número de los sitiadores, dejando al frente de

Orán 24.000 peones y 4.000 caballos para tener en respeto á la guarnición. Alcaudete refuerza la de Mazalquibir y D. Martín la de San Miguel con la compañía de Bartolomé Morales. El veterano Alcaudete, con espolonadas continuas, destruye los forrajes, quema las faginas, provee la plaza y no deja ni un momento de reposo á los Argelinos. Cierta que el asedio se llevaba con poco vigor; la escuadra no había llegado; acometida por contrarios vientos, tuvo que volver á Argel para reponerse, y faltando á los sitiadores la artillería gruesa, limitóse el sitio á un estrechísimo bloqueo.

Un mes habría transcurrido, cuando el 1.º de mayo los pífanos y atabales de los Moros resuenan por el campamento; sus bajeles aparecen en las aguas de Mazalquibir con refuerzo de tropas y provisión abundante. Asientan baterías con gruesos tiros, estrechan el cerco, baten rudamente la fortaleza, desmantelan las defensas, intiman la rendición y recibido á arcabuzazos el parlamentario, dan un asalto furioso, con no menos coraje sostenido: balas, flechas, piedras y alcancías, cuanto á mano encuentran sirve de arma á los defensores. Desmayan los Turcos, y muertos los más valientes, se replegan á sus líneas. Truena de nuevo el cañón, y al romper del alba, con ímpetu creciente se arrojan contra el muro; pero resisten los Españoles con igual denuedo. Ciega la cólera á Hascen, repite en el mismo día el tercero, el cuarto y el quinto asalto, y cada vez es rechazado con mayor pérdida. Llega la noche, forma con gente de fresco otras columnas y ordena la sexta arremetida; los Turcos, por borrar sus derrotas, los Españoles por conservar sus ventajas, pelean con furor entre las tinieblas que iluminaban tan sólo el momentáneo relámpago de las explosiones y el resplandor siniestro de los fuegos de artificio. La constancia española por fin triunfa; los Turcos se retiran, los fosos están cegados por los cadáveres y al pie de las murallas yace el del Xequé de Constantina.

Comunicábanse los dos Gobernadores por medio de algunos renegados que de noche se introducían en los fuertes; por intrépidos nadadores que salvaban el trozo de mar que los separa, y cuando los vientos repelían de la costa á la escuadra argelina, por las barcas con que enviaba D. Alonso refuerzos é instrucciones á su hermano.

Hascen, avergonzado de la impotencia de su numeroso ejército, solicita de D. Martín permiso para recoger el cadáver del Xequé, ofreciendo levantar el sitio: accede D. Martín, pero Hascen no piensa en cumplir su palabra. Las compañías de D. Francisco Cárcamo y D. Pedro de Mendoza refuerzan la guarnición del castillo; en Mazal-

quibir apenas quedan defensores. Los heridos eran transportados desde el fuerte, al puerto, y cuando se presentaba ocasión favorable, del puerto, á Orán.

Hascen en tanto redobla sus esfuerzos. El 7 de Mayo se pone á la cabeza de la columna de asalto. Baten la muralla con furiosa artillería y embisten los Argelinos en montón, como hombres desesperados: arriman las escalas á los muros; el estandarte del Profeta ondea en la barbacana ¿Han cedido los Españoles? No: acuden con nuevo brío, despeñan desde el adarbe á los asaltantes, rompen sus escalas y los abrasan con la pez y el alquitran inflamados. No se oye un grito entre los que combaten: el duelo es á muerte y la ira traba las lenguas; sólo en temeroso estruendo suenan el fragor de las armas, los ayes de los moribundos, la voz de los Capitanes dando órdenes á sus soldados. La carnicería es horrible; á las dos horas de esfuerzos sobrehumanos, los Turcos baten retirada: los gritos de «Victoria por España» llenan por séptima vez el espacio y resuenan de colina en colina hasta perderse en Mazalquibir.

Breve fué el reposo: dos horas tardó Hascen en renovar sus columnas; las arenga, y furiosas claman por el asalto. A los escasos defensores que restaban, agobiados por la fatiga; si no corazón, menguábanles las fuerzas, teniendo que pelear con enemigos incesantemente remudados. Juegan los cañones del campo, responden los de la fortaleza y los de Mazalquibir, y entre nubes de humo, como si nunca hubieran sido escarmentados, arremeten los Moros, trepan por las escalas y dos banderas turcas ondean en los adarbes. Acuden al reparo los Españoles, sueltan los mosquetes, y las picas, y las espadas se cruzan con los alfanjes y los yataganes. Todo está perdido; triunfa el número, los sitiadores arrollan á los sitiados, que se replegan en las últimas defensas. Súbito lanzan fuegos de artificio sobre los vencedores, cuyas ropas arden, y vacilan y se detienen: entonces los Españoles se arrojan contra ellos, les derriban del terraplén, y cayendo de rodillas, alzan al cielo sus manos en acción de gracias á Jesús crucificado.

Pero rotos los lienzos, cuarteadas las torres, lo interior reducido á un montón de escombros, moribundo Gallarreta, heridos todos los demás Capitanes, diezmada la guarnición, es imposible la resistencia. Además, cauto el enemigo, trata de ganar el fuerte por la zapa y emprende la mina. D. Martín de Córdova envía para reconocerla al capitán Melchor de Morales, quien aconseja el abandono de San Miguel. Para que el presidio de Mazalquibir asegurase la

retirada, salen cinco soldados; cuatro caen en poder de los sitiadores, que habían apostado en el camino 100 escopeteros; salvóse, empero, el quinto, que lo puso en noticia del Gobernador. Al oír los espingardazos de los Turcos que daban caza á los fugitivos, descuélganse por la sierra otros veinte soldados, creyendo que distraídos aquéllos en la persecución, podrían burlar su vigilancia y refugiarse en Mazalquibir. Síguelos toda la guarnición, desamparando artillería, municiones y heridos; acometen los Turcos, acude á contrastarlos D. Francisco de Cárcamo (1) con 100 arcabuceros que protegen valientemente la retirada, hasta que abrigados bajo el cañón de la plaza, juega la artillería y obliga á los Argelinos á retroceder con harto daño propio, cesando en la persecución de los Españoles, que lo habían recibido no escaso, y muertos ya el capitán Gallarreta y el alférez Quesada.

§ 19.

Á los pocos defensores del fuerte de San Miguel que sobrevivieron se les recibió con vítores y aplausos en Mazalquibir, cuyo estado no era sin embargo satisfactorio: debilitada su guarnición por los continuos refuerzos enviados al fuerte, solo contaba con 470 soldados útiles y 80 vecinos. El 9 de Mayo, Hascen, dueño de la abandonada fortaleza, da recia batería á Mazalquibir y manda un parlamentario á D. Martín de Córdoba, ofreciéndole honrosísimas capitulaciones, si abría las puertas, ya que la resistencia era inútil, falta de defensores, escasa de artillería y maltratada en sus reparos: «Tenemos la plaza por el Rey de España y sólo la rendiremos con la vida: si tan pobre de defensas está, ¿por qué no venís á asaltarla?» contestóle D. Martín, y Hascen ofreció cumplirle colmadamente su deseo.

El 20 de Mayo forma dos columnas de 6.000 hombres, pónese al frente de la una, fía la otra á los Xequés más valerosos, envía por delante 12.000 Alárabes, para que en ellos quebrase la furia de los fuegos de la plaza, y manda el asalto. Aquella noche recibe Don Martín refuerzos de Orán. Impávidos los defensores, dejan que se acerque la primera batalla y á quemarropa disparan la artillería y

(1) Hernando de Cárcamo le llama Salazar.

arcabuces. Grande fué el estrago: 500 Turcos pierden la vida. No vacilan, sin embargo, los que quedan; arriman las escalas al muro y en una almena ondea el estandarte tricolor de los Argelinos; pero son desalojados por la indomable valentía de los Españoles; el ímpetu de los asaltantes se estrella en la resistencia de los defensores, como la ola embravecida contra el peñasco inmóvil que la rechaza. Retíranse, ruje mientras desencadenada la tempestad y azota el rostro de los Turcos, que cegados por el viento y por el agua, apenas pueden defenderse de la guarnición de Orán que los acosa por todas partes.

Murió en la defensa el alcaide Luis Álvarez de Sotomayor, Capitán valeroso, y sitiados y sitiadores se preparaban para nuevos sucesos, cuando unas naves con vituallas y municiones esquivan, á favor de la obscuridad, el cuidado de los Argelinos y entran en el puerto y animan á la guarnición con la noticia del próximo socorro.

Iguales noticias habían llegado ya Hascen, que indeciso, reúne un consejo de guerra para determinar si había de levantarse el sitio ó seguirse las acometidas. Opinaban casi todos por lo primero; prevaleció, sin embargo, lo segundo, por más arrimado al parecer de Hascen; que siempre el que aconseja, acomoda el consejo al paladar del poderoso.

Resuélvese el 1.º de junio un asalto general por mar y por tierra con todas las tropas disponibles. D. Martín lo sabe, y confesada y comulgada su gente, recorre la línea con un crucifijo en la mano y anima al presidio á combatir por la fe y por la patria, anunciándoles las recientes nuevas. Un grito de entusiasmo le interrumpe, y los soldados ocupan sus puestos para recibir á los Turcos que con gentil compás se acercaban dando espantables alaridos. Caen 700 antes de tocar al muro; pueden empero fijar 24 escalas, y aquí la lucha fué horrible: con piedras, fuego, bombas y toda clase de tiros contrastaban los sitiados la furia de los asaltantes, que, sin embargo, ganaban terreno. Aplican entonces mechas á unos barriles de pólvora, los arrojan desde los adarbes, y revientan en medio de las apiñadas masas de los Argelinos: despedazados miembros pueblan el aire, álzase un clamor de suprema agonía, las columnas retroceden, furioso Hascen quiere detenerlas; imposible, huyen despavoridas.

Apuntaba apenas el nuevo día cuando Hascen, alfanje en mano y abrazada la adarga, pónese al frente de los suyos, acomete una y otra vez, y dándoles ejemplo, se expone á todos los peligros: cinco

horas de inútiles esfuerzos agotan su constancia; los fosos y ruedos de Mazalquibir están sembrados de cadáveres y tiene que ordenar la retirada. En su furor jura abrasar la ciudad. El 6 de junio acomete de nuevo, y de nuevo es rechazado: repite el 7 con desesperada temeridad, y se estrella contra el muro de hierro que forman los Españoles. Obstinado Hascen, pasa la noche en juntar los restos de su ejército: rehace sus columnas, manda el asalto; pero súbito el estampido de la artillería española, las campanas de Orán y Mazalquibir al vuelo, gritos de júbilo, músicas marciales llenan el espacio; la armada sitiadora se arremolina, escapan algunas galeras, maniobran confusas las más desprevenidas, hacen todas señales al campamento para que se pongan en salvo, y á lo lejos descúbrense en el brumoso horizonte las blanquecinas velas de la deseada flota.

Al poco tiempo D. Nicolás de Rocafull en su ligera fusta llega al puerto; la armada española da caza á la argelina, que huye á boga arrancada, perdiendo nueve bajeles. Cuatro mil soldados é innumerables Caballeros voluntarios, con los Generales D. Francisco de Mendoza, D. Álvaro Bazán y Juan Andrés Doria desembarcan en Mazalquibir: abrázanse los Españoles, loan los recién venidos el valor de aquel puñado de valientes y salen á recorrer el abandonado campamento.

Hascen, al ver la fuga de sus fuerzas navales, y conociendo que las españolas se le echaban encima, levanta el sitio, inutiliza apresuradamente lo que no podía llevar, y revienta las piezas de batir para que no caigan en poder de los sitiados. Al mismo tiempo, entre las salvas de artillería, el estridor de los clarines, el redoble de los atambores y el confuso vocerío de la multitud, salen las guarniciones de Orán y Mazalquibir, incomunicadas desde el principio del sitio, corren á encontrarse y los heróicos Gobernadores, los dos hermanos Córdovas, al par que los soldados de ambas fortalezas, se abrazan tiernamente con lágrimas en los ojos. Juntos ya con los expedicionarios, marchan á picar la retaguardia del enemigo; pero llevándoles mucha delantera, vuelven á la plaza. Reparadas las fortificaciones, abastecido y reforzado el presidio; la armada compuesta de cinco galeras catalanas, cuatro de Nápoles, doce genovesas, cinco de Malta, tres de Saboya y una del Abad de Lupián, zarpó para Málaga, tocando á su paso en Cartagena.

Tal fué el cerco de Orán y Mazalquibir, en que Turcos y Españoles se mostraron dignos rivales. D. Felipe remuneró con larga mano á los defensores, y nombró á D. Alonso de Córdova Virrey

de Navarra. La pérdida de Orán y Mazalquibir hubiera llevado tras sí la despoblación del litoral de la Península y en las costas de África la ruina completa del poderío español (1).

LEÓN GALINDO DE VERA.

(Se continuará.)

(1) Tan heroica se estimó la defensa de Mazalquibir, que el Príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, previno en la décimosexta manda de su testamento: que se hiciese una renta perpetua de 3,000 ducados para D. Martín de Córdoba, hermano del Conde de Alcaudete, en premio de la defensa de Mazalquibir que hizo en 1563, «por la voluntad que siempre ha tenido de hacer bien y merced á los que aventajadamente sirven.»

PRIMER DRAMA ESPAÑOL
DE ASUNTO NACIONAL, REPRESENTADO EN 1524
É ILUSTRADO AHORA
POR D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

HISTORIA
DE LA
GLORIOSA SANTA OROSIA
compuesta
POR EL BACHILLER BARTOLOMÉ PALAU,
NATURAL DE BURBÁGUENA.

La cual es una historia muy sentida y apacible para representarse.

¶ AUTO PRIMERO.

A 2.

DON RODRIGO, Rey de España.—FIRMIANO, ayo suyo.—UN PAJE.—UN EMBAJADOR.

REY. ¿Qué dice mi Firmiano?
 ¿hay alguna novedad?

FIRMIANO. Que guarde tu Majestad
 nuestro Dios muy soberano.

REY. No debes venir en vano.

5

FIRMIANO. No, Señor;
 porque el fiel servidor

NOTAS. El inmortal autor del *Quijote* reprendería quizá mi celo de poner anotaciones á este drama; pero tales somos llegados, que no sólo parecen necesarias, sino indispensables, si hemos de entender lo envejecido ya en la lengua, ó ignorado ó mal aprendido en historia.

1 Firmiano es figura simbólica de un ayo sabio, y firme y leal consejero.

3 Don Rodrigo. Véase el discurso preliminar.

VARIANTES. Van aquí, al pie, las que respecto del sentido salen al paso en la edición de Barcelona, hecha en casa de Sebastián de Cormellas el año de 1637, y cuido también de advertir qué paginación lleva este antiguo ejemplar.

(A 2.)

- es obligado á pensar
lo que cumple á su señor,
sin punto se descuidar. 10
Y así, vengo á visitar
tu Excelencia,
y hablar con tu licencia
en secreto una razón.
- REY. Puedes decir tu intención 15
sin empacho ni vergüenza.
¿Son secretos de conciencia?
- FIRMIANO. No, Señor,
sino secretos de amor. 20
No de amor lacivo y vano,
sino de padre ó hermano
que te busca todo honor.
Muy poderoso Señor
sublimado,
una sentencia he hallado 25
digna de grande loor,
de un grande gobernador
que fué Licurgo llamado.
El cual gobernó el reinado,
según ley, 30
lacedemonio y su grey
con muy famoso vivir;
y después les dió por ley
lo que ahora quiero decir:
que quien hubiess' de regir 35
el reinado,
ser pretor, ó adelantado,

13 **y hablar con tu licencia.** En este y en muchísimos versos del drama es necesario aspirar la *h*, como se hacía en España durante los siglos XVI y XVII; pues de otro modo el verso no constaría.

16 **vergüenza.** Para aconsonantar esta voz con *licencia* y *conciencia*, había que decir *vergüencia*. Pero el escritor aragonés, ó por rudeza de oído, ó por ánimo impaciente, ó por indebida libertad poética, usa muchas rimas bastardas; y tales como *diestro* y *presto*; *parta* y *falta*; *carta* y *trata*; *patria* y *prosapia*; *constancia* y *bienaventuranza*; *falsa* y *pasa*; *Hiebra* y *piebra*; *misericordia* y *gloria*; y *conocerte* y *gente*.

31 Lacedemonico,

34 agora

35 que quien huviessse de regir

capitán, rey ó censor,
monarca ó emperador,
fuese, por honor, casado; 40
y si no, fuese privado
del oficio
ó reynado, ó beneficio
de toda gobernación.
Y no fué fuera de quicio 45
su sentencia y opinión;
porque él daba esta razón
toda vía:
que el hombre que no sabía
regir su casa y mujer, 50
menos podría saber
regir reino y monarquía.
Esta sentencia y porfía
los Romanos,
Atenienses y Egipcianos 55
tuvieron muy aprobada;
y fué de muchos guardada
y llevada entre las manos,
entre otros muy ufanos
que ha hubido. 60
Acuérdome haber leído
en Plutarco esta otra ley:
que los Lidios á su rey
tenían tan constreñido
y de contino enducido 65
á casar,
que no pudiesse reinar
él, ni en nada les mandasse
hasta que determinasse
con su mujer se casar. 70

60 **hubido.** Habido. No es aragonesismo, pues semejante forma se encuentra en el lenguaje sayagués, leonés, salamanquino y zamorano.

- 43 Reynado, estado, ó beneficio
53 profia,
62 esta ley
65 y le enduzian de contino a casar
68 el ni les mandasse

Y si venía enviudar,
 por su hado,
 luego quedaba privado
 del reino y gobernación,
 hasta que sin dilación 75
 él volviese á ser casado.
 Esto tal fué ordenado,
 á mi ver,
 porque el príncipe ha de ser
 como un espejo y dechado 80
 que de todos es mirado
 y en él se quieren rever.
 Con su virtud y valer
 y costumbre
 ha de dar á todos lumbre 85
 de perfeta honestidad;
 y todos de su alta cumbre
 han de tomar claridad.
 Lo cual, hablando en verdad
 á mi ver, 90
 no se puede bien hacer,
 porque es astuto el demonio,
 si por santo matrimonio
 no recibe su mujer;
 porque no podrá vencer 95
 toda vía
 el desseo y fantasía
 de los carnales placebos,

71 **enviudar.** *Embiudar* traen la edición de 1637 y el manuscrito. Ni en éste ni en aquélla es consecuente la ortografía; y rara vez convienen ambos en la respectiva á la mayor parte de las voces. Por ello me desentiendo de la ortografía y cuido con esmero de la pronunciación.

98 **placebos.** El último versículo del salmo 114 es *Placebo Domino in regione vivorum*, «Agradaré al Señor en la tierra de los vivos.» Pero como sonase repetida é intempestivamente en boca de ciertas personas el *Placebo Domino* para cohonestar sus acciones todas, la voz *placebo* llegó en las escuelas de Salamanca á emplearse maliciosamente en la significación de «apetito, capricho, gusto;» y así la encontramos usada familiarmente por escritores graves.

74 del Reynado, y gouernacino

79 (*falta* ha de ser)

80 (*Vuelve la hoja A 2.*)

92 porque astuto el demonio

95 podran

que á los viejos y mancebos
nos destruyen cada día. 100

Por tanto, mucho querría
sin dilación,
pues que tienes discreción,
juicio y entendimiento
para el real regimiento, 105
y no te falta razón
y buena reputación,—
que es más sano
que todos pongamos mano
en buscarte una mujer 110
conforme á tu merecer
y á tu estado soberano.
Porque, cree á Firmiano,
que sin esto
no puedes vivir honesto 115
con la juvenil edad;
sino que has de dar muy presto
en la común vanidad.
Y no querría, en verdad,
que por tal guisa 120
dejases la fama y risa
abominable y inica
que dejó el rey Egica
á su hijo el rey Vitisa.
Ya sabes con cuanta prissa 125
me he mirado
en tu presencia y estado,
en niñez y juventud,
porque en crianza y virtud
saliesses aventajado; 130
hasta tanto que has llegado
á discreción
y á días de perfección,
con costumbres y aparejo

112 y a tu estado sublimado

122 abominable, y maldita,
que dixo el Rey Egypta

124 el Rey Bitisa,

que te tienen por espejo de toda nuestra región.	135
Y por aquesta razón que has oído, los Godos te han escogido por rey de toda la España, caudillo de la cabaña do muchos reyes ha hubido.	140
Y pues que Dios lo ha querido, yo querría se buscasse compañía conforme á tu Excelencia; y en esto, á gran diligencia, por cualquiera modo y vía.	145
Y, con esto tal, podría tu Alteza conservar la gran nobleza de tu persona y estado, según estás reputado, que no cabe en tí vileza; y darte ha naturaleza, de razón, el fruto de bendición que suceda en el reinado.	150
Y si en aquesto he errado, pido á tu Alteza perdón: que la cobrada afición y querer me han hecho así atrever á hablar con tu Excelencia.	155
Y descargo mi conciencia en decir esto, á mi ver. Pues sabe tu gran poder imperial que tu padre natural te me dejó encomendado,	160
<i>A 3.</i>	165
	170

135 que tienen por espejo

148 por qualquier modo y vía

161 que la obrada afición,

164 (*A 3.*)

y serme hía mal contado
 si no te fuese leal.
 Si en esta plática tal
 atrevida
 he salido de medida, 175
 Dios sabe mi intención,
 mi voluntad y afición;
 la cual, cierto, no es fingida.
 REY. Todo el tiempo de mi vida,
 mi Firmiano, 180
 te he tenido por hermano,
 y aun puedo decir por padre;
 pues que mi padre y mi madre
 te me dieron por la mano
 para que, como cristiano 185
 muy honesto,
 fuesses mi ayo y maestro,
 y me diesses buen costumbre,
 consejo, doctrina y lumbre,
 como hombre sabio y diestro. 190
 Y yo siempre he estado presto
 y aparejado
 para cumplir tu mandado,
 como tu hijo obediente;
 y siendo tú mi sirviente, 195
 he sido yo tu criado.
 Y lo que digo ha pasado
 por tal tenor
 que, como fiel servidor,
 tú con tino me has servido;
 y siendo yo tu señor, 200
 en todo te he obedecido:
 porque siempre he oído,

186 y 191 **onesto y presto.** Rimas bastardas de *maestro* y *diestro*.

- 171 y serme ya mal contado
 181 te tenido
 183 pues mi padre y mi madre
 191 y yo siempre estado presto
 y aperejado
 198 por tal temor

sin dudar,
 que nunca supo mandar
 quien no quiso ser mandado, 205
 ni menos sabrá enseñar
 quien nunca ha sido enseñado.
 Y con aquesto he ganado
 por tu lanza
 honra, costumbre, crianza, 210
 fama, virtud y nobleza,
 ciencia, saber, altiveza,
 qu' es gran bienaventuranza.
 Y pues esta buena andanza
 me ha enmendado, 215
 por haber siempre tomado
 tu consejo y parecer,
 siempre lo quiero hacer;
 que yo creo no iré errado.
 Verdad es que había pensado 220
 no casarme
 tan presto, ni cautivarme,
 hasta haber hecho proezas,
 hazañas y gentilezas
 que pudieran señalarme, 225
 y con ellas divulgarme
 por entero
 en todo reino extranjero:
 y fuera mucho ayudar,
 para inuy mejor hallar 230
 mujer de estado y dinero.
 Pero toda vía quiero
 obedecer
 tu consejo y parecer;
 porque pienso acertaré. 235

FIRMIANO. Para mí es gran mercé
 tú quererlo assí hacer.
 Pero quiero responder
 sin pereza
 á quanto dice tu Alteza, 240

236 mercéd

240 quanto dize tu Alteza

que primero de casarte,
quisieras más demostrarte
con hecho de fortaleza.

¿Hay mayor hecho y grandeza
y rectitud,

245

A 3 v.

que seguir á la virtud
y huir hombre de vicios?

No hay mejores beneficios
ni de más beatitud.

Pues si en tu juventud
has tú sido

250

virtuoso y recogido,

que te quiero hora alabar,

¿qué más fama quies ganar
de la que ya has adquirido?

255

Ultra desso, tú has vencido
con gran honor

al rey Vitisa traidor,

que esto bien decirlo puedo,

que mató á Theodofredo,

260

tu buen padre y tu señor.

258 **Vitisa.** «Pues Vetisa seyendo aun vivo, estando en Córdoba en desterramiento assi, començo a reynar el rey Rodrigo con el ayuda e con el poder que ouo de los Romanos.» ALFONSO X, *La Estoria de Espanna*, II, 55.

Betisa e Egica dos reyes godos fueron
de muy mal regimiento, e así se mantovieron.

PEDRO LÓPEZ DE AYALA, *El libro de palacio*, estrofa 624.

260 **Theodofredo.** Fué duque de la *Bética*, hijo del rey Chindasvinto y hermano de Reccesvinto y primo de Ervigio. Casado con Ricilo, de ella tuvo á D. Rodrigo, último de los reyes godos de España. En Córdoba, espléndida cabeza de la provincia, labró para sí magnífico palacio, donde habitaron luego los Amires de los Califas y los Humeyas de Occidente. Con error el ARZOBISPO D. RODRIGO, III, 17, supuso á Theodofredo hijo y no hermano de Reccesvinto; y escribió que Wittiza, temiendo que el Duque ambicionase la corona, le desterró á la ciudad capital de su mando, y le hizo allí sacar los ojos. D. Rodrigo vengó á su padre, añade el ARZOBISPO, destronando al Monarca, apoderándose del trono, é imponiendo á Wittiza la pena del Talión. Según esta fábula, Wittiza murió desterrado y ciego en la aurífera ciudad del Guadalquivir.

241 casarse

242 quiera mas demostrarse

244 ay mayor hecho y pobreza

247 (*Vuelve la hoja A 3.*)

251 has sido

254 quieres ganar

258 Bitisa

- REY. Todo fué con tu favor
Firmiano,
y con el Pueblo Romano.
- FIRMIANO. Yo te ayudé con consejo, 265
y Roma con aparejo.
Mas tú pusiste la mano,
que fué hecho muy ufano
y muy fuerte,
en vengar allí la muerte 270
de tu padre singular,
y en volver á recobrar
el reinado, por tu suerte.
No hay para qué detenerte,
á mi ver, 275
en demostrar tu valer,
tu linaje, ni hacienda,
sino que luego se entienda
en darte, Señor, mujer.
- REY. Tú lo puedes disponer 280
de hoy más,
y hacer lo que querrás,
dando parte á mi Consejo.
- FIRMIANO. Yo te haré aquel aparejo
con que tú descansarás. 285
Y en esto tú acertarás,
sin mentir,
y podrás mejor regir
tus reinos y monarquía,
y más contento vivir 290
con mujer y compañía.
Que no hay mejor alegría
en esta vida,
más loable, ni tenida,
que estar hombre colocado 295
con su mujer y casado,

264 con el Pueblo Romano. Especie equivocada, que vulgarizó el ARZOBISPO D. RODRIGO, III, 17, alucinado con las palabras del PACENSE, 34: *Rudericus tumultuose regnum*, hortante senatu, *invadit*. Pero éste no es el *Senado Romano*, sino el *Senado Español*, que residía en Toledo.

289 Reynos y monarchía,

- qu' es un gozo sin medida;
 en especial si es polida
 y virtuosa,
 fiel, honesta, generosa, 300
 graciosa y de buen asiento,
 si es de buen entendimiento,
 si es humilde y amorosa.
 Empero si es soberviosa
 ó deshonesta, 305
 no hay cosa más molesta.
 Querría, por Dios eterno,
 más vivir en el infierno,
 que tener con ella fiesta:
 porque contino está puesta, 310
 sin duda alguna,
 en los cuernos de la luna
 con sobervia y presunción,
 sembrando siempre cuestión,
 siempre harta é importuna. 315
- REY. Mucho debe á la fortuna,
 á mi ver,
 el que ha buena mujer;
 Dios le tiene de su mano.
 Por tanto, mi Firmiano, 320
 emplea aquí tu saber;
 y mira, sin detener,
 lo hacedero.
- FIRMIANO. Señor mío, lo primero
 ha de ser buscar persona 325
 muy conforme á tu corona
 en virtud, sangre y dinero.
 Y en esto decirte quiero
 que, pensado

297 **qu' es.** Separo ambas palabras y pongo apóstrofo donde está omitida la vocal idéntica. En la edición de 1631 se estampa *ques:* forma que también ofrece la copia del ejemplar en letra de tortis.

329 que pensado entre mi
 no se halla
 cosa tal en toda España
 que conuenga a su estado
 hase de buscar estraña

no se halla á tu estado 330
 44. cosa tal en toda España,
 hase de buscar extraña
 en otro ajeno reinado.
 Sabe que soy informado,
 en esta cosa, 335
 de una doncella hermosa
 que de Bohemia es princesa;
 cuya fama es muy expressa,
 persona muy virtuosa.
 Llámase doña Orossa, 340
 según he oído;
 sus padres han fallecido,
 que fueron buenos cristianos;
 no sé si tiene hermanos
 ó si sola ha sucedido. 345
 Sé que no tiene marido,
 ni velado.
 Es reina de grande estado,
 virtuosa y gentil dama;
 y vuela tanto su fama 350
 que ya el mundo ha rodeado.
 Por ello, tengo pensado
 que, sin tardar,
 le debes luego enviar
 un muy buen embajador, 355
 y le escribas con amor
 si quiere con tí casar.
 Y entre tanto podrás dar,
 como es razón,
 parte é información 360
 á los nobles del Consejo.
 REY. Pues hágase el aparejo,

340 **Orossa.** De esta suerte, en el manuscrito cuantas veces se nombra á la santa; pero en la edición de 1637 leemos siempre *Orosia*.

331 (A 4.)

334 y sabe

338 cuya fama muy expressa

350 y vuela mucho su fama

por el mundo ha rodeado

por tanto tengo pensado

- no pongáis más dilación.
Cúmplase vuestra intención
sin detener: 365
vos lo podéis bien hacer.
Tomad mi anillo, escriví,
firmad y sellad por mí
todo vuestro parecer.
Desde aquí os doy mi poder 370
muy cumplido.
- FIRMIANO. Pues tú dello eres servido,
yo pondré mi diligencia.
- REY. Hasta hoy por tu experiencia
y tu saber me he regido.— 375
¡Ola, pages! ¿Dónde han ido!
¿Dónde estáis?
Qué, ¿tan presto os trasportáis!
¿Qué nos manda vuestra Alteza?
- PAGE. Andad presto, sin pereza, 380
y mirad n'os detengáis;
sino que en un salto vais,
por mi amor,
y decí á mi Embajador
que mando que venga acá. 385
- PAGE. A la fe que assí se hará.
—¿Dice tu Alteza al mayor?
- REY. Sí, y en un punto venid.—
Mi Firmiano, decid,
por mi amor: 390
al llamarla, ¿será error
si algunas joyas le envío?
- FIRMIANO. No, Señor, á cargo mío;
antes será gran honor.
- PAGE. Ya viene el Embajador. 395

378 os trasportais? *Transportarse*, lo mismo que *transponerse*, vale «quedarse á deshora medio dormido.»

383 por mi amor
por mi Embaxador
que mandó yo venga acá.

PAG. Dize su alteza al mayor?
391 a llamar que no sera error

- REY. Entre, pues.
- EMBAJADOR. Beso las manos y pies
de mi Rey y mi Señor.
- REY. Bien venga mi Embajador.
- EMBAJADOR. ¿Qué es lo que, Señor, me quies? 400
- REY. Oid, y saberlo heis
sin dilatar:
que luego, sin más tardar,
si es posible, tú te partas
á llevar unas mis cartas 405
que Firmiano te ha de dar;
y de presto caminar,
por mi amor,
porque cumple assí al honor
de mi persona y servicio. 410
- EMBAJADOR. Yo haré, Señor, mi oficio
como leal servidor.
Pero dígame, Señor:
¿su Alteza
A 4 v. á donde las endereza? 415
pues que el saberlo me apremia.
- REY. Á la Reina de Bohemia,
que es dechado de nobleza.
Y te diré con presteza
mi intento. 420
Ven; entremos acá dentro.
Id á escribir, Ayo, vos,
mientras hablamos los dos
aquí dentro en mi aposento.

401 Oyd saberloheys

415 (*Vuelve la hoja A 4.*)

416 pues que a saberlo

421 dentro

hijos a escriuir Ayo vos
mientras hablamos los dos
aqui dentro en mi aposento
á la hora.

AUTO SEGVNDO.

OROSSA.—PRUDENCIA, ama suya.—EMBAJADOR.

- PRUDENCIA. Á la hora 425
 ¿en qué piensa mi señora
 Orossa mía querida?
- OROSSA. En contemplar esta vida,
 que es lisonjera y traidora.
- PRUDENCIA. ¿Y por qué assí, Emperadora? 430
- OROSSA. Porque veo
 que nuestro mortal desseo
 de contino está avariento:
 nunca lo veo contento,
 so con cuita y devaneo. 435
 Y por cierta cosa creo
 no hay estado
 que no quiera ser mudado,
 pensando vivir contento.
- PRUDENCIA. Señora, es escusado 440
 que no hay contentamiento.
 Hallarás por fundamento
 que ni el rey,
 ni el más menor de su grey,
 ni el Summo Pontificado, 445
 ni el menor, ni el sublimado

425 Prudencia. Figura simbólica.

427 Orossa. Véase cuanto digo acerca de la protagonista del drama, en el discurso preliminar.

435 so. Sino. El salmantino LUCAS FERNÁNDEZ, en sus *Églogas y Farsas*, dice *son*. Véase en boca de un rústico pastor:

¡No tenía más que hácer
son poner
 mis duelos en vuestra lluengua!

Edición académica ilustrada magistralmente por el Sr. CAÑETE, página 90.

435 so con cuyta
 446 el menor, ni el sublimado
 esta contento en ley

sobre la mesquina grey,
 está contento en la ley
 de su estado;

ni el mercader fortunado, 450
 ni el más rico labrador,
 ni el monarca emperador,
 ni el cardenal, ni prelado,
 ni el capitán, ni soldado,
 ciertamente; 455

ni el necio, ni el prudente,
 ni el simple, ni el doctor,
 ni el esclavo, ni el señor,
 ni el medroso, ni el valiente;
 ni el rico, preponiente 460
 con riqueza;
 ni el pobre, con su pobreza;
 ni el harto, ni el hambriento;
 ni aun el mesquino avariento,
 ni el liberal con largueza. 465

En esta naturaleza,
 que es un viento,
 nunca habrá contentamiento,
 aunque largo poseamos
 todo lo que desseamos, 470
 con muy largo cumplimiento.
 Nuestro desseo es hambriento
 por tal cuenta,
 que ninguno se contenta
 en la suerte que ha nacido: 475
 ¡aquél piensa ser perdido,
 cuando alcanza mucha renta!
 Y si bien echas la cuenta,
 el labrador
 querría ser emperador; 480
 y el soldado, capitán;

460 **preponiente**, en el ejemplar manuscrito y en el impreso. ¿Pudiera ser errata de *prepotente*?

- 451 ni el corrido labrador,
 476 aquel, piensa es perdido
 que alcanza

	y el capitán, ganapán; y el monarca, labrador; y un pobre cavador arrastrado	485
	querría ser advogado; y el casado, ser más crego; y el clérigo ser más lego; y el menestral, gran letrado; y el inocente, avisado y fraudulento;	490
A 5.	y el liberal, avariento; y el más bobo ser alcaide: y finalmente no hay naide que en su suerte esté contento. Y si luego, en un momento, los estados füessen assí mudados como todos lo porfían, en este punto serían muy más dessasossegados; y querrían ser mudados de verdad:	495
	porque es todo vanidad, y nosotros muy más vanos; porque los hombres humanos no son sino liviandad.	500
OROSSA.	Dime, pues, con brevedad ¿qué habemos, ó por qué nunca podemos vivir hartos y contentos; y por qué estos pensamientos jamás sossegados vemos? Dime agora estos extremos extremados.	505
PRUDENCIA.	Porque estamos desterrados, en este desierto mundo,	510
		515

494 finalmente no ay nadie
495 (A 5.)
501 mucho mas dessasossegados,
y querian ser trasmudados
507 liviandad.

- de aquel reino floribundo
para do fuimos criados,
vivimos desossegados 520
con cuidado.
- Assí, como un desterrado
de su patria natural,
siente muy terrible mal
y nunca está descansado 525
sino muy desossegado,
pensatiuo,
viéndose assí cautivo
en cadena, como perro,
hasta cumplir el destierro, 530
ni bien muerto, ni bien vivo;
assí, con trabajo esquivo,
nós estamos
los que en el mundo moramos,
con descontento crecido, 535
hasta el destierro cumplido;
que será cuando muramos.
Mas, porque entonces no vamos,
por mal intento,
á muy mayor descontento 540
con destierro sempiterno,
que es al lago del infierno
do nunca falta tormento,—
habemos de ir con tal tiento
los mortales 545
en las cosas terrenales,
y tratar assí con ellas,
que no sean causa ellas
de perder las celestiales.
- OROSSA. Por evitar esos males, 550
he pensado
¡que tengo tierra y reinado!

518 **floribundo.** Siempre cubierto de flores.

551 que pensado
que tengo tierras y Reynado
alabo á mi Dios por ello,

- Alabo á mi Dios por ello;
mas no me hubiera pesado,
en verdad, de no tenello. 555
- PRUDENCIA. Si soy digna de sabello,
dí por qué?
- OROSSA. Oye, que te lo diré;
y pues tienes experiencia,
juzgarás, según yo sé, 560
que es gran cargo de conciencia:
porque, si miras, Prudencia,
el reinar
quiere saber gobernar
á sus súbditos y greyes, 565
absolver y castigar,
según disponen las leyes.
Los que Dios nos hizo reyes
sublimados
debemos ir desvelados 570
en lo que toca á nosotros,
á vosotros y á los otros
que nos están sujetados.
Pues, con aquestos cuidados,
¿qué ha de hacer 575
una inocente mujer
como yo, en mal punto hecha,
que aun no sé bien conocer
cuál es mi mano derecha?
¿Cuando pidan cuenta estrecha, 580
qué haré?
- PRUDENCIA. Señora, yo te diré.
Los reyes son obligados
á tener jueces letrados,
hombres de conciencia y fe. 585
- OROSSA. ¿Y adónde los hallaré,
alma mía?
No es el mundo el que solía:
ya ni hay fe, ni conciencia,

556 digno

558 Oye que yo te lo dire.

579 (Vuelve la hoja A 5.)

ni justicia, ni vergüenza: 590
 reina la bellaquería.

PRUDENCIA. Verdad es que hoy en día
 los señores,
 reyes, y emperadores,
 los jueces, y letrados, 595
 todos, son apasionados
 y juzgan por sus favores.
 Los bellacos malhechores
 y tiranos,
 los hombres malos profanos, 600
 los blasfemos soberbiosos,
 los infames mentirosos
 son tenidos por cristianos.
 Por sus tratos malos, vanos,
 y malicia, 605
 de su parte es la justicia:
 aunque suban por las breñas,
 dádivas quebrantan peñas
 y la negra de avaricia.
 Los que viven sin nequicia 610
 ni malos,
 los pobretes pecadores
 que afanan con sus manos,—
 éstos son malos cristianos,
 éstos son los malhechores. 615
 Ni hay ley ni valedores
 para ellos.
 Mas Dios volverá por ellos,
 que lo sabe y juzga todo,
 y á los malos en el lodo 620
 meterá de los cabellos,

(*Se continuará.*)

590 **vergüenza.** Vuelve, como en el verso 16, á rimar con la palabra *conciencia* este mismo vocablo; de donde infiero que el autor aragonés diría *vergüencia* en el manuscrito original.

611 **malos.** Del *malheur* francés, «miseria, desgracia, desdicha, infortunio;» pero entiendo que á *malor* da el Poeta significación de «vicio, delito, maldad aborrecible.»

601 y soberuios

619 que lo sabe ya el todo
 y los malos en el lodo

CARÁCTER

DE LOS

CONCEPTOS MATEMÁTICOS

II.

Tres caracteres marcan con sello indeleble las leyes y los productos del orden puramente experimental, decíamos al concluir nuestro precedente artículo.

La verdad empírica está limitada á los hechos en que se observó, y ni aun puede aplicarse á otros hechos análogos, sin aplicar, siquiera sea por manera inconsciente, leyes y principios del orden racional.

La verdad empírica depende en cada momento de las novedades que de sí arrojen nuevos hechos y nuevas experiencias: verdad hoy, puede mañana ser error patente, y hállanse, pues, todas las leyes y todas las verdades experimentales en perpetua inestabilidad.

La razón humana, por fin, ni rechaza ni prejuzga los hechos aislados, ni aun las leyes empíricas, y porque sean ó dejen de ser, no se siente herida en su organismo ni en su centro; muéstrase por tanto pasiva é indiferente para con los productos del empirismo.

Indiferencia, inestabilidad, limitación: hé aquí los tres caracteres de toda ley que sólo emana de la experiencia.

Precisamente tres caracteres opuestos constituyen en cierto modo la esencia de los conceptos y de los axiomas matemáticos. Esto dijimos al terminar nuestro primer artículo, y esto vamos á demostrar hoy.

Y la demostración es fácil para todo el que conozca las ciencias

matemáticas: basta citar un axioma, un teorema, una ley de la cantidad, ó del orden combinatorio, ó del espacio, para que en ese concepto puro resplandezcan *lo ilimitado ó infinito*, dentro de su género; *lo permanente y eterno*, ó que al menos así nos parece, en las condiciones actuales de nuestra razón; *la fuerza incontrastable* con que á nuestra razón se impone, que no parece sino que es ella misma que se refleja en sí, y que negar tales conceptos es negarse á sí propia y renunciar á toda vida, á toda existencia, á todo linaje de actividad.

Pero si la demostración debiera ser fácil para los matemáticos, no lo será tanto para la mayoría de nuestros lectores, á cuya indulgencia nos encomendamos al proseguir en esta enojosa y árida tarea, que con mejor deseo que buen consejo hemos emprendido. Válganos un ejemplo, para esta segunda parte de nuestra tesis, como nos valieron ejemplos diversos en la primera; y sea como ejemplo sencillísimo este teorema: *el orden de dos factores no altera el producto*; igual es repetir un número a tantas veces como unidades tiene b , que repetir el segundo número b las veces que indica a : ó en lenguaje algebraico $a \times b = b \times a$.

Pero ante todo observe el lector, que el teorema no es evidente: $a \times b$ indica cierta operación determinada, y otra operación distinta representa el símbolo $b \times a$; que los resultados sean idénticos es, pues, punto de prueba, y no verdad que directamente se imponga.

¿Qué representa, por ejemplo, 3×4 ? Esta suma, $3 + 3 + 3 + 3$: un 3 repetido 4 veces.

¿Qué representa, en cambio, 4×3 ? Esta otra suma, $4 + 4 + 4$; un 4 repetido 3 veces.

Que los resultados han de ser iguales, claramente se ve en este ejemplo, porque en uno y en otro caso obtenemos el número 12; pero ¿la ley será general? ¿Sean cuales fueren los números, siempre el producto del primero por el segundo será igual al producto del segundo por el primero? ¿La fórmula $a \times b = b \times a$ será ilimitada, es decir, se aplicará á todos los números imaginables? ¿Será permanente, ó contendrá excepciones y estará á merced de nuevos casos? ¿La recibiremos con perfecta indiferencia, ó se impondrá á nuestra razón como ley ineludible del algoritmo numérico y de las realidades que representa? Vamos á verlo.

Apliquemos ante todo, por manera de contraste, el método empírico á la demostración ó al descubrimiento de la verdad propues-

ta; examinemos hechos; pongamos ejemplos; repitamos durante días, durante años, siglos enteros, multiplicaciones y más multiplicaciones: 3×4 y 4×3 ; 15×8 y 8×15 ; 43×300 y 300×43 ; una tabla de Pitágoras, en fin, aplicada, no á los números dígitos, sino á la serie infinita de los números.

Y siempre veremos la ley comprobada; siempre $a \times b$ será igual á $b \times a$; y podremos proclamar tras esta serie de experimentos, si la palabra vale, la siguiente *ley empírica*: *el orden de dos factores no altera el producto*. Pero mientras no se emplee otro método; mientras no se salga de los hechos, como tales hechos aislados; mientras todo sea experimental, la ley sólo valdrá por lo que valen las experiencias en sí, estará á merced de un nuevo ejemplo en que pudiera fracasar la prueba, y ante el cúmulo inmenso de operaciones numéricas, la razón permanecerá fría é indiferente.

Aunque se atestaran museos y bibliotecas y almacenes de resmas de papel, cubierta cada hoja de ejemplos y multiplicaciones, y en todos ellos el producto de los dos factores ensayados fuese igual al de los mismos factores invertidos, no podríamos ni aun así afirmar como afirma el matemático, que $a \times b$ es igual á $b \times a$, sea cual fuere a y sea cual fuere b .

¿Podemos someter á prueba todos los números? No, porque la serie es ilimitada: indefinida como dicen unos, infinita como dicen otros, sin términos ni fin como dicen todos. Y faltando un solo caso *por experimentar*, y no uno sino infinitos nos faltarían siempre por muchos que experimentásemos, amagada de ruina y destrucción estaría nuestra verdad científica á cada momento y á cada nuevo ensayo.

Si el método experimental pudiese abarcar *todos* los hechos, *todos* los casos, *todos* los ejemplos, absolutamente *todos*, se convertiría en método racional y absoluto de demostración, y en algunos teoremas matemáticos esto sucede; pero como maravilla tal no puede realizarse por el empirismo, como sólo la razón humana puede hacer en un punto la síntesis de un infinito, de ahí que el método matemático se oponga con caracteres especialísimos y de otro rango al método puramente experimental.

Y vamos á verlo oponiendo al procedimiento empírico, que acabamos de ensayar, la verdadera demostración matemática del teorema.

Para hacernos comprender más fácilmente, sea el caso particular 4×3 , *símbolo* como veremos, del caso general $a \times b$: y empeza-

mos por un caso particular, no porque sea necesario, sino porque será más claro.

¿Qué es el número 4? La suma de cuatro unidades, $1+1+1+1$: un signo material que representa esta fila de unos, esta agrupación numérica.

¿Luego qué será repetir 3 veces este número 4? Repetir 3 veces esta fila de unidades y abarcar el conjunto con el pensamiento como una totalidad.

Es decir, que 4×3 estará representado en el siguiente cuadro, grupo ó reunión de números:

$$\begin{array}{cccc} 1 & + & 1 & + & 1 & + & 1 \\ 1 & + & 1 & + & 1 & + & 1 \\ 1 & + & 1 & + & 1 & + & 1 \end{array}$$

el cual se compone de 3 filas de á 4 unidades.

Pero *este mismo cuadro, esta totalidad*, puede considerarse compuesta de *cuatro* columnas de á *tres* unos, que para hablar á los sentidos, pondremos á mayor distancia que en la tabla precedente, y en esta forma:

$$\begin{array}{cccc} 1 & & 1 & & 1 & & 1 \\ + & 1 & + & 1 & + & 1 & + & 1 \\ + & 1 & + & 1 & + & 1 & + & 1, \end{array}$$

donde ya se ve claramente, que una columna, que vale 3, está repetida 4 veces, porque hay cuatro columnas; luego ese cuadro ó conjunto, que representaba el producto 4×3 , representa también el producto 3×4 .

Y así 4×3 y 3×4 no son más que descomposiciones de *un mismo todo*; agrupaciones distintas en la forma de *un mismo número*; divisiones que el pensamiento hace en el interior de una *masa numérica única*; y pues representan siempre lo mismo, el mismo todo, idéntico número, un conjunto invariable, claro es que 4×3 y 3×4 , no sólo son, sino que deben ser iguales, y no podrían dejar de serlo.

Quizá algún partidario fanático del método empírico lea con triunfante sonrisa la demostración que precede, reparando que al fin y al cabo los números 3 y 4 vienen á representar, como ya dijimos al principio, un caso particular y concreto, lo cual quita á la prueba su pretendida generalidad; pero aun prescindiendo de que el razonamiento hecho es independiente del valor numérico

de los factores, y subsiste con toda su fuerza para todos los demás casos, aun así ha de notarse, que la verdadera demostración, que es la que ahora vamos á dar y la que ya podrán comprender nuestros lectores, salva todos los escrúpulos, deshace todas las objeciones y vence todas las dificultades

Vamos á probar que $a \times b$ es igual á $b \times a$, y empezamos por abarcar lo infinito de la serie numérica en estos dos símbolos a y b : a , cualquiera número; b , otro número cualquiera.

¿Qué es a ? La suma de a unidades:

$$1+1+1+1\dots\dots\dots+1,$$

y en esta fila el número 1 está repetido a veces.

¿Qué es $a \times b$? La repetición b veces de la fila anterior: es decir, el siguiente grupo de unidades:

	Columna 1. ^a	Columna 2. ^a	Columna 3. ^a		Columna a . ^{ésima}				
Fila 1. ^a	1	+	1	+	1	+	+	1
Fila 2. ^a	1	+	1	+	1	+	+	1
Fila 3. ^a	1	+	1	+	1	+	+	1
»								
»								
Fila b . ^{ésima}	1	+	1	+	1	+	+	1

Pues en este cuadro está la evidencia del teorema; porque considerando esta totalidad dividida en columnas, tendremos tantas como hay cifras iguales á 1 en la primera fila, es decir, a columnas; y cada columna contendrá b cifras iguales también á 1; luego cada columna que vale b está repetida a veces; y el mismo cuadro ó suma que representa $a \times b$ representa $b \times a$.

Resumiendo: la misma totalidad, la masa de cifras iguales á 1, que se agrupan en la tabla que precede, puede considerarse formada de dos distintas maneras: por filas horizontales ó por columnas.

En el primer caso cada fila vale a y está repetida b veces, de donde resulta $a \times b$.

En el segundo, cada columna vale b y está repetida a veces, lo cual se expresa de este modo: $b \times a$.

En ambos casos la totalidad descompuesta es la misma; luego los resultados son iguales.

¿En qué se parece esto á una serie de multiplicaciones aisladas? ¿En qué á ese procedimiento estéril y penoso por el cual se hace constar experimentalmente la exactitud del teorema para unos cuantos casos, dejando casos infinitos fuera de la prueba?

Fuerza es convenir, si el espíritu de secta no nos ciega, que ambos métodos son de todo en todo distintos, y aun opuestos; como que el uno es un procedimiento inductivo, y las matemáticas son ciencias deductivas, y sus procedimientos, procedimientos *à priori*.

Teniendo presente en el espíritu el cuadro general que precede, ningún hecho, ningún ejemplo puede quedar fuera de la demostración; porque los números particulares que puedan citarse serán siempre el número a y el número b , que con ser indeterminados lo son todo.

No hay, pues, limitación alguna para nuestro teorema, como no hay peligro alguno de que puedan venir nuevos hechos á negarlo.

Pero hay más; de tal modo penetra la razón en lo íntimo de esta ley numérica, si así puede decirse; de tal suerte descubre el por qué de la igualdad propuesta, que no comprende mayor evidencia, ni que en caso alguno deje de ser, ni que exista poder capaz de destruirla. Si este teorema fuese falso, la razón se sentiría inutilizada y muerta para siempre y para todo. La ruina de un solo teorema matemático es la ruina del entendimiento humano. Sus moldes se rompen; su organismo estalla; sus luces son negras; sus armonías caótico desórden, si lo que vé con tan perfecta claridad es por ventura falso ó dudoso siquiera. Que no se discorra ya en nada, ni sobre nada, ni por ningún método; que mayor grado de certidumbre, que en éste y otros teoremas, ni se ha obtenido, ni podrá obtenerse jamás. Rebajar el nivel de la ciencia matemática al nivel de la ciencia experimental, es hundir en las olas de la duda el único faro que ilumina y dirige y atrae á cuanta ciencia navega por entre escollos y arrecifes.

Y este ejemplo que hemos presentado es ejemplo mezquino, y quizá no el más propio para poner en evidencia lo que evidenciar pretendíamos; pero la índole de esta publicación nos vedaba mayores complicaciones técnicas y ejemplos de mayor alcance.

La matemática pura no es otra cosa, que admirable tejido de procedimientos intelectuales, análogos al que hemos expuesto

como débil muestra y tipo elemental de más altos y más fecundos métodos. Siempre el matemático abarca *un infinito* de casos particulares, que tienen determinado carácter común, en una *fórmula universal* que en sí los comprende todos; mientras el empirismo y la experiencia se detienen en lo particular y concreto: siempre el matemático combina por las leyes de la lógica y apoya sobre axiomas *à priori* aquellos datos generales: siempre sus consecuencias se aplican, no á este ó al otro caso, sino á la serie infinita de números ó cantidades que arrojó en los moldes de su razón.

¿Es que los procedimientos que los matemáticos aplican no son tan seguros como imaginan? ¿Es que el edificio de la Aritmética, del Álgebra, de la Geometría, del análisis infinitesimal, no está tan resguardado de los asaltos de la duda, como ellos presumen? Pues aun en esta hipótesis, si sobre cuanto se piensa y cuanto se siente la duda puede caer, buscando presa, y ejercitando estragos, es lo cierto, que aun dentro de la duda hay categorías y clasificaciones y grados diversos: una cosa es la que inspiran las leyes empíricas á todas las filosofías, y otra cosa, profundamente distinta de aquella, la duda filosófica que determinadas escuelas y un escepticismo sistemático pueden engendrar.

El creyente como el ateo, el racionalista como el discípulo de Comte deben dudar de toda ley empírica, por la naturaleza del método que ha servido para la elaboración de tal ley; el excéptico dudará aun de la infalibilidad de la raza humana, pero esta es una duda que se superpone á la que todo procedimiento experimental lleva consigo.

Sobre los teoremas matemáticos pesa la duda sistemática del escepticismo filosófico; sobre las leyes empíricas pesan dos capas, por decirlo así, de dudas y temores, la general de la filosofía y la particular propia del método.

Mientras el calculador no haga otra cosa que *experimentar productos de dos números*, podrá temer que algunos de los no experimentados contradigan la regla; pero al punto que aplica el método racional antes expuesto ú otro de la misma índole, ya no puede dudar de la exactitud del teorema, sin dudar de la razón en su totalidad.

¿Y no es ésta una diferencia profunda, esencial, invencible de ambos métodos? Si por tales caracteres no se distinguen dos procedimientos científicos, ¿por qué otros caracteres, ni cómo, ni cuándo podrán distinguirse?

Cuando á tales extremos llega lo absurdo, y cuando en tales exageraciones cae el espíritu de escuela, de secta ciega y fanática diríamos mejor, toda imparcialidad es imposible, imposible toda discusión, y el amor por tales ó cuales métodos degenera en verdadera monomanía, cuya curación más compete á médicos alienistas que á filósofos y pensadores.

Pero continuemos nuestra ingrata tarea, y completemos las observaciones que preceden con el examen de tal ó cual aparente objeción, que á lo dicho pudieran oponer los invasores de las matemáticas puras, en nombre de las modernas teorías experimentales.

No dejarían de argüirnos éstos, que al fin y al cabo todos los conceptos empleados en nuestra precedente demostración son de origen empírico. ¿De dónde proceden—nos dirían, porque esto han dicho varias veces—el concepto de número, el de unidad, el de suma, el de totalidad, todos, en fin, los que nuestra demostración emplea ó supone? De la experiencia, y no más que de la experiencia: luego ésta, como todas las demostraciones matemáticas, no hace otra cosa que combinar resultados y productos del orden puramente empírico.

¿Y qué axiomas, qué principios, qué reglas emplea vuestro método? continuarían diciendo. Reglas y principios recogidos del mundo exterior; de lo que vemos, de lo que experimentamos, de lo que la práctica diaria nos presenta. Un todo dividido en partes: sistemas posibles de división: combinaciones diversas de los elementos dentro del conjunto: hé ahí vuestros grandes medios, agregarían, y todos ellos en la experiencia están, ella os los muestra, y de ella, sin saberlo, los habéis tomado.

En primer lugar, yo niego, y aquí está el fundamento del conflicto entre unas y otras escuelas, que la idea de número, la de totalidad, la de divisiones varias de esta totalidad en partes, la de todos estos conceptos y principios, y otros análogos, sean de origen puramente experimental. Porque hay aquí una verdadera confusión que mi entendimiento rechaza, que toda la ciencia condena, y que es causa funestísima de las consecuencias más absurdas. Confunden los defensores del absolutismo empírico y experimental las causas *determinantes* con las causas *verdaderas*; la pequeña llama de un fósforo arrojado en un polvorín, con el inmenso estallido de las potencias latentes en él acumuladas; el esfuerzo muscular del guarda-agujas en una vía férrea, con la fuerza viva del

tren que puede ir por uno ó por otro carril; lo que cambia la forma y la apariencia de grandes energías, con las energías mismas.

La experiencia diaria, el mundo exterior, las vibraciones de los sentidos, son estímulos que despiertan las dormidas potencias de nuestro sér; pero todos los grandes principios que la razón proclama, en ella estaban como energías latentes; los puso en actividad la experiencia, pero la experiencia no los trajo, que no hubiera podido darles lo que ella no tiene y lo que resplandece en todos los conceptos matemáticos: la *universalidad* y la *necesidad*, caracteres señalados ya por Kant en su admirable *Crítica de la razón pura*.

Y esto, más que una teoría, es un hecho, del cual pueden dar distintas explicaciones las distintas escuelas filosóficas, pero que á todas ellas se impone.

Esos conceptos que yo afirmo, en términos generales, que en el *sér humano* están, y que la experiencia no hace otra cosa que poner en juego, serán para el espiritualista energías del alma que despierta, y para ciertos positivistas, en quienes sólo encuentra débil eco la tradición del sensualismo, serán condiciones propias de la maquinaria orgánica del cerebro; pero aquéllos como éstos deben reconocer que hay una actividad propia en el entendimiento, que lejos de venir de la experiencia, á la experiencia se impone y á toda la ciencia moderna lleva los caracteres de universalidad y necesidad de los conceptos matemáticos. Porque es lo cierto que jamás el método experimental ha realizado mayores prodigios que en nuestro siglo y en nuestros días; y, sin embargo, jamás las aplicaciones de las ciencias matemáticas han sido más extensas ni más profundas; ni nunca la armonía entre aquel método y este ha sido más perfecta, cada cual obrando en su esfera, cada cual dentro de sus límites y ejerciendo sus funciones propias, mal que pese á unas y á otras exageraciones.

Yo niego, pues, que los conceptos y los axiomas matemáticos sean de origen puramente experimental: hay en ellos, como en todos los conceptos del entendimiento, dos partes que ya distinguió con su profundo análisis el gran filósofo de la *Crítica de la razón pura*; y la parte *à priori* es tan evidente, tan clara, tan necesaria que aun los que pretenden anularla, de ella misma se valen en sus razonamientos, empleándola sin saberlo, y dándole fe para negarla.

Pero concedámoslo todo: sea lo que nuestros adversarios suponen: y por vía de argumentación demos que todos los conceptos,

y todos los axiomas, y todos los principios matemáticos vengan del campo de la experiencia, y aun así resulta que el método experimental sólo dá *leyes empíricas*, que ni se presentan como universales, ni como necesarias; sobre las que pesa siempre la duda; que están á merced, como tantas veces hemos dicho, de que pudieran existir dos números cuyo producto invertido fuera distinto del producto directo, y que jamás llegan á la evidencia racional; al paso que esos mismos conceptos experimentales, que esos mismos axiomas empíricos que, en fin, tanto material grosero, como solo dió con aquel método leyes imperfectas y dudosas, elaborados por métodos matemáticos llegan á engendrar el mayor grado de evidencia á que puede llegarse en esta vida; hasta tal punto que la razón dice, cuando acaba de contemplar un teorema de Álgebra ó Geometría: «si esto no es verdad, no sé lo que la verdad sea; si esto pudiera dejar de ser, es que estoy fabricado con la trama del error, y llevo en mí nieblas eternas, y no vale la pena que discurra sobre nada, si al fin las mayores evidencias son los mayores absurdos.»

En qué consiste, pues, que ambos métodos dan tan distintos resultados? Porque con los mismos materiales el uno deja siempre pendiente la duda y sin concluir la demostración, y el otro impone su evidencia y la hace tan una con el órgano del pensamiento, que para romperla hay que romperlo también?

Si esta diferencia no se ve, tanto peor para el que no la vea: si se reconoce y no se explica, tanto peor para el método que quiere convertir su impotencia en troquel supremo de la verdad; pero explíquese ó no, fuerza es reconocerla; y diferencias sustanciales que están en la realidad de las cosas, no se anulan porque se nieguen, ni las leyes eternas del universo están á merced de las exageraciones de una escuela, ni de los extravíos de sus adeptos.

Sucede aquí lo que en otras cuestiones aún más altas. No existe en los mundos más que materia inerte y movimiento, dicen algunos: oxígeno, hidrógeno, ázoe y carbono por los espacios, en los soles y en los globos; oxígeno, hidrógeno, ázoe y carbono en el hombre: todo es uno; esto no es más que aquello; no hay en el sér que piensa ninguna energía distinta de las que vemos en el gas que se dilata ó en el astro que gira. Y, sin embargo, el hombre siente, piensa, tiene una conciencia y una personalidad; ¿cómo en esta suma hay algo que no tienen ó que no aparece en los sumandos? Problema inmenso. Resuélvase como se quiera ó no se re-

suelva, no es éste por hoy nuestro objeto; pero no se desconozca su dificultad ni se nieguen los términos en que la realidad lo plantea.

Pues otro tanto podremos decir respecto á estos dos mundos, el que se compone de hechos recogidos *à posteriori*, el que se organiza en las esferas de la razón.

¿Por qué, si todos los conceptos, si todos los axiomas son puramente experimentales y se componen de sumas ó agregados de hechos, al caer dentro del organismo matemático, como el oxígeno, el ázoe, el hidrógeno y el carbono al caer dentro del organismo humano, dan unos y otros, empirismos y átomos, lo que no tenían; y cambian sus condiciones y su carácter; y de ellos, concretos y contingentes, resulta lo universal y lo necesario de la ciencia matemática, y las grandes categorías de la razón?

La objeción cae, pues, ante el absurdo que engendra; pero como no es única, bueno será agotarlas todas, siquiera en sus rúbricas generales.

Tal será el objeto del próximo artículo.

JOSÉ ECHEGARAY.

SEGUNDO PROCESO

INSTRUÍDO POR LA INQUISICIÓN DE VALLADOLID

CONTRA

FR. LUIS DE LEÓN

AHORA POR PRIMERA VEZ PUBLICADO.

(Continuación.)

En vallid (1) A cinco dias del mes de hebrero de mil e qui.^{os} e ochenta y dos años antel s.^{or} Inqui.^{or} lic.^{do} Joan de arrese estando en su au.^a (2) de la tarde pareció sin ser llamado vn frayle que dixo llamarse frai Jo.ⁿ de sancta cruz, prior del monasterio de nuestr.^a s.^a de fresdelval de la orden del s.^{or} sant hier.^{mo} (3). E pre.^{to} (4) la testificacion de suso scripta de su letra y firmada de su ma.^o E debajo de juram.^{to} q.^e ante todas cosas hizo, dixo que lo en ella cont.^{do} (5) es verdad y paso como en ella se contiene y que no lo dize por odio sino por descargo de su consciencia. E dixo ser de hedad de quarenta e seis años poco mas ó menos.

Pregunt.^{do} como se llamaua el p.^e de la compañía que diçe sustento las conclusiones el dia de s.^{or} sant seuastian.

dixo que no lo saue.

Pregunt.^{do} en las segundas conclusiones que diçe presidia el maestro R.^s (6) que este t.^o se hallo presente quien era el que sustentaua.

(1) *Valladolid.*

(2) *Audiencia ó despacho del día, como juez del tribunal del Santo Oficio.*

(3) *San Ferónimo.*

(4) *Presentó.*

(5) *Contenido.*

(6) Rodríguez, según manifiesta Fray Luis en su primera confesión, refiriéndose á este acto, y puede verse más adelante en este número.

dixo que frai Joan de la orden de sant benito que no saue el sobrenombre mas de que entiende es hijo de vn señor e se hallaron al dho. acto el dho. maestro R.^s y frai Joan de gueuara y fray p.^o de aragon agustinos y los maestros frai domingo bañes fray domingo de guzman dominicos y el maestro çumel y maestro curiel y frai luis de s.^{ta} m.^a de la orden de san hier.^{mo} y otros muchos y bio que todos ellos contradixeron mucho al dho. sustentante y al dho. frai luis de leon (1) en lo que deçian aunque entiende que el maestro curiel (2) tiene esta opinion porque está y reside en sant bicente y lo comunicaua con el dho. sustentante.

Pregunt.^{do} quien sustento el ter.^o acto en la compañía y quien presidio y quienes se hallaron presentes.

dixo que no conoçe al sustentante pero que el que presidio era el segundo letor de la compañía que le dixeran se llamaua el padre Enriquez (3) e que se hallaron presentes el dho. maestro curiel y el doctor benito fernandez colegial de ouiedo y lic.^{do} mantilla colegial de s.^t h.^{mo} y vn letor de s.^t fran.^{co} y otros muchos los quales todos arguyeron contra la dha. opinion y la sustentauan e defendian los dhos. sustentante y presidente. E diciendo este t.^o (4) al dho. maestro curiel que aquello no se podia sufrir e que si no bastauan razones, que potencia lo auya de concluir (5). El dho. maestro Curiel repaso algo y dixo por vtra vida que eso a de ser así y este (6) dixo que quando no ouiese otro que este lo bernia a manifestar a

(1) Subrayado en el texto y sacado al margen en nota que dice: «*frai luis de leon.*»

(2) Idem, id., «*el M.^o Curiel.*»

(3) Como los de los dos anteriores, está su nombre anotado al margen. Estas anotaciones, que entonces como ahora tenían por principal objeto evacuar con mayor facilidad las citas hechas en las declaraciones, se convertían muy á menudo en origen de proceso, al punto que era casi lo mismo ser denunciado á la Inquisición que tener el nombre escrito en los márgenes de los procesos que instruía. Así empezaron el que anteriormente se siguió contra Fray Luis de León, que nació en los de los maestros Martínez y Grajal, el del P. Enríquez, los de Miguel Marcos y el maestro Curiel, que tomaron origen del presente, y otros muchos.

(4) Por *testigo*, y así siempre que se usa esta abreviatura.

(5) Esto es, que aquella diferencia de opiniones *se había de concluir por autoridad, ya que no bastaban razones*. Con cuyas palabras daba indirectamente á entender este testigo el propósito que había formado desde luego de delatar á la Inquisición las doctrinas y personas de sus contrarios, como lo declaró ya expresamente, acto continuo, al escuchar la réplica del maestro Curiel.

(6) El testigo.

este s.^{to} off.^o e despues de salir del acto dixo a este t.^o miguel marcos (1) lector principal de la compañía padre si ouiese algo yo lo contrario tengo y lo e leido y se hallará en mis scriptos a lo qual el dho. maestro curiel con una manera de desden dixo. yo esto e leido; aunque este t.^o no lo perçiuio bien. E que esto es la verdad so cargo del dho. juram.^{to} y que no lo diçe por odio (2). Encargosele el s.^o (3) prometiolo guardar y firmolo. (*firmado y rubricado*) fray Jo.ⁿ de s.^{ta} cruz.

Passo Ante mi (*hay un signo*) Pedro de burgos n.^o (4) (*rubricado.*)

En la ciudad de salamanca á 8 de março de 1582 estando El s.^{or} Inq.^{or} liçen.^{do} Jn.^o (5) de Arresse en la audiencia de la tarde entro a ella El mro. frai luis de leon catredatico en esta vnibersidad de Sal.^{ca} y de la horden de sancto agustin y psento. esta peticion E la juro en forma e pidio lo en ella p.^{do} (6)

CONFESIÓN DE FRAY LUIS DE LEÓN (7).

MUY ILL.^E S.^{OR}

El (8) M.^o frai Luis de Leon de la orden de s.^o Augustin catredatico de escrittura en esta vniuersidad de Salamanca digo. q.^e aura mes y m.^o o dos meses q.^e vn padre de la compañía de Jesus

(1) Hay una nota marginal que dice: «*Veasse lo que dize de este lector fray luis de leon, fol. 6,*» y en el folio citado aparece una llamada en que se hace constar que en esta declaración el testigo disculpa á Fray Miguel Marcos, presentándole como contrario á la doctrina denunciada.

(2) Ya habrán comprendido nuestros lectores que esto era fórmula usada en las declaraciones que se prestaban ante el Santo Oficio.

(3) El *secreto*.

(4) *Notario*.

(5) Es abreviatura de Juan, aunque irregular, muy usada en aquella época, y que se repite mucho en estos autos.

(6) Lo en ella *pedido*.

(7) En el original este epigrafe está puesto por nota en el margen, de letra del notario y de la siguiente manera: «*Confision de frai luis.*»

(8) Todo este escrito, así como los demás que presentó en su defensa en esta causa, es de puño y letra del mismo Fray Luis.

sustento en las escuelas en vn acto menor presidiendo el M.^o çumel vnas conclusiones en q.^e entre otras cosas tenia q.^e chto. nro. señor en las obras q.^e hizo en esta vida merecio, así como lo enseña la fe. Y vno de los arguyentes arguyo contra esta parte ansi (1). Chto tuuo mandam.^o del p.^e para hazer lo q.^e hizo, y no podia desobedecer al p.^e luego no tuuo libertad en ello, y así no merecio. Respondio el sustentante. q.^e el mandami.^o del p.^e determinaua la voluntad de chto quanto a la especificacion de la obra, q.^e es dezir q.^e fuese tal obra y no otra, mas no la determinaua quanto al exercicio, q.^e es dezir. a hazella agora o despues. y q.^e esta libertad q.^e chto tenia bastaua para que sus obras fuesen meritorias, q.^e es respuesta q.^e se suele dar comunmente. Replicó. Pongamos caso q.^e el p.^e le pusiera precepto no solo de la obra sino tambien del exercicio della. Respondió. que todavia mereciera en ella. porq.^e quanto a hazella con tal intension y por tales motiuos tenia entera libertad y la q.^e bastaua para el merito. Replicó. pongamos caso que le pusiera mandami.^o que hiziese tal obra y en tal tiempo y con tal intension y por tales motiuos y con tales circunstancias sin dexar ninguna q.^e no se comprehendiese debaxo del precepto. Respondió admitiendo el caso como posible y distinguio desta manera. Que si Dios ab eterno antes q.^e (antes en la manera q.^e los Theologos ponen en Dios antes y despues) Así que si Dios ab eterno antes q.^e se determinase de poner a chto. vn precepto semejante, vio q.^e su voluntad de chto. se determina a hazer la dicha obra q.^e en tal caso chto mereciera en hazella aunque dios le pusiera mandami.^o della y de todas sus circunstancias por q.^e la voluntad de chto se determinaua a ella antes del precepto. Mas, dixo, q.^e si dios ab eterno antes de ver q.^e la voluntad de chto. se determinaua en la dicha obra ordeno de mandarsela con todas sus circunstancias, q.^e en tal caso no mereciera en ella porq.^e por razon de q.^e chto veia la esentia de dios desde su nacimi.^o y los q.^e veen a dios necessariamente le aman y obedece. como lo enseña. los Theologos comunmente ansi q.^e por esta razon si dios le mandara a chto en quanto hombre hazer alguna obra mandandole todas sus circunstancias, y sin auer preuisto q. la voluntad humana de chto. de suyo se mouia a hazella. q.^e en tal caso y en tal obra chto. no mereciera. Esta respuesta por

(1) Al margen, y de la misma letra que la anterior, hay una nota que dice: «*Prudencio de Montemayor sacado á su proceso.*»

el poco sosiego q.^e ay en semejantes actos no la entendian algunos maestros y dezianlo ansí. Y yo que auia callado hasta entonçes dixé yo bien entiendo lo q.^e dize. porq.^e dize esto y referí lo q.^e tengo dicho. Replicó vno de los m.^{os} q.^e no me acuerdo quien fue. Esa distincion es escusada porq.^e dios antes q.^e vea la determinacion de nra. voluntad predifine, esto es, determina con voluntad absoluta y eficaz q.^e sean todas nras obras. Respondio el sustentante. Que en muchas de nras obras era ansí q.^e dios predifinia q.^e fuesen antes q.^e las viese ser. pero q.^e en todas no era ansí. (1) Y tratando desto y de lance en lance, el M.^o f. domingo de Guzman vino a dezir q.^e era eregia lo q.^e el sustentante dezia. yo ofendido de q.^e se pusiese tan mala nota a una cosa q.^e la dize ó la presupone por cierta toda la antigüedad de los s.^{os} padres, q.^e precedieron a s.^o Augustin y q.^e la afirman muchos otros doctores escolásticos modernos, aunq.^e era cosa q.^e no me tocava por q.^e yo nunca le auia enseñado ny defendido, dixé. no es heregía, antes conceder conceder q.^e predifinio dios en la manera sobredicha todas nras. obras sin exceptuar ninguna es lutheranismo, por q.^e las obras malas (2) y los pecados dezir q.^e dios predifinio q.^e los hiziesemos antes q.^e nra. voluntad se inclinava y determinava a hazellos es claramente el error de Luthero, y ansí dixé. q.^e esto q.^e quanto a este punto dezia el sustentante me parecia q.^e no era heregía, sino cosa cierta quanto a lo q.^e toca a los peccados y obras malas dezir q.^e dios no las predifinio como dicho es, y ansí lo confesaron los mas de los m.^{os} q.^e se hallaron allí. y quanto a las demas obras nras. q.^e no son peccados dixé q.^e me parecia opinable (3) y ageno de error en la fe dezir q.^e alguna dellas no predifinio dios q.^e fuesen antes de ver la determinacion de nra. voluntad. y señale las obras q.^e son indiferentes ny buenas ny malas y puse exemplo. como estar leuantado ó sentado hablar ó callar, a

(1) Se ve, por lo que aquí dice Fray Luis, que hasta esta parte de la discusión no había él manifestado ni sostenido doctrina alguna como profesándola, sino que había tan sólo explicado la que exponía el sustentante, y sin embargo, Fray Juan de Santa Cruz le atribuye en su declaración todas estas opiniones como propias y defendidas por él.

(2) Estas palabras «las obras malas» están subrayadas en el original, pero con diferente tinta que la usada en el escrito, lo cual indica que no las subrayó Fray Luis, sino sus jueces, sin duda porque eran las que más arriesgadas parecían.

(3) Esta palabra «opinable» está subrayada y al margen dice, de letra del secretario: «adelante en otra conf.^{on} dize que no carece de nota de temeridad.»

esto me dixo el m.^o guzman q.^e no auia obras indiferentes en particular y yo le respondí, q.^e no auellas era opinión y no fe. y q.^e quando no las vuese indiferentes quanto al ny ser buenas ny malas, pero q.^e las auia indiferentes como el sabia quanto al no ser meritorias, ny demeritorias, y q.^e de esas hablaua, y q.^e me parecia opinable q.^e las tales no predifinio dios q.^e las hiziesemos antes de ver q.^e nra. voluntad se determinaua a hazellas. sino q.^e despues q.^e vio ab eterno con la sciencia q.^e llama de vision q.^e las haziamos las ordeno a buenos fines. y q.^e así todas nras. obras las vnas y las otras cayan debaxo de la prouidencia diuina (1). Acabado el acto se lleo al vanco de los maestros vn padre lector de la compañía (2) y pidio q.^e le oyesen vna palabra y dixo q.^e se espantaua mucho q.^e el p.^e guzman pusiese nota de error a vna cosa como aquella q.^e la dezia s.^o thomas. y alego vno ó dos lugares del refiriendo sus palabras. y entonces el m.^o Vañez dixo. A lo menos las obras sobrenaturales q.^e hazemos y q.^e son efectos de la predestinacion dios las predifinio antes de q.^e viese q.^e eran. y respondió el lector. q.^e así era verdad. y dixo ybañez pues de esas se disputaua. y respondí yo claro es q.^e no se disputaua de esas pues yo señale las obras indiferentes, y puse por exemplo como estar leuantado agora ó hablar agora. y con esto se acabo. Acerca de lo qual digo lo prim.^o q.^e lo q.^e dixi en aquel acto fue puntualmente lo q.^e e dicho. q.^e no me parecia heregia lo q.^e deçia el sustentante acerca de la predifinicion sino cosa cierta quanto a lo q.^e tocaua a las obras malas y peccados. y cosa opinable quanto a lo q.^e tocaua a las obras indiferentes, ó en bondad ó en merito. aunq.^e es verdad q.^e no es opinion mia ny yo la e leydo. pero vna cosa es no tener ny seguir vna opinion. otra cosa es tenella por heretica ó no opinable. Lo 2.^o digo. q.^e yo me moui a dezir esto no porq.^e el sustentante lo vuese comunicado connigo

(1) Hasta aquí nos da Fray Luis de León toda su manera de pensar en la materia que se discutía, y lo hace tan clara y circunstanciadamente, que después de leerlo no cabe dudar de que su opinión era contraria á la del sustentante, y que por esto ni la sostiene ni la defiende, sino que se concreta á defender que siendo, como era, materia no definida por la Iglesia, podían profesarse sobre ella doctrinas diversas, sin que por ello se incurriese necesariamente en herejía, con tal que no se traspasasen los límites de la fe.

(2) Dice al margen: «*Contra Miguel marcos,*» que así se llamaba este lector, y por debajo inmediatamente: «*excusale fray In.^o de S.ta cruz a f.^o 4.*» Cuya excusa ya la conocen nuestros lectores por la declaración de este último.

ny yo supiese ny sospechase q.^e lo auia de dezir, porqu.^e el venir a dezillo fue cosa muy accidental. sino mouime lo vno por parecerme q.^e los p.^{es} dominicos le querian oprimir por ser de la compañía contra la qual se muestran siempre apasionados y lo otro y principal porqu.^e me parecio gran sin razon condenar por eregía vna cosa q.^e la presuponen por cierta muchos s.^{tos} y otros muchos catholicos s.^{tos} y no sanctos la afirman y defienden (1) los quales dare por memoria en otro papel el qual no presento agora delante de V. m. porqu.^e no le e acabado de escreuir. Lo 3.^o digo q.^e yo no se ny alcanço q.^e la sobredicha sen.^a (2) sea error. ny en aquel acto se mostro q.^e lo era ny por razon ny por authoridad y se q.^e es sen.^a como e dicho de muchos catholicos y s.^{os} pero digo q.^e yo estoi presto y aparejado a seguir en ello y en todo el juizio y censura deste s.^o tribunal a cuyo juizio siempre tuue sujeto el mio y le tengo agora.

Demas desto digo q.^e pocos dias despues en vn acto mayor q.^e sustentó un fraile benito presidiendole el m.^o rodriguez defendio q.^e con igual auxilio de gra. (3) preueniente dos hombres el vno se conuierde y el otro no porqu.^e no quiere seguir el mouimi.^o de la gra. q.^e es opinion de muchos hombres catholicos antiguos y modernos. Y trattandose della, porqu.^e se dezia en la escuela q.^e el m.^o yuañez dezia q.^e era error pelagiano yo dixi q.^e no tenia razon de ponelle aquella nota, porqu.^e s.^o augustin q.^e fue el mayor persecuidor de pelagio confesaua q.^e dezir lo q.^e aquella opinion dize estaua muy lejos del horror de pelagio. Y ley (4) el lugar de s.^o aug.^t y el m.^o yuañez me dixo q.^e leyese mas adelante y antes q.^e yo leyese refirió el de memoria las palabras q.^e se seguian y así yo no las ley, pero eran inpertinentes para el pproposito (5), porqu.^e las palabras q.^e yo ley son las siguientes. En el libro de prædestinatione sanctorum luego al principio: Peruenerunt (6) isti fres. nostri, pro quibus sollicita est pia

(1) Al margen se lee «ojo.»

(2) *Sentencia.*

(3) *Gracia.* Abreviatura que se repite algunas veces.

(4) Por *leí.*

(5) *Para el propósito.*

(6) Como, á causa de las muchas y anticuadas abreviaturas, y de la supresión ó adición de alguna palabra, aunque dejando íntegro el sentido, que empleó Fray Luis de León al escribir este pasaje de San Agustín, puede ser para unos oscuro y para otros ininteligible, nos ha parecido oportuno transcribirlo íntegro, y así lo hacemos: San

charitas vra. vt credant cu'. ecclia. chti, peccato primi hominis obnoxium nasci genus humanum nec ab isto malo nisi per justiciam secundi hominis aliquem liberari. peruenerunt et. ut preueniri voluntates hominum dei gracia fateant', atq. ut ad nullum opus bonum vel incipiendum vel perficiendum, sibi quemquam sufficere posse consentiant, retenta g.º ista in quæ peruenerunt plurimum eos a pelagianorum errore discernunt.

En las quales palabras confiesa s.º aug.º q.º los q.º conceden q.º ay gracia preueniente; y q.º sin la gra. ny podemos començar ni perficionar las buenas obras, estan muy lexos del error de pelagio todo lo qual concede la opinion que defendia el sustentante.— Las palabras que refirio el m.º yuañez y se siguen luego ens.º aug.º son estas: Proinde si in eis ambulent, & orent eum qui dat intellectum, si quid de predestinatione atr. (1) sapiunt ipse illis quoq.º reuelabit. En las quales dize q.º si los q.º concedian la gra. preueniente en la manera dicha, en lo q.º toca á la predestinacion no sienten lo mismo q.º el siente q.º dios se lo reuelará. Lo qual era impertinente para lo q.º se trattaua en aquel acto, porq.º el sustentante solamente dezia lo del auxilio preueniente. Y de lo q.º tocaba á la predestinacion q.º era punto por sí, ó no trattaua en sus conclusiones ó sentia lo mismo q.º s.º augustin, esto paso alli y despues del acto me dixo el m.º Vañez q.º el quedaua bien satisfecho de la manera como el sustentante auia declarado su opinion.

Tambien por el mismo tiempo leyendo yo me echaron una cedula no se quien en q.º me pedia declarase aquellas palabras de Chto: Væ tibi Corozaim & bethsaida quia si in Tyro & Sidone etc. (2) yo dixe lo mismo q.º dize s.º augustin á proposito de las mismas palabras en muchos lugares y dixe así en estas palabras

Agustín, *De prædestinatione sanct.*, cap. I: «Pervenerunt autem isti fratres nostri, pro quibus sollicita est pia caritas vestra, ut credant cum Ecclesia Christi, peccato primi hominis obnoxium nasci genus humanum, nec ab isto malo nisi per justitiam secundi hominis aliquem liberari. Pervenerunt etiam. ut præveniri voluntates hominum Dei gratiâ fateantur, atque ad nullum opus bonum vel incipiendum vel perficiendum sibi quemquam sufficere posse consentiant. Retenta ergo ista in quæ pervenerunt, plurimum eos à Pelagianorum errore discernunt.»

(1) Por aliter.

(2) San Mateo, c. XII, v. 21: «Væ tibi Corozain! Væ tibi Bethsaida! quia si in Tyro, et Sydone factæ essent virtutes, quæ facta sunt in vobis, olim in cilicio, etcinere penitentiam egissent.»

nos da chrt.^o a entender q.^e vna misma predicacion y vna misma gracia preueniente q.^e en vnos por su dureza y obstinacion no aproueche, aprouechara a otros menos duros si se les diera.

Y aunq.^e yo no entiendo ny alcanço auer ofendido a la doctrina catholica en ninguna destas cosas q.^e e referido, ny jamas my intencion fue tal en esto ny en ninguna otra cosa ofendella pero si por caso con la calor de la disputa dixé inaduertidamente alguna palabra menos considerada la qual yo no se auella dicho y tengo por cierto q.^e no la dixé, pero todo ello lo vno y lo otro y a mi mismo sujeto a la censura y correction deste s.^o tribunal. solamente suplico a V. m. por jesuchto sea seruido de considerar la enemistad grande q.^e tienen conmigo todos los frailes dominicos como es notorio a este s.^o off.^o y a todo el reyno y ansí mismo las muchas cosas q.^e con menos verdad en qualquier ocasion que se les a ofrecido an diulgado contra my doctrina y persona y costumbres, como tambien es notorio. para lo qual se an ayudado y ayudan de sus amigos y valedores y en este lugar señaladamente del m.^o çumel y de los frailes de su orden y del m.^o rodriguez los quales por este respecto y por otros son notorios enemigos mios. Y juntamente con esto sea V. m. seruido de considerar la larga experiencia q.^e tiene de my y de mi llaneza y de la verdad q.^e siempre e trattato el s.^o off.^o y q.^e nací y me e criado en el gremio de la iglia. romana y siempre e profesado y enseñado su fé con animo de poner la vida por qualquier parte della, para q.^e considerando V. m. esto este s.^o tribunal me sea amparo y defensa contra la enemistad mortal q.^e me tienen las personas q.^e e dicho q.^e an pretendido y pretenden con calunias executar su animo en my por medio de un tribunal tan s.^o y tan justo como este es y juntamente con falsas relaciones q.^e es escriuen a diuersas partes infaman injustamente my persona y escandalizan los animos de los fieles, el castigo de lo qual por lo q.^e toca al bien público es proprio del officio de V. m. el qual imploro y pido justicia.=(firmado y rubricado.) frai Luis de Leon.

E presen.^{da} la dha. peticion y declaracion se R.^o (1) de juramento en forma de dro. so cargo del qual dixo q.^e lo en ella contenydo es la verdad y lo q.^e paso. y ques de hedad de cinquenta e tres años poco mas ó m.^{os} tpo. e con

(1) Abreviatura de «recibió.»

tanto fué mandado salir de la aud.^a Ante mí.—(*hay un signo.*) celedon gustín (1) s.^o (2) (*rubricado.*)

En la ciudad de Salamanca A treinta e vno de março de myl e qui.^{os} e ochenta e dos años ante el s.^{or} Inq.^{or} licen.^{do} Jn.^o de arrese se presento el suso dho. e juro en forma q.^e lo en esta declaracion contenydo es la verdad y lo q.^e se acuerda, encomendosele el secreto e prometiolo ante mi.—(*hay un signo*) celedon gustín.—(*rubricado.*)

SEGUNDA CONFESIÓN DE FRAY LUIS DE LEÓN (3).

MUY ILLT.^E S.^{OR}

El (4) m.^o frai Luis de Leon de la orde de S.^o aug.^t y catredatico de Escripura en esta vniuersidad de Salam. digo q.^e ya tengo declarado delante de V. m. lo q.^e los dias pasados en vn acto menor vn p.^e de la compañia dixo por ocasion de responder a vn argu.^o acerca de las predifiniciones de dios y lo q.^e cierto m.^o dixo contra ello y lo q.^e yo le respondí en favor del sustentante. q.^e fue lo q.^e paso en realidad de verdad a lo qual me refiero. y digo de nuevo q.^e aunq.^e es verdad q.^e entonces en disputa dixen q.^e negar la predifinicion acerca de las obras (5) indiferentes q.^e ny son meritorias ny demeritorias no era erezía ny error en la fe en la manera q.^e ya tengo declarado. y aunq.^e es verdad que la dicha sen.^a no es opinion mia ny

(1) Á pesar de parecerme extraordinarios é inverosímiles semejantes nombre y apellido, me he tenido que decidir á copiarlo así, convencido, después de repetidas comparaciones con lo demás escrito por este notario, de que no puede leerse de otra manera su firma. Lo mismo debió acontecerles á los Sres. Salvá y Sainz de Baranda, porque también copian de la misma manera esta firma.

(2) *Secretario.* Unas veces se titula secretario y otras notario, pues parece que su oficio se designaba por uno ú otro nombre indistintamente. Era además notario ó escribano público, según consta de testimonios por él librados en el anterior proceso.

(3) Este epígrafe consta en el original en nota que puso de su letra el secretario á la cabeza del folio, en su extremo izquierdo, en esta forma: «2.^a confision de frai Luis.»

(4) Como queda dicho, todo este escrito es de letra de Fray Luis de León.

(5) Á continuacion se leen testadas estas palabras «*libres q.^e.*» La testadura es indudablemente de Fray Luis, pues está hecha con la misma tinta, y además así lo indica el sentido del pasaje.

nunca la tuue por verdadera antes e leydo lo contrario, como tambien tengo dicho. pero entrando mas en ello me parece q.^e la dicha sentencia no carece de alguna nota de temeridad (1) por ser diferente de la ordinaria manera de hablar de los escolasticos y por la (2) apariencia de nouedad q.^e trae consigo. y pareceme q.^e (3) no es conueniente para q.^e se tratte de la en disputa publica ansí por lo dicho, como porq.^e es delicada y dificultosa (4) para dalla a entendes, y ansí á los oyentes por no entendella bien les puede ser ocasion de q.^e conciban algun error. Por todo lo qual digo q.^e aunq.^e yo en el dicho acto no la ppuse (5), ny la leuante, ny presidí a ella, ny la defendí sino en quanto la condenaua por eregia y en la forma y manera que tengo declarada, como es notorio, y aun q.^e no es sen.^a ny opinion mia ny nunca lo fue sino lo contrario, no obstante esto digo. q.^e si por auer en el dicho acto amparado al q.^e la dezia en la forma y manera q.^e tengo dicha ofendí en alguna manera q.^e a my me pesa dello y estoy presto a hazer lo q.^e este s.^o tribunal me mandare. (*firmado y rubricado.*) frai Luis de Leon.

Por copia,

C. ÁLVAREZ GUIJARRO.

(Continuará.)

(1) Esta palabra está subrayada, sin duda por el notario de orden de los jueces, y acotado al margen todo lo que resta del escrito desde aquí á la firma.

(2) Tachado como lo anterior «nouedad q.^e.»

(3) Igualmente tachado «por» y enmendado «eso.»

(4) Ídem id. «de.»

(5) Por *propuse*.

SOLEDAD

(ELEGÍA.)

Orilla de los grandes
ríos de Babilonia,
colgadas de los sauces
las arpas silenciosas,
lloraba el israelita
las plácidas memorias
de la lejana patria,
cuanto lejana hermosa.

Así, en la triste orilla
del regio Manzanares,
la lira melancólica
del ignorado vate,
que evoca en su destierro
los granadinos cármenes,
en vez de dulces cantos,
despide tiernos ayes.

Parece que voy solo
cuando á mis solas ando
por las desiertas calles
de bosques solitarios;
pero doquier me siguen,
amigos bien amados,
los vívidos recuerdos
de mis primeros años.

En arenosa playa
la mar serena duerme;
barquillas pescadoras
con ritmo igual se mecen;
trepando aislado cerro

blancas casas se tienden,
y de un viejo castillo
la sombra las protege.

No lejos, una hermana
de esa morisca aldea
descansa en la pendiente
de la anchurosa cuesta:
nopales amarillos,
irguiéndose, la cercan,
y danle apenas sombra
las bíblicas higueras.

Sierra de eterna nieve
corona el horizonte:
la curva de una rambla
por entre peñas corre;
y forman á sus lados
encajes y festones
zarzas de moras negras
y almendros de albas flores.

Allá, en colina roja,
se tiende el camposanto,
do ni florecen hierbas
ni se levanta un árbol,
y oculta blanca piedra
despojos adorados...
Otros ¡ay! tan preciosos
guarda en su orilla el Darro.

Al fúnebre recuerdo,
tan bello como triste,
algunos, más alegres,
despiertan y reviven,
como al rodar la piedra
que las aguas divide
se agitan en el lago
los adormidos cisnes.

Entre cristianos templos
y cármenes moriscos,
sentí placeres dulces,
tan dulces cuan efímeros;
y á veces mis amores

pasaban confundidos
con las enamoradas
visiones de otros siglos.

Que cita allí se dieron
dos razas enemigas,
mezclando, tras la lucha,
su sangre y sus caricias;
y mujeres, á un tiempo
cristianas y musulmicas,
quedaron para eterna
memoria de la cita.

¡Oh, sueños juveniles,
que acaricié en la Alhambra,
al rayo de la luna
y al beso de las auras!
¡Sueños de amor, cubristeis
la mente de esperanzas;
sueños al fin, pasasteis
como los sueños pasan!...

Las grietas de los muros,
los huecos de las torres
tal vez dormidas notas
guarden de mis canciones;
si para despertarlas
esperan que yo torne,
¡que callen para siempre
sus moribundos sonos!

Ya de mi hogar nativo
cenizas fué la lumbre,
de la heredada viña
perdióse el fruto dulce,
de amor, familia y patria
se alejaron los númenes,
y en sus aras caídas
velan fantasmas lúgubres...

De villa populosa
¡qué tristes son las calles!
Entre la muchedumbre
¡la soledad qué grande!
Para mi fe indecisa

¡qué recio el oleaje!
Y ya para este náufrago
¡la playa qué distante!
Sin norte en mi camino,
sin luz entre la niebla,
ya de luchar cansado,
ya mi esperanza muerta,
viajero que se pierde
en la nevada sierra,
solo y junto al abismo
me siento en una piedra.

Tal vez haya un lucero
para alumbrar mi noche;
pero hasta mí no llegan
sus vanos resplandores:
él brilla indiferente,
en medio de mil soles,
¡y en soledad oscura
se está muriendo un hombre!...

M. GUTIÉRREZ.

LA RENDICIÓN DE GRANADA

CUADRO DEL SEÑOR PRADILLA.

Ha admirado Roma entera y admira ahora todo Madrid la inspiración y talento prodigioso con que el artista Sr. Pradilla ha cumplido el compromiso que contrajo con nuestro sabio y respetable amigo el Excmo. Sr. Marqués de Barzanallana, cuando, siendo Presidente del Senado, hubo de encargarle que pintara uno de los cuatro lienzos que han de decorar el salón de conferencias de la alta Cámara. Dióle el ilustre Presidente por tema *La Rendición de Granada á los Reyes Católicos*, y no se le ocultaría ciertamente la dificultad de la empresa, pero muy bien sabía á quién la encomendaba. Aceptó el pintor el compromiso con valor, del mismo modo que hace dos siglos y medio obedeció D. Diego Velázquez la orden de Felipe IV para que pintase la *Rendición de Breda al Marqués de los Balbases, D. Ambrosio de Spínola*. Y digo con valor, porque el Sr. Pradilla sabe mejor que nadie que es temeraria empresa pintar asuntos análogos á los que pintó Velázquez, y que los pinceles de D. Diego y la pluma de Cervantes *colgados están de aquella espetera y de aquel hilo de alambre, donde vivirán luengos siglos...* Y, sin embargo, ¿ha salido triunfante el artista de su *paso honroso*? Indudablemente sí, y mil veces sí. Su obra es una maravilla, por más que no esté exenta de defectos, como obra humana, como obra en fin, porque también en la naturaleza hay defectos.

Cuentan que D. Alfonso X, el Sabio, dijo que si él hubiera hecho el mundo, lo hubiese hecho mejor de lo que es; y eso que no sabía que, en efecto, si el eje de la tierra no tuviera la inclinación que tiene, tendría este pobre y pequeño planeta condiciones muchísimo mejores para ser habitado de las que real y desgraciadamente tiene. ¿Qué de extraño, pues, que los tenga el cuadro del Sr. Pradilla?

Si no se hubiese pintado el de la *Rendición de Breda*, mayor sería,

y eso que es grande, el valor del de la de Granada. El presente artista, cuidando de huir del antiguo pintor, ha coincidido, mal su grado, en algo esencial de la composición; pero no como plagiarlo des-cocado, sino inducido por la *paridad del asunto* y atraído, como arista de acero que es presa del imán, y como artista de talento que cede ante un génio superior. Y que Pradilla soñaba con Velázquez cuando disponía el esqueleto de su complicada composición, no es dudoso. En uno y otro cuadro el vencedor, colocado á la derecha, alarga el brazo para detener la humilde acción que inicia el vencido, quien, á su vez, empuña las llaves de la plaza rendida, que sobre ambos se divisa en lontananza. Y no lo oculta, ni quiere, que es más, pues, antes al contrario, obliga al espectador á recordar á Breda en un detalle, en un paréntesis de su lienzo, en que coloca un grupo de lanzas, más sobrio, sí, pero de idéntica manera dispuestas que como se ven en el cuadro que de ellas lleva el nombre. Las actitudes, aposturas, ademanes, agrupación y expresión de los sentimientos de aquellas figuras y de la muchedumbre que las acompaña, en nada coinciden, en nada se rozan, no tienen punto de contacto con las del *Cuadro de las Lanzas*.

¿Cómo dispone la composición del asunto? El mismo autor lo ha dicho en carta escrita al mencionado Sr. Marqués de Barzanallana, explicando su obra y formulando su juicio sobre ella.

Dice el Sr. Pradilla:

«ROMA 13 de junio de 1882.—Excmo. Sr. Marqués de Barzanallana: Muy señor mío de todo mi respeto y consideración: Mi cuadro *La entrega de Granada*, destinado por V. al salón de conferencias, debe llegar á Madrid, si no ha llegado ya, de un momento á otro. Como á V. debo en primer lugar el haberlo ejecutado, aprovecho esta ocasión para dar á V. las gracias.

»Continué mi trabajo, según indicación que por encargo de V. me hizo el Sr. Mazo; varios contratiempos de salud me han impedido terminarlo antes.

»No tengo más pretensiones sobre mi obra que la de haberme esforzado por cumplir bien mi compromiso; V. comprenderá, señor Marqués, á la vista del cuadro, que el desarrollo de mi composición en sentido realista, pero que no excluya la poesía y grandeza con que se nos presenta envuelta la historia, exigía más atención, tiempo y dispendios que si fuese tratada con carácter decorativo donde se fía más á la memoria, dando ocasión á mi solicitud de aumento.

»Usted verá, Sr. Marqués, pues es cosa perceptible para los prácticos en cosas de arte, que mi composición es un segmento de semicírculo que el ejército cristiano forma desplegado, paralelo á la carretera. En la planta, supongo que en medio del semicírculo, están situados los caballeros, teniendo ó guardando en medio las damas de la Reina: ésta, el Rey y sus dos hijos mayores están situados delante y en el centro del radio, con los pages y reyes de armas á los lados. El Rey *Chico* avanza por la carretera á caballo hasta la presencia de los Reyes, haciendo ademán de apearse y pronunciando la sabida frase. El Rey Fernando le contiene. Con Boabdil vienen á pie, según las capitulaciones, los caballeros de su casa. Supongo el diámetro del semicírculo algo oblicuo á la base del cuadro, y esta disposición permite que sin amaneramiento ni esfuerzo alguno se presenten los tres Reyes al espectador como más visibles. Á ello contribuyen también las respectivas notas de color: blanco azul-verdastro, la Reina y su caballo; rojo el Rey Fernando, y negro el Rey *Chico*.

»Habiendo cortado mi composición cerca de los Reyes, se presentan en el cuadro, por orden perspectivo, primero un rey de armas, tamaño natural, figura voluminosa que á algunos parece excesiva, á causa del sayal y dalmática que la cubren, y de la vecindad del paje de la Reina por comparación. Sigue este paje que sujeta el caballo blanco árabe (por ser de menor volumen) de la Reina, el cual es blanco, está piafando y me da lugar al movimiento erguido de Isabel, que viste saya y brial de brocado verde y gris, forrado de armiños, manto real de brocado azul y oro, con orlas de escudos y perlas, ciñendo la tradicional toca y la corona de plata dorada que se conserva en Granada. Sigue su hija mayor D.^a Isabel, viuda reciente del Rey de Portugal; viste de negro, y monta una mula baya. Después el Príncipe D. Juan, sobre caballo blanco y coronado de diadema. Como los hijos están entre los Reyes, sigue D. Fernando (siempre con la disminución perspectiva), cubierta su persona con manto veneciano (que usaba, según diversos datos que poseo), de terciopelo púrpura contratallado, montando un potro andaluz, cubierto de paramentos de brocado. Su paje, que lleno de admiración contempla al Rey *Chico*, tiene el caballo por las bridas falsas. Corresponde después el otro rey de armas, y detrás está, entre Torquemada y varios prelados, el confesor de la Reina. Volviendo al primer rey de armas, los caballeros que hay á la margen del cuadro son: el Conde de Tendilla, cubierto de hierro, montando un gran

potro español; el gran maestre de Santiago, sobre un potro negro; Gonzalo de Córdoba, que conversa con una de las damas; el de Medina-Sidonia y otros caballeros de los que no conozco retratos.

»Detrás de Fernando, el Marqués de Cádiz y los pendones de Castilla y de los Reyes. He puesto los cipreses detrás de la Reina para destacarla por claro en su masa sombría, y caracterizar también el país.

»Boabdil, al trote de su caballo negro, árabe de pura sangre, ligeramente paramentado, avanza y sale de la carretera, inclinándose para saludar al Rey y entregarle las dos llaves que á prevención traía el paje negro que guía su caballo, camina inclinado, confundido ante la grandeza de los Reyes cristianos, y en los caballeros moros que, según el ceremonial, vienen á pie detrás de Boabdil, he querido manifestar los diversos sentimientos de que se encuentran poseídos en semejante trance, más ó menos contenidos en la ceremonia, según el propio carácter. Trompeteros y timbaleros en ala del ejército cristiano que á lo lejos se divisa entre Boabdil y el Rey cristiano, comitiva de moros, un alero de la mezquita, los chopos que indican el curso del Genil, que no se ve por correr profundo y en el fondo.

»La Antequeruela con sus muros, parte de Granada; las torres Bermejas y de la Vela, que con parte de los adarves, es lo único que se divisa de la Alhambra desde este punto.

»Esto es lo que se ve en mi cuadro, y la gente dice que ve más, porque creo haberlo compuesto con la mayor sobriedad posible, dada la complicación del asunto. En Roma gustó más de lo que puedo pretender; yo no estoy contento sino de la totalidad de aire libre como conjunto, de haber conseguido detalle dentro de éste, y de la disposición general como perspectiva exacta y como ceremonia. En lo demás, me han faltado medios ó condiciones.

»Quizá sea ya inútil esta desperjeñada explicación si llega el cuadro antes que la carta; pero al menos descubrirá V. los propósitos que me guiaron al tratar así mi composición.

»Deseando perfecta salud á V. y su familia, se ofrece suyo afectísimo S. S. Q. B. S. M., *Francisco Pradilla.*»

Exacta descripción del conjunto del cuadro. En vista de ella ocurre preguntar: ¿se ha concretado estrictamente el autor á la historia para reproducir el hecho *en sentido realista*, ó, usando de la libertad de antiguo concedida á pintores y poetas, se ha permi-

tido alguna alteración por la cual no resulte el hecho tal y como *realmente* sepamos que aconteció? El Sr. Pradilla ha hecho uso, y buen uso, de su libertad, introduciendo alguna variante, capital, es verdad, pero que contribuye á que el cuadro gane en *poesía* lo que pierde en verdad histórica. Á juzgar por los relatos que de este famoso acontecimiento hacen los muchos historiadores que minuciosamente le describen, resulta que la Reina D.^a Isabel no estaba presente, ni al lado de su esposo, cuando Boabdil rindió acatamiento al Rey D. Fernando; ni tampoco refieren que fuese tan reducido el número de caballeros que le acompañaban. De las descripciones de Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*; Mármol, *Rebelión*, etc.; Salazar de Mendoza, *Crónica del Gran Cardenal*; Garibay, *Compendio histórico*; Bleda, *Crónica de los moros*; Lucio Marnico Siculo, *De rebus hisp.*; Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*; Rodríguez de Ardila, *Historia de los Condes de Tendilla*, y otros muchos más autores y documentos que por no ser prolijo callo, deduce el sesudo historiador de Granada, Almería, Jaén y Málaga, D. Miguel Lafuente Alcántara, que el hecho acaeció de esta manera:

«Venía éste (D. Fernando) en pos del Gran Cardenal y esperaba al moro (Boabdil) con espléndida caballería á la margen del Genil, casi á la puerta de una pequeña mezquita, convertida hoy en ermita de San Sebastián. Al llegar Boabdil á la presencia de su vencedor, hizo ademán de apearse, y aun sacó el pie derecho del estribo; pero Fernando, según lo convenido, se anticipó, le contuvo y rehusó darle á besar la mano, como el moro solicitaba. Se acercó entonces el mismo Rey Chico, se inclinó para besarle el brazo derecho y presentó dos llaves de las puertas principales de la Alhambra, diciendo con semblante abatido: «Tuyos somos, Rey poderoso y ensalzado: éstas son, señor, las llaves de este paraíso; recibe esta ciudad, que tal es la voluntad de Dios:» Tomó Fernando las llaves con dignidad, y respondió al moro: «No dudes de nuestras promesas ni te falte el ánimo en la adversidad; lo que te ha quitado la suerte adversa será resarcido por nuestra amistad.» Cumplida esta triste ceremonia, preguntó Boabdil por el caballero á quien los Reyes encargaban el gobierno ó tenencia de la ciudad, y habiéndosele presentado D. Íñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla, le entregó una sortija de oro con una piedra preciosa, que á presencia de la comitiva real separó de su mismo dedo diciendo: «Con este sello se ha gobernado Granada; tomadle para que la gobernéis, y Dios os haga más venturoso que á mí.»

No se hallaba, pues, presente la Reina Católica, ni á ella se dirigió *el moro* juntamente con el Rey, ni el ejército tenía aquella posición que supone el artista, pues los historiadores dicen que cuando Boabdil llegó á presencia de D. Fernando, había hecho ya entrega de la Alhambra al Cardenal Mendoza, y que después de despedirse de él, y aun de aceptar su alojamiento en el Real de Santa Fe, partió en busca del vencedor. El Rey Fernando estaba inmediato á la mezquita, hoy ermita de San Sebastián, y según el Sr. Lafuente Alcántara, *en las inmediaciones de Armilla estaba la Reina y muchos caballeros de su casa y escolta. Isabel recibió al moro, continúa el historiador, y á su familia con la misma afabilidad y cortesía que su esposo... y sin otro detenimiento llegó Boabdil al Real de Santa Fe.* No ha creído, pues, conveniente el artista seguir la verdad histórica, por no verse en el duro trance de prescindir de la majestuosa persona de D.^a Isabel la Católica; y obró con acierto, porque si la verdad histórica se falsea, en cambio se tributa respeto á la memoria del más simpático de los protagonistas de aquel memorable sitio, y se sigue y fomenta la tradicional idea que el vulgo tiene formada de aquella simpática figura, á quien se han empeñado poetas y artistas en atribuir lo más noble, lo más generoso, lo más grande de aquel reinado. Y es bien sabido que sobra imaginación y suele faltar concienzudo estudio á poetas y artistas para ser historiadores.

La presencia de D.^a Isabel váyase, pues, por la ausencia de Aixa, la madre de Boabdil, y Moraima su esposa, que con cincuenta caballeros moros seguían al destronado Rey. Mas ni una ni otra cosa son lunares de la obra, porque ni el Sr. Pradilla pretende pintar un capítulo de historia cual lo escribieran en España un Cánovas ó un Fernández-Guerra, ni se ha ocurrido á nadie ir á estudiarla en los libros é inspirados pensamientos de artistas y poetas; que así como éstos cantan en sus odas las armas y los varones, tal cual su rica fantasía se los figura, otro tanto hace el artista en sus lienzos y sus mármoles.

La misma libertad que en las figuras se ha tomado el pintor en los trajes. No debe ser muy fácil, en verdad, procurarse en Roma datos verídicos de la indumentaria española de aquellos años, antes de toda influencia tudesca é italiana. Existen en raras tablas y viejos y arrinconados retablos de aquella época, datos exactos, y aun algunos arrojan también los inventarios de las alhajas, ropas, libros y objetos que dejó la Reina Isabel la Católica en su alcázar de Segó-

via; pero soy el primero en confesar que no deben perder, artistas de la talla gigantesca del Sr. Pradilla, su precioso tiempo rebuscando papeles en archivos, y copiando retablos tales como el del miserable y modesto pueblo de Robledo de Chavela. Y así es que, en cuanto halla el autor pretexto, que no lo necesita realmente, para vestir al Rey Católico á la veneciana, no lo desperdicia, por más que pierda carácter nacional vestir á un Monarca (tan especial en este particular que se jactaba de que los jubones que vestía le duraban tanto y en tan buen estado, que les hacía echar dos ó tres veces mangas nuevas) en traje extranjero de rico senador de la más mercantil de las repúblicas de Italia. En el traje de la Reina hay, sí, la tradicional toca, tal y conforme es ya de rúbrica representarla, aun cuando retratos muy fehacientes hay de ella en que no la gasta, sobre todo, vistiendo de gala, que es como la presenta el artista y como se mandó á todos los señores y caballeros de las huestes castellanas que aquel día vistieran. Menos fantasía indumentaria se observa en los trajes de los granadinos, y no falta á Boabdil su conocido estoque, ni las dos llaves que hay noticia que había de entregar.

Donde más espléndida y radiante brilla la verdad, la naturaleza misma, es en el fondo del cuadro, en aquel justo, acertado, idéntico en luz, colores, ambiente y dibujo, retrato de Granada, tal y como se ve desde la ermita de San Sebastián. Esta parte del lienzo no puede pintarse mejor. ¡Qué gran paisajista es el Sr. Pradilla! ¡Con cuánta verdad ha reproducido lo que en Granada ha visto! ¡Qué de elogios, qué de palmas no merece por tan precioso fondo! Pero quizá tan rico, tan acentuado paisaje resulte no muy provechoso para que descuellen y se destaquen, tanto cuanto el artista deseara, las demás bellezas del cuadro, pues dando tanto valor é importancia y verdad al país, tomándolo tan á conciencia del mismo natural y con tanto tino, ha de suceder fatalmente que todo lo demás que no ha podido tomar en conjunto y agrupación con la misma luz de Granada, no brille tan espléndidamente con el *realismo* que busca el señor Pradilla. La luz diáfana, brillante, calorosa de Granada no es la de Roma; aquel cielo azul no tiene los ligeros tintes verdosos del cielo romano, y el Sr. Pradilla no se ha llevado á la ciudad eterna la luz de la Alhambra para iluminar en su estudio los modelos de los personajes de su precioso lienzo, ni aun para colorar las nubes que coronan el Cerro del Sol y la Silla del Moro.

Si el cuadro lo hubiese pintado en la Alhambra, sería indudable-

mente más luminoso todavía, y es mucho decir, de lo que aparece.

Blanco, azul, rojo, verde son las notas de color que explica el mismo Sr. Pradilla que le han servido para dar relieve y vida á su composición. El verde del secular ciprés, limpio por la humedad y frescura del mes de enero, sirve de fondo al grupo de la Reina, sus hijos y algunos personajes de la escolta. Recurso natural, muy usado y que siempre ha de servir, pues para destacar figuras por claro no hay más medio que colocarlas sobre oscuro. Y esto de destacar por claro los rostros de los principales personajes de sus cuadros, se observa que es afición del Sr. Pradilla, pues lo mismo hizo en su *Doña Juana*, al hacer ondear el velo negro de la toca para dibujar encima el perfil de la monomaniaca Soberana. Las figuras de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel, como dibujo correctísimo y exuberancia de color, son perfectas, preciosas, modelos; pero como expresión y como sentimiento que represente el ideal que de ellas se ha formado el pueblo español, como las quiere la tradición, como las exige el *sentido realista, sin excluir la poesía y la grandeza con que se nos presenta la historia*, aquellas fisonomías, aquellos rostros no revelan lo que fueron, lo que debieron ser y revelar en aquellos supremos momentos de triunfo y de placer. Son las dos notas, únicas quizás, desafinadas de la gran sinfonía de la *Rendición de Granada*. Y basta con apuntar los lunares, que por otra parte pudieran muy bien serlo tan sólo para mis ojos, para mi modo y manera de comprender, de sentir aquellas dos grandes figuras de la España del renacimiento.

El séquito, corte ó escolta, como quiera llamarse, que acompaña á la Reina, pudiera muy bien haber sido algo más serio, más severo, más ajustado á la formalidad castellana, y más poseído del acontecimiento, y no tan frívolo como aparece por el poco interés que en general les inspira á la mayor parte de aquellas damas y algunos caballeros, tan atildadas y blancas, cual no es muy natural que se conserven viviendo muchos meses en un campamento militar. Personajes como el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, galanteando á una dama en aquellos momentos, él, que fué quien con Hernando de Zafra discutió las condiciones de la capitulación en las secretas conferencias de Churriana; él, que fué el encargado de entrar en Granada á rescatar á su compañero porque se le creía preso de los moros, la noche en que se habían de canjear las ratificaciones; el más guerrero, la más militar figura de Europa en aquellos subsiguientes años, no está en carácter agradando los

oídos de una hermosa dama en aquel momento de la historia.

Donde brilla la poesía y la riqueza pictórica es en los dos caballos principales del cuadro. El de la Reina es blanco claro luminoso, como la gloria; negro, triste como la muerte es el del moro: aquél, orgulloso, insolente, como los Césares triunfadores; éste, humilde, receloso, abatido, como las víctimas sin esperanza. Hermosos animales, ambos tan magistralmente dibujados y coloridos como no se puede exigir más. Belleza grande de las muchas que vamos encontrando en el lienzo.

¿Y Boabdil? Boabdil es el cuadro, á nuestro juicio. En esta noble figura sí que ha sabido asociar maravillosamente el Sr. Pradilla el realismo y la grandeza y poesía de la historia. El Boabdil, de Pradilla, resulta ser el mismo que el citado historiador D. Miguel Lafuente Alcántara describe en estas líneas: «*La modestia, signo infalible, por lo común, de grandes infortunios, el ademán humilde y la figura gallarda y noble de Boabdil, despertaron vivísimo interés en todos los circunstantes. Aun no había cumplido sus treinta años, y gozaba, por lo tanto, del vigor y lozanía de la edad viril; era de esbelta y gentil apostura, pues el epíteto de Chico le fué aplicado por su edad y no por mezquina corpulencia; tenía recia y poblada barba, color pálido y bellos ojos negros.*» Al verlos húmedos, ojerosos por el dolor, marchitos por las lágrimas, fijos, inmóviles, clavados en los del afortunado y protegido de Dios, que á él, el maldecido, el deshonorado, el desheredado, le acogen con bondad altanera, la figura del último Rey de Granada es la más grandiosa de cuantas ha pintado Pradilla. Pudiera creerse, al admirarla y compararla con las de los Reyes nuevos de Granada, que al artista le hicieron traición la voluntad y la mano, dejando escapar su mayor simpatía por la desgracia que por la fortuna. Quién sabe si al pintar pensaría: *Victrix causa Diis placent sed victa Catonis*. En verdad que todo pecho generoso late con más violencia por la desgracia de la noble víctima que por la gloria del feliz triunfador.

Y así como Boabdil es la figura más aristocrática, distinguida y simpática del cuadro, así también hay más dignidad, más varonil talante en los caballeros moros que le acompañan, que en los capitanes de la castellana hueste. ¿Habría que convenir en que el señor Pradilla ha sentido mejor el infortunio de la Granada mora que el natural contento de la Granada cristiana?

La conciencia artística del pintor es muy estrecha, se lo exige todo y nada le perdona. Es ciertamente el Sr. Pradilla un pintor de conciencia. Usa y no abusa de los mil recursos, de las maneras

mil que *el oficio del arte* enseña para salvar dificultades y evitar peligros y producir efectos, que tanto y tan bien saben utilizar algunos pintores, especialmente los coloristas débiles en el dibujo. Sólo se permite lo más rudimentario, como él mismo lo consigna en su carta. Como gran colorista, sabe usar los contrastes con firmeza y valentía, y no le arredra atacar una difícil *nota de color*, si así puede decirse, ni se desespera y abate si no la desarrolla con la seguridad y el éxito que pretendía. Una de estas notas es la maravillosamente pintada figura del rey de armas, que en verdad se sale del cuadro, porque siendo completamente de proporciones naturales, se agiganta dentro del mismo y empequeñece las que se le aproximan. Para evitar este efecto ha velado mucho la figura, rebajando rojos y oros que á veces, y como consecuencia forzosa, producen transparencias en aquella dalmática, que parece pintada con pinceles de Rivera. Es muy cierto que si no hubiese hecho esto, ¿qué habría sido de los rojos del manto veneciano de D. Fernando, tan vivos y salientes, estando aquella figura en término bastante más lejano?

Tres son los pajes, pero el espectador no mira más que á dos: el de Boabdil y el de D. Fernando. El de la Reina Isabel, dibujado y pintado con acierto grande, es, sin embargo, una figura demasiado oscura y tan triste y pobremente vestida de oscuro, en sacrificio al mayor brillo y resplandor de los riquísimos manto y saya de su señora, que resulta poco verosímil y nada galante para la Soberana, comparado con el verdadero noble paje, hijo de rica alcurnia, elegante, atildado, que empuña las falsas riendas del caballo de D. Fernando V de Aragón. ¡Con qué curiosa altanería se extasía contemplando al Rey de Granada y á su negro pajecillo! ¡Y qué humilde y qué digno acatamiento, á la vez, el de éste! Ambos, poseídos de opuestos pensamientos, expresan, caracterizan el espíritu de la escena; inmensamente mejor el castellano que el Rey su señor.

Un detalle digno del pincel de Tiziano es el grupo de soldados que se admira en el centro del cuadro junto á las murallas de Granada. Es tan cierto de tono y rico de color, que contribuye por lo mismo grandemente también y por hallarse emplazado entre los dos Reyes, á romper el cuadro en dos partes, pues la vista no puede pasar de uno á otro jinete sin detenerse en detalle tan encantador. Las hierbas y matas de primer término de la derecha, y las rodadas de los carros en el barro del mal camino, son como dibujo irreprochable; pero aquel barro, como de color, no recuerda el que hemos visto en Granada.

En resumen, el conjunto del cuadro es deslumbrador; atrae, extasió. La impresión que produce su aspecto general es de grandiosidad, de maravilla. Aparece primero el colorista, luego el dibujante, siempre el artista consumado, buscando ansioso la difícilísima verdad de la perspectiva aérea, que á tan pocos les ha sido dado alcanzar y que nadie ha sabido hasta ahora pintar como Velázquez.

Para llevar á cabo el examen que demanda un juicio crítico de esta gran pintura, es necesaria mucha fuerza de voluntad, más claro, es preciso haber contraído el compromiso de hacerlo antes de conocer el cuadro. La más severa crítica no puede menos de concluir por confesar que la *Rendición de Granada* es el primero de los cuadros de historia que han pintado manos españolas desde el siglo décimoséptimo hasta el presente.

Un defecto le hallo, que puede corregir el famoso pintor en lo sucesivo, y es que no lo ha pintado en España.

Gloria, honor, y provecho (1) para el primero de los modernos pintores españoles, honra de su Patria.

G. CRUZADA VILLAAMIL.

(1) Conviene consignar, para agradecerlo, que el Senado ha duplicado la suma convenida y que el Gobierno de S. M. ha concedido al Sr. Pradilla la Gran Cruz de *Isabel la Católica*.

INGENIEROS

FERROCARRILES DE CAMPAÑA.

Los medios de hacer la guerra sufren constantes modificaciones y se renuevan á medida que la ciencia multiplica sus descubrimientos y la industria ensancha y realiza sus aplicaciones.

El progreso y la guerra van siempre unidos, se complementan.

La imprenta se aplica á la guerra, y las prensas de campaña imprimen las instrucciones que el General en jefe da á sus subordinados.

La telegrafía eléctrica es otro instrumento de la guerra; los hilos conductores sustituyen en la transmisión de órdenes á los ayudantes de campo en medio de los combates, y á los correos fuera de ellos, con la velocidad del rayo.

Una de las mayores conquistas de la civilización aplicada á los principios tácticos y estratégicos de la guerra, son los ferrocarriles. Éstos la transforman por completo haciéndola imponente, pero rápida, cómoda, eficaz.

Con los ferrocarriles de campaña se cumple la condición esencial de la estrategia. Jomini la define diciendo que «es el arte de conducir el mayor número de tropas de un ejército sobre el punto más importante del teatro de la guerra ó de una zona de operaciones.» Napoleón la define diciendo que, «es vencer, pero para vencer es preciso reunir numerosas fuerzas en un punto dado, en un espacio de tiempo menor que el que tarda el enemigo.»

Los ferrocarriles de campaña llenan, pues, cumplidamente las condiciones de la estrategia.

Pero antes de ocuparnos de la aplicación á la guerra de los caminos de hierro, que es el objetivo que nos proponemos, creemos oportuno dar á conocer la historia de las primeras vías férreas.

En Inglaterra aparecen por primera vez los caminos de hierro y las locomotoras. En 1650 se instaló la primera vía entre Newcastle y Tain para el transporte de la hulla y de los minerales.

Este camino se construyó con carriles de madera, siendo después éstos sustituidos por otros forrados de hierro, hasta que en 1767 se fabricaron definitivamente de hierro fundido, descansando sobre traviesas de madera.

La tracción se realizaba por medio de caballos, principiando a emplearse en 1820 la locomotora para toda clase de transportes en la línea de Dárlington y Stockton.

Sin embargo, en 1804 ya se había ensayado con feliz éxito la marcha de la locomotora sobre los carriles de hierro en el país de Gales, en la línea de Mezthyr-Tydwil.

Se sabe también que en 1769, el ingeniero lorenés Cugnot presentó al General Gribeauval una locomotora de vapor para el arrastre de las piezas de artillería de gran calibre, creyéndose que dicha locomotora fué la primera que se conoció en el mundo.

En 1827, Mare Legiun inventó la máquina de tubos, dando por resultado las locomotoras de gran velocidad. Entonces comenzó el servicio de viajeros, servicio que se planteó simultáneamente en las líneas de Liverpool á Manchester (Inglaterra), y de Lyon á Saint-Etienne (Francia).

Como sucede con todos los grandiosos inventos, que por sí solos transforman la vida de la humanidad procurándola su bienestar moral y material, el invento de los ferrocarriles vióse rudamente combatido hasta por los hombres más esclarecidos de la época, en todas las naciones.

Una de las ventajas más inapreciables de las vías férreas, que es la relación íntima que entre todos los pueblos establece, estrechando las distancias que los separan para contribuir al desarrollo de su riqueza y prosperidad, se empleaba como argumento en contra, diciendo: que los ferrocarriles causarían la ruina de las poblaciones por donde pasaran, encareciendo la vida; que pondrían en contacto países de distintas razas, costumbres y creencias, corrompiéndose así las virtudes nacionales; en una palabra, olvidaban que la misión de la humanidad es la misma en todo el planeta, la de mejorar su vida por medio del trabajo y de la instrucción. Se decía también, por pueril que parezca, que el humo de las máquinas destruiría la vegetación de los campos por donde pasaran, que sus chispas incendiarían las casas, que el paso de los túneles, por la diferencia de

temperatura, produciría á los viajeros infinidad de enfermedades y otras mil cosas por el estilo.

En muchos Estados, las Cámaras se opusieron á la construcción de los caminos de hierro, teniendo al fin que rendirse ante la evidencia de los hechos que echaron felizmente y para siempre por tierra tales preocupaciones, que sólo se explican ante esa radical revolución que en el seno de la humanidad viene verificándose por las múltiples aplicaciones del vapor y de la electricidad á las necesidades de la vida.

Aplicaciones que, como veremos más adelante, transforman por completo la guerra en su esencia y en la forma, haciéndola más barata, más corta, menos sangrienta, más humana y más civilizadora.

El primer Soberano que se decidió á viajar por la vía férrea, fué la actual Reina de Inglaterra, de LÍverpool á Mánchester.

El grande hombre de Estado Sir Roberto Peel, en 1843, pronunciaba en la Cámara de los Comunes estas memorables palabras: «Apresurémonos, es indispensable establecer las comunicaciones de vapor de un lado á otro del Reino, si el País quiere mantener su influencia y su superioridad en el mundo.» En esta misma época, el no menos notable estadista Mr. Thiers decía «que los ferrocarriles no eran buenos más que para servir de juguete á los curiosos de una capital y de medio de transporte en algún caso excepcional.»

¡Cuán distante estaba entonces de prever Mr. Thiers que algunos años más tarde había de conceder preferente atención á los ferrocarriles hasta como instrumento de guerra, al ver que á éstos se debía, por el acertado empleo que Alemania hizo, en primer término, los reveses de la guerra, las victorias de los prusianos y la desmembración del territorio francés!

En 1830, Francia é Inglaterra, ambas reunidas, sólo contaban con 125 kilómetros de vía férrea.

Bélgica, desde el día siguiente de su revolución de 12 de diciembre de 1830, inauguró el nuevo orden de cosas consagrando toda su actividad al establecimiento de una red completa de ferrocarriles, debiendo á éstos en primer término la integridad de su territorio y su floreciente estado.

A Bélgica corresponde la gloria de haber sido la Nación que con más entusiasmo se decidió á dar vigoroso impulso á la construcción de un sistema completo de ferrocarriles.

La Asamblea decretó que las líneas generales tuviesen como punto de partida ó estación central la ciudad de Malinas. La línea del Este se dirigía desde Malinas por Lobán, Lieja y Veviers á la frontera prusiana. La del Norte desde Malinas á Amberes. La del Mediodía desde Malinas por Bruselas á la frontera francesa por Hainaut. La del Oeste desde Malinas á Ostende, formando las cuatro líneas generales un total de 384 kilómetros.

Bélgica es hoy la Nación europea que relativamente á su territorio cuenta con más kilómetros de vías férreas, siendo algunas de éstas construídas y explotadas por el Estado.

Entrando de lleno á ocuparnos de las vías férreas desde el punto de vista militar, los ferrocarriles, además de constituir hoy día el elemento principal del desarrollo de la fortuna pública, son un instrumento de guerra que debe considerarse como armamento de las naciones. Además del servicio de transportes y marcha de las tropas que en la guerra moderna se realiza por medio de las vías férreas, éstas en sus aplicaciones tácticas y estratégicas tienen, como la fortificación permanente y de campaña, el doble carácter defensivo y ofensivo.

La experiencia adquirida en las últimas guerras, sin excluir España en la civil, que recientemente ha ensangrentado nuestro suelo, hace que los Gobiernos de todas las naciones organicen en la paz militarmente sus ferrocarriles, si no quieren exponerse ante las eventualidades del porvenir á que peligre por abandono ó falta de previsión la integridad de sus territorios.

Esta organización en nada estorba el libre desenvolvimiento de las empresas en la explotación de sus vías, pues lejos de ese temor, aseguran la conservación de sus líneas, de su material y de sus intereses, siempre al abrigo en caso de guerra de pérdidas inmensas, aparte de los desastres que un servicio no dispuesto de antemano acarrea á un país poco previsor, como recientemente, entre otros ejemplos, pudiéramos aducir el de Francia.

Los Estados Unidos de América fué la primera potencia que aplicó á la guerra los ferrocarriles. Desde el primer momento que estalló la formidable rebelión separatista, el Gobierno del Norte puso en manos del ejército las vías férreas, aun cuando perteneciendo lo mismo entonces que ahora á las empresas particulares. El Presidente Lincoln tomó posesión de todos los caminos de hierro por un decreto que expidió el 11 de febrero de 1862, como asimismo de todas las líneas telegráficas del País, nombrando director con

plenos poderes al General Mac-Callum, diciendo el decreto que «tomase el mencionado General posesión de todas las vías férreas, pudiendo disponer de ellas de una manera absoluta, así como de las locomotoras, de los aprovisionamientos, material de explotación y todo cuanto sirviera para el transporte de tropas, municiones y material de guerra de los Estados Unidos.» Por otro decreto se puso á disposición del expresado General todos los talleres de construcción de locomotoras y de coches, admitiendo ó reconociéndose el principio de la indemnización oportuna á las compañías concesionarias. Así confió esa Nación, tan celosa de sus libertades y de sus intereses, en manos de un solo hombre la autoridad ilimitada sobre todos los caminos de hierro. Medida radical, que fué aceptada sin protesta alguna, y que si en España se hubiera adoptado durante la última guerra, ésta no hubiese adquirido tan vastas proporciones y costado tan cara al País en hombres y dinero. Paralizadas las fuerzas productoras de una nación, sus pérdidas son incalculables, suman mucho más que los gastos que el Erario sufraga para apaciguar las revueltas. El orden no puede verse turbado por tan largo período como sucedió en España sin que un país quede aniquilado por mucho tiempo. Por eso los Gobiernos en la paz, deben siempre estar preparados para la guerra, á fin de que cuando ésta surja, sea breve, teniendo todo de antemano previsto.

No se nos oculta que si medida tan radical como la adoptada en los Estados Unidos lo hubiera sido en España, se tildara al Gobierno de absolutista; pero esto no debe impedir que si llegaran casos análogos, no deba titubearse en obrar ejecutivamente, tomando ejemplo de ese gran pueblo americano, que sin hacer alardes de la libertad, todos la practican respetando la ley y prestando su concurso al Gobierno, como hicieron en la época á que nos referimos. La cuestión de colocar los ferrocarriles en disposición de ser empleados en la guerra, no solamente preocupa actualmente á los economistas, sino también á militares más ilustres y aguerridos y á los poderes públicos.

Así lo han comprendido Alemania, Austria, Italia, Rusia, Francia, Bélgica y otros países que consideran este importante problema desde el triple punto de vista de los intereses de la defensa nacional, de los intereses de comercio y como medio de gobierno para cumplir fines puramente políticos.

Austria perdió el reino Lombardo-Veneto quizás por no tener unidas militarmente estas provincias al resto del Imperio por medio

quirir el Estado los caminos de hierro, principalmente hoy en Alemania y Francia, de la misma manera que los Gobiernos se reservan la explotación del servicio de telégrafos.

Las vías férreas constituyen un servicio público, sobre el cual ningún Gobierno puede olvidar sus prerrogativas sin comprometer los intereses nacionales que le están confiados.

No es nuestro ánimo lastimar en lo más mínimo los sagrados intereses de las compañías concesionarias, sino, bien al contrario, asegurarlos contra todas las eventualidades, pero sin dejar de conocer ni un solo instante que la Nación tiene el deber durante la guerra de disponer de las vías férreas de una manera absoluta en cuanto se refiera á los transportes y movimientos estratégicos y tácticos que se verifican por medio de las mismas.

En Francia y en Bélgica la opinión pública se agita en el sentido de que el Estado sea el único propietario de los caminos de hierro, persuadidos de que así habrá más unidad de miras, cohesión en los servicios públicos, favoreciéndose así más los intereses comerciales, industriales y económicos del País.

El Gobierno belga explota por su cuenta la línea del Gran Luxemburgo desde el año 1873. Con este motivo la sección central de ferrocarriles dice en su informe lo siguiente: «Si el espíritu público ha aplaudido esta disposición, es porque conoce que la administración del Estado ofrece á las poblaciones y á todos los intereses generales garantías muy superiores á las que puedan ofrecerles la administración de las compañías concesionarias.»

De todas maneras, el bien y la defensa de la patria obligan á todo Gobierno, en caso de movilización de los ejércitos, á estar de antemano investidos de plenos poderes legislativos, para poder declarar en estado de guerra una línea ó zona de ferrocarriles, de la misma manera y con igual perfecto derecho que declara en estado de guerra una plaza fuerte, una provincia ó parte del territorio.

Las compañías de ferrocarriles tienen el deber de contribuir á la defensa de la patria, lo mismo que el último ciudadano á quien se le pide un bagaje, siendo quizás la única propiedad que tiene, su casa, para alojar las tropas y todo cuanto posee ante el interés común, sin perjuicio de indemnizarle después. Ante el interés nacional desaparecen los intereses de las sociedades, lo mismo que los intereses particulares, así como se pierde la independencia individual y colectiva ante las leyes de la guerra, que son la suprema necesidad de la Nación cuando sólo así puede salvarse.

Al Gobierno toca, pues, estudiar atentamente durante la paz las medidas necesarias para en un momento dado disponer con perfecto conocimiento de cuantos elementos pueden procurarle los caminos de hierro para las necesidades de la guerra. Necesita tener reglamentado militarmente este servicio y disponer de tropas inteligentes que sepan desempeñarlo, cuya instrucción se aprende practicándola en tiempos normales para en su día hacer las aplicaciones necesarias á la guerra. Cuando la guerra surge, todo cuanto de antemano no está preparado, es inútil intentarlo en los momentos del conflicto, pues la confusión impera entonces y hace estériles los más laudables esfuerzos y los más heroicos sacrificios.

Es indispensable en la paz contar con todo el material necesario, tenerlo siempre disponible, con tropas encargadas de él y muy prácticas en su manejo, á fin de que al estallar los sucesos la autoridad militar pueda en el acto encargarse del mando y dirección de los caminos de hierro del mismo modo que asume el mando superior de un territorio declarado en estado de guerra.

Durante la campaña franco-alemana, el Gobierno francés expidió infinidad de decretos para regularizar el servicio militar de los caminos de hierro, órdenes que no se cumplían, porque las compañías, en medio del espantoso desorden en que se veían envueltas por su falta de material, no llegaron á comprender la gravedad de los sucesos hasta que los desastres vinieron, por la ninguna unidad de miras y de enlace entre ellas y el Gobierno. Las compañías veían después en poder de los prusianos más de 14.000 coches é infinidad de máquinas locomotoras. No era sola la falta de las compañías y el Gobierno, que nada tenían previsto; lo era también de un Estado Mayor y una administración militar que desconocían por completo la aplicación de los ferrocarriles á la guerra; que se carecía de *tropas técnicas de material de trenes*, y por consiguiente, no podían cumplirse las órdenes del Gobierno. En la guerra no basta que haya quien sepa mandar si todos no saben obedecer.

Bélgica, lo mismo que Alemania y otros países, tiene reglamentadas las relaciones que en caso de guerra existen entre el Gobierno y las compañías. Además cuentan con tropas de ferrocarriles y de transportes, dedicadas continuamente al perfeccionamiento y aprendizaje de estos servicios. La primera de dichas Naciones tiene dispuesto por una ley «que si el Gobierno tuviera necesidad de conducir tropas ó material de guerra, las compañías concesionarias tienen el deber de poner á disposición del Gobierno todos los medios de

transporte de que dispongan, á mitad del precio marcado por las tarifas.» Por otra disposición de la misma ley se preceptúa «que en caso de que el Gobierno lo juzgue necesario para la defensa del País, las compañías tendrán el deber de levantar ó demoler á la primera orden de la autoridad militar, y en caso de necesidad podrá ésta hacer demoler de oficio, á costa de las compañías, una parte cualquiera del camino de hierro, sin que dichas compañías puedan de este jefe, y con este motivo, hacer reclamación alguna acerca de indemnizaciones.»

Puestas en la guerra las líneas férreas en manos del ejército, los servicios de viajeros y los transportes de mercancías se hacen con más regularidad que en el caso contrario, como sucedió en Alemania, donde, á pesar de las exigencias de la campaña, jamás se vió interrumpida la vida ordinaria de las compañías concesionarias, las que funcionaban con la misma regularidad que las de propiedad del Estado.

Hay que tener presente que los Gobiernos no tuvieron en cuenta al establecerse las primeras vías férreas los intereses militares, porque las aplicaciones de las mismas á la guerra eran desconocidas; pero hoy que lo son, necesitan fijar su atención, legislando en ramo tan importante para la defensa nacional y garantía de la paz pública.

Los ferrocarriles representan, entre nosotros, un papel estratégico importante de primer orden. Considerados desde el punto de vista estratégico de la ofensiva, los trayectos que más directamente conducen á la frontera ó al punto que haya de servir de base de operaciones son los más importantes, puesto que favorecen la rápida reunión de tropas, material de guerra y municiones. Para la defensiva, debe elegirse la vía férrea que, enlazando con otras, pueda acumular prontamente grandes recursos de tropas y material desde distintos sitios al punto que se considere amagado, á fin de que, no pudiendo el enemigo acudir á todas partes, no impida se realice la reconcentración de fuerzas y se vea al mismo tiempo expuesto á ser atacado. Las vías transversales, y más si son perpendiculares á las líneas generales, son las que reúnen mayores ventajas para la defensiva.

Así se ve que las líneas concéntricas son desde luego las más necesarias para base de operaciones, movimientos de campaña y establecimiento de líneas de defensa.

Cuando un ejército intenta invadir un territorio por distintas partes, elige siempre el sitio que le parece más corto y céntrico, para

con su apoyo ocupar después las demás líneas férreas fronterizas, por donde simultáneamente lleve á cabo sus designios. Entonces el ejército nacional debe ocupar también las líneas paralelas para atajar ó hacer infructuosos los planes del invasor, si hubiera principiado á realizarlos.

Debe no olvidarse que la defensiva será tanto más difícil, cuanto más distantes se encuentren las líneas concéntricas de las generales que directamente conduzcan á la frontera, por el mayor número de tropas y recursos de todo género que en ese caso se necesitan por la mayor zona que tienen que guardar.

Si el enemigo comete la imprudencia, después de invadir un territorio, de ocupar una vasta zona á lo largo de la frontera, entonces debe aprovecharse este descuido para convertir ejecutivamente la defensiva en ofensiva, acumulando sobre la frontera invadida grandes fuerzas reconcentradas en los puntos á donde conduzcan las líneas férreas generales, y escalonando convenientemente estas tropas para que en ningún caso puedan ser totalmente batidas. Las vías deshechas por el enemigo se reconstruyen rápidamente, siendo ésta la misión de los cuerpos de ferrocarriles y de los de tropas de tren.

Pero si el enemigo, como hicieron los alemanes, no se extiende sobre la frontera invadida y adelanta con prontitud en grandes masas para ocupar las líneas interiores, el ejército del país invadido debe antes ocuparlas á toda costa ó inutilizar por completo las que no le sirvan, reconcentrándose en el interior del país á fin de esperar la ventaja de una victoria ó aprovechar el momento en que el enemigo se extienda demasiado para atacarlo en la misma forma que él antes lo hiciera.

Antes era el objetivo principal de la guerra hacerse dueño de las plazas fuertes y poblaciones más importantes; hoy este objetivo se fija principalmente en ocupar las líneas férreas de la nación que se invade en la ofensiva, y en conservar las nacionales en la defensiva.

Las líneas férreas fronterizas se ocupan á dos ó tres jornadas de la frontera como base de operaciones, y además con pequeños destacamentos en las estaciones de término. Las líneas paralelas á las fronterizas y á corta distancia, son las más expuestas á verse tomadas por el enemigo inmediatamente después que lo sean estas últimas, á menos que tengan por delante algún río que las separe ó circule.

Las líneas que á lo largo de la frontera rodean á un país vecino

son perjudiciales para la defensa nacional, pues ocupadas por el enemigo, éste queda á su vez posesionado de las fronteras del país que invade.

Las líneas fronterizas ó que se acercan á una frontera conviene que sean perpendiculares á ésta ó escalonadas en forma tal que no perjudiquen y sí favorezcan la defensa del territorio. Por el contrario, las líneas férreas á lo largo ó paralelas á las costas marítimas, reúnen todo género de condiciones estratégicas, pues favorecen la reconcentración de tropas en los puntos donde el enemigo intenta hacer un desembarco y más si el camino se aproxima tanto á la costa que se halla dentro de la zona de fuego. En este caso todo intento es imposible, dadas las ventajas que además proporcionan las defensas naturales del país.

Los ramales de vía férrea que por uno de sus extremos no están en comunicación con una línea general, no tienen importancia militar de ningún género. Pero si dicho ramal es parte de una red de caminos de hierro y por consiguiente uno de sus extremos comunica con una línea general, tiene verdadera importancia estratégica, y muy grande si el otro extremo termina cerca de un río navegable.

La estrategia exige también que la red de ferrocarriles de un país tenga tantas líneas generales desde el centro á las fronteras cuantas sean éstas.

Las grandes líneas que se dirijan directamente á los países vecinos no deben penetrar en los mismos por los terrenos llanos, sino muy al contrario, por los más escabrosos, y en su defecto por donde haya que atravesar grandes ríos á fin de presentar al enemigo todo género de obstáculos é impedirle el que aglomere grandes fuerzas que en caso de hacerlo no podría fácilmente desenvolver.

Las líneas que atraviesan una frontera es necesario que se apoyen en plazas fuertes ó estaciones convenientemente fortificadas que sirvan de punto de reunión de grandes masas de tropas para que todo intento de invasión sea infructuoso.

Las líneas paralelas á éstas necesitan los mismos medios de defensa si recorren países llanos, á menos que atraviesen grandes ríos y bosques; pero siempre convendrá que su trayecto comprenda alguna plaza fuerte.

Las líneas que costean las riberas de grandes ríos deben construirse de tal manera que se oculten todo lo posible á la vista de la orilla opuesta, y los trayectos que se acerquen á la vía fluvial ser casi perpendiculares á ésta, á fin de que considerando que el ene-

migo ha de buscar estos pasos por ser los más fáciles, encuentre también la defensa acumulada en los mismos sitios, ya sean fuertes permanentes, pasos vadeables ó de fácil corriente para tender los puentes de campaña.

Los caminos de hierro que atraviesan por desfiladeros ó están rodeados de grandes montañas tienen mala defensa, pues ocultan el terreno que el enemigo puede ocupar. Los sitios de bifurcación de varias líneas son las más importantes para la estrategia. La posición de estas estaciones es siempre codiciada por el enemigo, razón por la que han de guardarse á toda costa.

A los alrededores de las plazas fuertes las líneas férreas se trazan de manera que sufran los fuegos de enfiladas ó sean los dirigidos de frente en la dirección que marcha el tren, de ningún modo los de costado ó de flanco que son los que comprenden toda la línea de batalla del mismo, procurando que desde el momento que el tren se divise, entre perpendicularmente y sobre terreno llano dentro de la plaza. A su vez había otra línea de desviación ó empalme con la general á algunos kilómetros de distancia, para que en caso de que la plaza esté ocupada por el enemigo, no alcancen al tren los fuegos de la artillería.

Además de las líneas generales y de las paralelas á las fronteras existen una segunda clase de vías cuya importancia estratégica es inmensa, como son las líneas divergentes en todos sentidos y que se comunican con una central, pues permiten establecer grandes depósitos de municiones y recursos de todo género como asimismo facilitar varios puntos para la concentración de tropas. En esta categoría de líneas divergentes van comprendidas las paralelas á la frontera cuando comunican ó enlazan por alguno ó algunos puntos con la vía general fronteriza.

El papel que representa una red de caminos de hierro enlazada con una vía general es ofensivo y defensivo á un tiempo desde el punto de vista puramente estratégico. Sirven como puntos de partida de los movimientos que se ejecutan en la guerra, uniendo entre sí las fracciones de tropas en campaña con el cuartel general y la gran base de operaciones.

Las líneas que acabamos de indicar, llamadas de segundo orden, ya sean divergentes ó convergentes, aumentan su importancia militar conforme se hallen situadas más en el interior ó centro del país. Debe el Estado Mayor tener en su poder los planos detallados de cada línea férrea, con la indicación de las estaciones, apeaderos, distan-

cias que separan unas estaciones de otras, pueblos por donde atraviesan, y los limítrofes, población de cada localidad, recursos de éstas, condiciones etnográficas de la zona comprendida entre cada estación, en un perímetro determinado. Deben asimismo tener en su poder los estados de fuerza de las tropas ya activas, reservistas, disponibles ó territoriales que residan dentro de cada una de las zonas mencionadas; conocer el material fijo ya de construcción empleado en el suelo de la vía, ya el de transportes y locomóvil de cada estación. Es necesario también que el Estado Mayor posea planos de los caminos vecinales y veredas de los bosques; extensión de éstos; conocimiento de los ríos y vías fluviales con la noticia de todos los vados y épocas el año en que éstos por el natural aumento del caudal de aguas son impracticables; en una palabra, cuanto constituya saber de una manera exacta todo lo concerniente á las condiciones tácticas y estratégicas del país. Así se sabe de antemano el empleo que antes del embarque puede hacerse sobre el terreno de todas las tropas de las diferentes armas y de los convoyes, para su más acertada reconcentración y transporte por las estaciones que sean más oportunas.

Una vez declarado el estado de guerra, ya sea por motivo de alteración del orden público ó por causa internacional, el estado mayor aprecia con verdadero conocimiento en vista de las circunstancias, aquellas vías ó trozos de vía que es urgente inutilizar, que el enemigo puede destruir ó utilizar, y ventajas que en cada caso reporten las medidas que se dicten.

En muchos casos convendría no destruir líneas que aunque pueda el enemigo ocupar, cortadas, sin embargo, en determinados sitios, no le dé el resultado que se proponga, y sí, por el contrario, le sea perjudicial la codicia de poseerlas.

Las últimas guerras europeas han demostrado hasta la evidencia la necesidad de ejercitar las tropas en la práctica de la construcción, demolición y establecimiento de las vías férreas. Recordamos con este motivo, que en Rusia, cuyo ejército en su organización tanto deja que desear, pero que con tan cariñosa solicitud se consagra al estudio y construcción de las vías férreas, existe un establecimiento á cargo del cuerpo de ingenieros militares donde en sus talleres se enseña á las tropas de ferrocarriles la construcción desde la pieza más pequeña de una máquina, hasta la más difícil, y la de todo el material fijo y móvil de una vía, viéndose con frecuencia á los oficiales de este cuerpo en las locomotoras haciendo el

oficio de maquinistas. Por otro lado, es evidente la disciplina que ha de haber entre hombres consagrados á esta clase de trabajos; muchas veces se llevan á cabo en presencia del enemigo y no pocas en medio de los combates. La unidad de miras la obediencia en campaña sólo pueden existir en un cuerpo militarmente organizado.

Es también innegable que si durante la paz no se crean tropas habituadas á este cometido, no puede esperarse, durante la guerra, se organicen y se sustituyan.

Las guerras modernas son cortas porque las masas de hombres se mueven con la rapidez del rayo; el material de guerra, que es inmenso, se transporta con suma facilidad y son poderosísimos los elementos de destrucción con que se cuenta. Hoy es vencido sin duda alguna el que de antemano no está preparado. Es inútil que en estos tiempos se nos hable de la heroicidad proverbial de nuestro pueblo y de nuestra raza, pues aparte que son cualidades que no debemos negar á los demás países, si los héroes nacen del sentimiento patriótico de nuestro pueblo, la heroicidad no da inteligencia, ni fabrica la instrucción, ni elementos de lucha como los telégrafos de campaña y los ferrocarriles militarmente servidos. La guerra hoy, como todo, es producto del trabajo de la inteligencia y de nada sirven las masas de hombres á no estar convenientemente organizadas é instruídas, y si no cuentan al propio tiempo con los elementos é instrumentos de lucha indispensables.

La red de ferrocarriles de un país, para servir á los intereses de la defensa nacional, necesita reunir, como primera condición, una largura de rails y sobre todo una anchura de vía uniforme en todas las líneas, á fin de que el material rodado pueda ser indistintamente empleado en todo el territorio.

Debe tenerse muy en cuenta en la construcción de las vías férreas, que la anchura de éstas sea diferente que la que tengan en las demás naciones, sobre todo tratándose de países limítrofes. Así se hace imposible toda invasión directa del territorio, consiguiéndose además que las locomotoras, coches y todo el material móvil que cayera en poder del enemigo, no pueda éste utilizarlo en su país.

Las líneas generales, para que estén completamente apropiadas á lo que de ellas exige la defensa del territorio, necesitan la doble vía, lográndose de este modo que las mercancías y servicio de viajeros no sufran retraso ni quebranto alguno. Sólo podrían verse algo lastimados estos intereses en casos muy excepcionales en la guerra, como lo son cuando un ejército emprende operaciones de campaña

sobre línea determinada ó que su posición la disputa á viva fuerza el enemigo, pero no en los casos en que sólo se echa mano de la vía para transportes de material de guerra y movimientos de tropas fuera de la zona polémica.

Las estaciones estarán convenientemente dispuestas en su interior para este doble servicio, el que exige la guerra y el que exige el servicio público; pero las que así no lo estuvieran, deben ser objeto de poca preocupación, pues pronto las habilitan para que reunieran dichas condiciones, las divisiones de tropas de ferrocarriles.

En España las líneas generales, aunque en realidad no lo sean, pero que sin embargo se consideran como tales, tienen una sola vía, vacío fácil de llenar si se observa que los trabajos de desmonte, terraplenes, túneles y puentes los han construído las compañías concesionarias en la previsión de que pueda establecerse la doble vía.

Si el Estado construyese por su cuenta esta segunda vía, tendría resuelto el problema de los ferrocarriles de campaña, lo que había de reportarle grandes economías con sólo hacerse cargo de las sumas inmensas que emplea anualmente en los diversos conceptos de transportes militares. Le reportaría además la ventaja de poseer una escuela de guerra, en este ramo tan importante, para la buena organización y debida instrucción que hoy necesitan los ejércitos si han de cumplir su difícil cometido en la guerra moderna.

Cuando el trazado de una línea no permite el aumento de la doble vía, carece aquélla desde luego de los medios más eficaces para la guerra, pues aun cuando no presentase otros inconvenientes, tropieza desde luego con el gravísimo de paralizar el tráfico, tanto más necesario cuanto del movimiento de la vida comercial depende el que no se agoten los recursos del país, recursos más que nunca indispensables en esos casos, en los que por el solo hecho de la guerra, las fuentes de la riqueza pública se secan en gran parte por la falta de brazos productores. Sin la doble vía se sufren grandes contrariedades y pueden ser la causa de terribles catástrofes, sustituyendo la derrota á la victoria calculada. En aseveración de este aserto podemos citar los sensibles descalabros sufridos por nuestro ejército en las zonas de Somorrostro durante la última guerra civil. Sabido es que el General Moriones se propuso, en el término de 48 horas, acumular grandes refuerzos desde Miranda de Ebro por Santander y Castro sobre Somorrostro. Efecto de la falta de material de transporte de las compañías de ferrocarriles por un lado y de la confusión y falta de disciplina que por otro impera-

ban en este servicio, la operación, que ejecutada en breve plazo hubiera dado el golpe de gracia á la insurrección; verificada en cambio diez días después, dió por resultado que apercebido el enemigo, ocupase y acumulara numerosas fuerzas, en las posiciones que de otro modo sólo hubieran servido para ser en ellas deshecho por el bizarro General. Así resultó que la victoria sagazmente preparada por Moriones, convirtiéndose por estas causas en una serie de descalabros, causas originarias del rápido incremento que la guerra tomó. El embarque de tropas de un ejército, transportes y transbordos de material no se verifica las más de las veces en un solo punto de una línea y tampoco en una sola dirección; se eligen los sitios más convenientes, y las direcciones son casi siempre opuestas, y hay por lo tanto que esperar que la vía esté expedita en la estación inmediata, teniendo cuidado de los trenes en marcha. La reconcentración de fuerzas se verifica en todas direcciones, jamás se aglomeran tropas en los puntos más avanzados del objetivo que se persigue; lo que se hace es ir las escalonando, á partir del sitio elegido como base de operaciones; se relevan las de primera línea, sustituyéndolas por otra de refresco, de manera que los movimientos de reconcentración de un ejército sólo son comparables á ese continuo flujo y reflujo de las olas del mar. De ahí la necesidad en la guerra de la doble vía en la zona de operaciones, para no preocuparse de los trenes que por distinta vía marchan en sentido contrario, pues el factor principal que hay que tener presente en la guerra moderna, es el tiempo.

Dependiendo de la celeridad de las operaciones y movimientos de tropas el éxito de una campaña, las concentraciones y transportes se verifican según las categorías de las estaciones por el material y medios con que cuentan.

Toda línea general, desde el punto de vista militar, se divide en cuatro clases de estaciones: centrales, de entroncamiento ó enlace con otras líneas, é intermediarias de primero y segundo orden respectivamente.

Se consideran como estaciones centrales, además de las establecidas con relación á cada línea en la capital de la nación, las situadas en las capitales de los grandes distritos militares.

Se llaman estaciones de entroncamiento ó enlace las que, situadas en una gran línea general, sirven de punto de partida de otras líneas generales, siendo éstas con relación á la primera ó de su origen en el sentido de su separación y alejamiento las denominadas

líneas divergentes, que á su vez son las *líneas convergentes* cuando se dirigen y vienen á parar á la estación de entroncamiento ó enlace.

Las estaciones de bifurcación ó enlace de las grandes vías revisten por lo menos la misma importancia estratégica que las centrales de la nación, teniéndola en nuestro concepto aún mayor algunas, como por ejemplo las de Alcázar de San Juan, Venta de Baños y Miranda de Ebro.

Las estaciones de primer orden son las que pasan por grandes poblaciones, ó por el punto de enlace de algún ramal.

Estaciones de segundo orden son todas las demás que cuentan por lo menos con medios para el embarque de algunas fuerzas de Infantería. Si el ramal que parte de una estación de primer orden se dirige ó termina, contornea á atraviesa algún río navegable ó caudaloso, es innegable que tanto la estación de partida como la de término pueden reunir en momentos dados condiciones estratégicas tan apacibles como las centrales y fronterizas.

Si España tuviera afortunadamente la división territorial militar que para la buena organización de los ejércitos existe en todas las naciones, incluyendo la Servia y los Principados Danubianos, serían estaciones centrales las establecidas en las capitales de los distritos de los grandes cuerpos de ejército. Como quiera que á este resultado hemos de llegar más tarde ó más temprano, pues las necesidades se imponen y son por consiguiente superiores á la voluntad de los hombres, como lo fué la adopción de los ferrocarriles en todas partes, sin excluir la China, nos permitiremos echar mano de los únicos datos *casi oficiales* que poseemos, para explicar la manera de organizar las vías férreas militares con arreglo á la nueva división territorial. Sin esta base, la guerra es tan defectuosa, como absurdo es vivir á la moderna con elementos viejos é inútiles, ó pretender que la luz de una bujía tuviera la misma intensidad, claridad y aplicaciones que la luz eléctrica.

La organización completa de un sistema ofensivo y defensivo, es la que concilia en todas sus partes los intereses y recursos generales del país con su estructura etnográfica, cumpliendo así las condiciones de la estrategia. Para que á su vez estas condiciones se cumplan es preciso que se funden en dos principios esenciales. El primero consiste en la acertada distribución de sus fuerzas dispuestas en la paz con la misma organización que ha de servir para operar en la guerra, y esto sólo se obtiene con la racional división territorial por cuerpos de ejército.

El segundo principio estriba en disponer de los medios más eficaces para los rápidos movimientos de las tropas, reconcentración de éstas y transportes de material, ó sea en los ferrocarriles.

Así, pues, la división territorial y las vías férreas se completan de tal modo que constituyen un sistema de defensa nacional.

Para proceder con método en materia tan compleja, examinaremos antes, siquiera sea brevísimamente, la división territorial mejor adecuada á las condiciones topográficas y estratégicas de nuestro País, para después adaptarla al más valioso de los elementos de la guerra en nuestra época, los ferrocarriles de campaña.

Éstos armonizan y concuerdan con la división territorial. Los datos oficiales que sobre esta división existen, son los trabajos realizados hace años por una comisión encargada de la organización del ejército que presidió el General Orozco y de la que entre otros formaba parte el actual Subsecretario del Ministerio de la Guerra.

El admirable trabajo realizado por dicha comisión será el punto de partida que nos sirva para subordinar ahora las vías férreas á los detalles geográficos, topográficos y estratégicos que tan magistralmente tuvo en cuenta para dividir España en siete distritos militares. Advertimos de paso, que aun cuando esta división se redujera á seis ó cinco distritos, como opinan algunos, no cambiaría eso en nada el trazado general de las vías férreas militares, las condiciones de la defensa nacional, ni tampoco alteraría la organización del ejército en su conjunto general y científico desde el punto de vista de las necesidades del arte de la guerra.

Uno de los principios también esenciales á que se subordina la división territorial de un país es á la configuración y profundidad de sus fronteras y á la extensión y condiciones especiales de sus costas marítimas.

La forma más aproximadamente circular que se dé á los distritos militares reunirá siempre mayores ventajas, pues las distancias más cortas son radios que parten desde el centro á la circunferencia, y las comunicaciones laterales cuerdas cuyos arcos tiene que ocupar, atacar ó defender el enemigo.

Otro de los detalles del que no cabe prescindir es que, no pudiendo las actuales plazas fuertes, en la mayoría de los casos, proteger con sus fuegos los caminos de hierro, siendo su misión principal servir de punto de apoyo y de abrigo á los cuerpos de ejército y material de guerra, deben en cambio fortificarse dentro de cada distrito militar por medio de campos atrincherados los nudos

de los caminos principales, estaciones de entroncamiento ó enlace de vías férreas, y de confluencia de los grandes ríos, por ser todos estos puntos los más estratégicos. Además, todas estas defensas servirían á su vez de campos de instrucción permanente para las maniobras doctrinales de los cuerpos activos y para las semestrales ó anuales de los reservistas.

La Península ibérica presenta á la simple vista la figura de un tronco de pirámide de base pentagonal, unido al continente por el istmo que forma la cadena de los Pirineos y separado del África por el Estrecho de Gibraltar en el vértice situado en el lado opuesto. Existen 2.500 kilómetros de costas marítimas, formando la Península un vasto promontorio coronado por una meseta central de 600 metros de altura, cuyos lados al Este y al Oeste están guarnecidos de cadenas de montañas que se elevan por escalones desde los bordes de ambos mares hacia el interior del País. Por el Norte y por el Sud elevadas montañas vienen como cerrando en su centro la que pudiéramos llamar meseta central, á pesar de lo accidentado de su terreno en algunas partes por los diferentes grupos de montañas y tierras.

EL PRIMER DISTRITO MILITAR, cuya capital es Barcelona, comprende la región izquierda de la cuenca del Ebro, el río Segre y las cuencas independientes de los ríos Muga, Fluviá, Ter, Tórdeza, Besós, Llobregat y Francolí. Forman los límites de dicho distrito las cordilleras de los Pirineos hasta el pico de Maledetta; el río Noguera en su confluencia con el Segre y por otro lado hasta Mequinenza, y el Ebro desde este punto hasta su desembocadura; y la costa desde Tortosa hasta el cabo de Cervera. Constituyen este distrito las provincias de Barcelona y Gerona y la casi totalidad de las de Lérida y Tarragona, siendo su figura la de un cuadrilátero con su perímetro de 900 kilómetros y la extensión superficial de 30.000 kilómetros cuadrados. Atraviesa por él la línea general y fronteriza de Barcelona á Figueras, pasando por Gerona y entrando en territorio francés protegido por la plaza fuerte de la segunda de las poblaciones mencionadas. Esta línea reúne grandes condiciones estratégicas, por ofrecer la naturaleza del terreno pasos casi inaccesibles para una invasión. Cuenta este distrito con la línea general central desde Barcelona á Madrid por Zaragoza; la de entroncamiento ó enlace de Lérida, cuyas líneas divergentes son las de este último punto á Tarragona, y la que se dirige á Barcelona con la *circular* que pasando por cerca de Monserrat á Barcelona va desde este punto á Igualada. Las concéntricas son las de Huesca por Tardientu

á Lérida, y desde Barbastro por Sariñena también á Lérida, siendo, por consiguiente, esta estación la más importante de todas y después las de Barcelona, Gerona y la fronteriza de Figueras.

Las líneas de costa marítimas desde Barcelona á Tarragona, y muy especialmente la de Barcelona á Tortosa, son divergentes y convergentes á un tiempo. La estación de Tortosa es la más importante, tanto por su gran proximidad al mar, cuanto por hallarse cerca de la desembocadura al Mediterráneo de un río navegable, y su posición estratégica interior con relación á Morella y Mequinenza.

EL SEGUNDO DISTRITO comprende la cuenca del Cinca, la del Ebro hasta Mequinenza, y la de los pequeños ríos que desde el Bidasoa hasta el Ebro desaguan en el Océano. Forman sus límites el curso inferior del Deva, los picos de Europa, una pequeña porción de los Pirineos oceánicos hasta Reinosa; la divisoria general de aguas hasta el Nudo de Albarracín; parte de la sierra de Gudar; el Guadalupe hasta su confluencia con el Ebro, este río hasta Mequinenza; el Segre hasta su confluencia por encima de Lérida con el Noguera Ribagordano; este río, la divisoria con Francia hasta el pico de la Maladetta y la costa hasta la ría del Cinca-Mayor.

Este distrito tiene á su cargo la defensa de la llamada *línea de operaciones del Ebro*, posición tan codiciada por el extranjero en caso de una invasión como lo prueba la historia de todas nuestras guerras y cuyos puntos principales de defensa son los puentes que atraviesan el caudaloso río en las poblaciones de Miranda, Tudela, Zaragoza y Tortosa, hoy recorridos por las vías férreas, siendo las estaciones de estos puntos por sólo esta circunstancia, aparte de otras muchas de primer orden y centro de la defensa de Navarra, debe estar provista, como también la de Miranda, de grandes almacenes con abundante material de locomotoras, coches, transportes y material de vía fijo y locomóvil de todo género.

La figura de este distrito es irregular, siendo la de un alargado rectángulo que tiene por bases superior é inferior la costa y los Pirineos cantábricos y por lados las divisorias con Asturias y parte de la de Francia, adosado á un sector irregular que tiene por centro el nacimiento del Ebro, por radios los Pirineos y la cordillera Ibérica, y por bases las sierras y la línea fluvial que se extienden hasta las del Noguera Ribagorzano, cerca del pico de la Maladetta.

Comprende este distrito las provincias de Santander, las Vascongadas, Navarra, Huesca y Logroño, la casi totalidad de la de Zaragoza, gran parte de las de Teruel y Burgos y pequeñas porciones

de las de Soria y Lérida. Su extensión superficial es de 76.500 kilómetros cuadrados, y su perímetro 1.300; de éstos 280 á la costa y 300 á las líneas de aguas que la rodean. La capital es Zaragoza, inatacable por su frente por los Pirineos continentales y por el largo trayecto que tendría que recorrer el enemigo en una invasión desde el Rosellón por Barcelona y Lérida; pero en cambio su *flanco izquierdo* es sumamente débil y atacable por Tudela, una vez dueño el enemigo de este punto ó de Pamplona.

En una palabra, la gran defensa de esta parte del territorio se apoya en la *línea del Ebro* acumulada en Miranda, Logroño y Tudela, que en una guerra con Francia estos serían los puntos en que quizás se ventilase la futura suerte de nuestra Patria. Este es el distrito más importante de España militarmente considerado.

El segundo distrito tiene su línea férrea central desde Zaragoza á Madrid, ofreciendo la ventaja que los trayectos desde Zaragoza á Sigüenza por un lado, y desde Miranda á Venta de Baños por otro son paralelos, cuyas condiciones estratégicas serían extraordinarias si una línea los uniera desde Sigüenza por Aranda de Duero á Venta de Baños y más aún si otra línea partía desde Sigüenza por Soria á Castejón ó Tudela, por reunir, entre otras circunstancias, la de desembocar en dirección perpendicular á *la línea defensiva del Ebro*.

Las estaciones de Miranda de Ebro y Castejón son centros donde van á parar importantísimas líneas generales, que por el camino que recorren son concéntricas y circulares al llegar á dichas estaciones, algunas paralelas entre sí, pero todas perpendiculares al trayecto comprendido entre Zaragoza y Miranda, trayecto que á su vez es diagonal y algunas veces paralelo en sentido de la frontera, ofreciendo la ventaja de su gran distancia de ésta.

La línea que sólo desde el punto de vista militar llamamos general desde Santander á Zaragoza, pasa por Reinosa, punto de los más estratégicos de la provincia de Santander, descendiendo á Venta de Baños, ascendiendo por Burgos y Miranda para marchar después en sentido diagonal descendente de la frontera, y siguiendo la línea defensiva del Ebro por Logroño y Tudela á Zaragoza. Esta línea general concéntrica en Venta de Baños y divergente desde Miranda á Zaragoza, enlaza admirablemente cuatro provincias á la capital del distrito.

Dicha línea tiene dos estaciones concéntricas de extraordinario valimiento estratégico, que merecen especial estudio; las estaciones de Venta de Baños y de Miranda, que representarán siempre en la guerra un papel de primer orden, singularmente la última.

De la estación de Venta de Baños parte la fronteriza (con relación al segundo distrito militar) por Burgos y Miranda á Francia directamente; la línea general central, por Valladolid á Madrid; la de León, por Astorga y Oviedo á Gijón, y la de Santander; formando todas ellas cuatro líneas divergentes y concéntricas á la vez en Venta de Baños.

La estación estratégica de Miranda, tanto por su situación sobre la línea defensiva del Ebro, cuanto por su proximidad á la frontera por los dos puntos de Vitoria y Pamplona, debe figurar en primer término entre las estaciones más importantes del segundo distrito.

La estación de Miranda enlaza la línea de Zaragoza por Logroño y Tudela, siguiendo el curso del Ebro por ese lado, con la de Madrid á Francia por Venta de Baños; la central de Miranda, Burgos, Valladolid á Madrid; las líneas concéntricas y divergentes que en un perímetro casi circular y perfectamente cerrado á ella afluyen, de ella parten dirigiéndose por Logroño, Castejón, Pamplona, Tafalla, Alsasua y Vitoria á Miranda, y dentro de ese perímetro circular encuéntrase, entre otras poblaciones, Estella y Salvatierra.

Últimamente, la estación de Miranda da origen por su izquierda á la vía férrea que termina en Bilbao. El ferrocarril que se proyecta desde Zaragoza por Huesca á Canfranc, será el que se preste mejor á una rápida invasión, pues no hay ninguna línea férrea cercana á la frontera que pudiera contrarrestar la pérdida de esa línea, si desgraciadamente cayera en poder del enemigo, por un golpe de mano ó sorpresa, tan fácil de intentar como de realizar. El terreno desde San Juan de la Peña hasta Huesca y Zaragoza es sumamente llano, y un ejército invasor que tomara á Jaca ó la dejase aislada á su espalda, contando con grandes masas de caballería, ocuparía rápidamente las orillas del Ebro en casi toda su extensión.

La defensiva en toda esa línea tiene que ser muy enérgica, hallándose perfectamente vigilada, construir campos atrincherados en las posiciones que mejor dominen y enfilen la vía, sin dejar el Gobierno de disponer se inutilice por completo al primer amago de invasión ó tirantez de relaciones internacionales. Esa línea conviene permanezca ocupada y servida militarmente desde Ayerbe á Canfranc, á partir del día de su inauguración.

Partidarios de que no se pongan obstáculos de ningún género á los intereses del comercio y del tráfico que constituyen la riqueza del País, no por eso hemos de ser incautos, desprevenidos y débiles hasta tal punto, que por proteger intereses que son muy respe-

de las de Soria y Lérida. Su extensión superficial es de 76.500 kilómetros cuadrados, y su perímetro 1.300; de éstos 280 á la costa y 300 á las líneas de aguas que la rodean. La capital es Zaragoza, inatacable por su frente por los Pirineos continentales y por el largo trayecto que tendría que recorrer el enemigo en una invasión desde el Rosellón por Barcelona y Lérida; pero en cambio su *flanco izquierdo* es sumamente débil y atacable por Tudela, una vez dueño el enemigo de este punto ó de Pamplona.

En una palabra, la gran defensa de esta parte del territorio se apoya en la *línea del Ebro* acumulada en Miranda, Logroño y Tudela, que en una guerra con Francia estos serían los puntos en que quizás se ventilase la futura suerte de nuestra Patria. Este es el distrito más importante de España militarmente considerado.

El segundo distrito tiene su línea férrea central desde Zaragoza á Madrid, ofreciendo la ventaja que los trayectos desde Zaragoza á Sigüenza por un lado, y desde Miranda á Venta de Baños por otro son paralelos, cuyas condiciones estratégicas serían extraordinarias si una línea los uniera desde Sigüenza por Aranda de Duero á Venta de Baños y más aún si otra línea partía desde Sigüenza por Soria á Castejón ó Tudela, por reunir, entre otras circunstancias, la de desembocar en dirección perpendicular á *la línea defensiva del Ebro*.

Las estaciones de Miranda de Ebro y Castejón son centros donde van á parar importantísimas líneas generales, que por el camino que recorren son concéntricas y circulares al llegar á dichas estaciones, algunas paralelas entre sí, pero todas perpendiculares al trayecto comprendido entre Zaragoza y Miranda, trayecto que á su vez es diagonal y algunas veces paralelo en sentido de la frontera, ofreciendo la ventaja de su gran distancia de ésta.

La línea que sólo desde el punto de vista militar llamamos general desde Santander á Zaragoza, pasa por Reinosa, punto de los más estratégicos de la provincia de Santander, descendiendo á Venta de Baños, ascendiendo por Burgos y Miranda para marchar después en sentido diagonal descendente de la frontera, y siguiendo la línea defensiva del Ebro por Logroño y Tudela á Zaragoza. Esta línea general concéntrica en Venta de Baños y divergente desde Miranda á Zaragoza, enlaza admirablemente cuatro provincias á la capital del distrito.

Dicha línea tiene dos estaciones concéntricas de extraordinario valimiento estratégico, que merecen especial estudio; las estaciones de Venta de Baños y de Miranda, que representarán siempre en la guerra un papel de primer orden, singularmente la última.

De la estación de Venta de Baños parte la fronteriza (con relación al segundo distrito militar) por Burgos y Miranda á Francia directamente; la línea general central, por Valladolid á Madrid; la de León, por Astorga y Oviedo á Gijón, y la de Santander; formando todas ellas cuatro líneas divergentes y concéntricas á la vez en Venta de Baños.

La estación estratégica de Miranda, tanto por su situación sobre la línea defensiva del Ebro, cuanto por su proximidad á la frontera por los dos puntos de Vitoria y Pamplona, debe figurar en primer término entre las estaciones más importantes del segundo distrito.

La estación de Miranda enlaza la línea de Zaragoza por Logroño y Tudela, siguiendo el curso del Ebro por ese lado, con la de Madrid á Francia por Venta de Baños; la central de Miranda, Burgos, Valladolid á Madrid; las líneas concéntricas y divergentes que en un perímetro casi circular y perfectamente cerrado á ella afluyen, de ella parten dirigiéndose por Logroño, Castejón, Pamplona, Tafalla, Alsasua y Vitoria á Miranda, y dentro de ese perímetro circular encuéntranse, entre otras poblaciones, Estella y Salvatierra.

Últimamente, la estación de Miranda da origen por su izquierda á la vía férrea que termina en Bilbao. El ferrocarril que se proyecta desde Zaragoza por Huesca á Canfranc, será el que se preste mejor á una rápida invasión, pues no hay ninguna línea férrea cercana á la frontera que pudiera contrarrestar la pérdida de esa línea, si desgraciadamente cayera en poder del enemigo, por un golpe de mano ó sorpresa, tan fácil de intentar como de realizar. El terreno desde San Juan de la Peña hasta Huesca y Zaragoza es sumamente llano, y un ejército invasor que tomara á Jaca ó la dejase aislada á su espalda, contando con grandes masas de caballería, ocuparía rápidamente las orillas del Ebro en casi toda su extensión.

La defensiva en toda esa línea tiene que ser muy enérgica, hallándose perfectamente vigilada, construir campos atrincherados en las posiciones que mejor dominen y enfilen la vía, sin dejar el Gobierno de disponer se inutilice por completo al primer amago de invasión ó tirantez de relaciones internacionales. Esa línea conviene permanezca ocupada y servida militarmente desde Ayerbe á Canfranc, á partir del día de su inauguración.

Partidarios de que no se pongan obstáculos de ningún género á los intereses del comercio y del tráfico que constituyen la riqueza del País, no por eso hemos de ser incautos, desprevenidos y débiles hasta tal punto, que por proteger intereses que son muy respe-

tables, olvidemos los que encierra la defensa nacional, y que son superiores á todos. En este concepto, creemos patriótico y no dudamos un solo momento, que los Gobiernos se mostrarán sumamente celosos y enérgicos, sin contemplaciones de ningún género, en todo cuanto atañe á garantizar la integridad del territorio, que sólo puede asegurarse de la manera que acabamos de indicar.

EL TERCER DISTRITO comprende la cuenca del Duero hasta su entrada en Portugal. Forman sus límites, la cordillera pirenaica desde Peña Labra hasta la Peña de Peñaranda; la sierra Negra; la del Porto y la de Culebra; el río Labor hasta su entrada en Portugal; la frontera portuguesa hasta la sierra de Gata; la cordillera Carpeto-vetónica hasta su enlace con la Ibérica, y esta divisoria hasta el nacimiento del Ebro. La figura de este distrito es la de un extenso pentágono casi simétrico respecto del curso general del Duero, hasta que forma la frontera portuguesa.

Comprende las provincias de Salamanca, Segovia, Palencia, Valladolid, la casi totalidad de las de Zamora, Ávila, Soria, Burgos y León. Su extensión superficial, 80.000 kilómetros cuadrados, y su perímetro 1.100 kilómetros. En este distrito la divisoria de aguas de la Península y la cordillera Carpetana, forman un ángulo saliente y agudo, desde el que puede amenazarse enérgicamente, en caso de invasión francesa, las operaciones militares que ejecutase el enemigo desde el segundo distrito en el alto Ebro (Miranda), y después en el alto Tajo por Teruel y Molina de Aragón (Guadalajara). Burgos y Ávila son los dos lados de ese ángulo, colocados sobre la gran línea general del Norte, estaciones enlazadas en Valladolid, capital del distrito, y que ocupa el centro del espacio comprendido dentro de ese ángulo.

El ferrocarril del Norte, que pasa por Valladolid, forma la línea general central de este distrito, siendo la estación de Valladolid centro de una vía divergente, que une por un extremo Burgos y por el otro Ávila.

La estación de Medina del Campo es de gran importancia estratégica, siendo el vértice de un ángulo agudo, cuyo lado superior es la vía férrea de Zamora y su lado inferior la de Salamanca; líneas concéntricas estas dos, que al morir en Medina, situada sobre la línea general del Norte, lo hacen en una estación casi equidistante del trayecto ascendente á Burgos y del descendente á Ávila. Así, pues, Medina es el punto de reunión de las líneas de cuatro provincias.

Para que la defensa fuese completa en este distrito con relación á

los caminos de hierro, sólo falta que un ferrocarril una á Soria con Burgos y otro que uniera á Segovia con Medina del Campo. Soria unida á Tudela á partir de Sigüenza por un lado y á partir del mismo Soria por otro á Burgos, sería una estación central estratégica de incalculables ventajas para la guerra.

Venta de Baños une á León con la capital del distrito, y nada decimos ahora de dicha estación por habernos ya ocupado de ella.

EL CUARTO DISTRITO lo forman las cuencas de los ríos Miño, Sella, Nalón, Navia, Eo, Tambre y Ulla, que desaguan en el Océano. Forman sus límites, el río Deva, los Picos de Europa, los Pirineos Astúricos hasta el puerto de Pajares, las sierras Negra, del Porto, Culebra, río Sabor hasta su entrada en Portugal, la frontera de este Reino y la costa desde la desembocadura del Miño hasta la del Deva de Asturias. La figura de este distrito es la de un pentágono bastante irregular por el Oeste.

Comprende las provincias de Oviedo, Lugo, Coruña, Pontevedra y Orense, parte de la de León y un pequeño trozo de la de Zamora. Su extensión superficial, 45.000 kilómetros cuadrados, y su perímetro en su envolvente general 1.100 kilómetros.

La capital del distrito es Lugo. La población más importante, tanto por el número de sus habitantes como por sus formidables defensas marítimas, es la Coruña, situada en una península cuyo istmo ocupa la ciudad, que se halla defendida en la entrada de su gran puerto por el castillo de San Antón y baterías á flor de agua. Después el Ferrol, importante por su arsenal, ser la capital de un departamento marítimo y plaza fuerte marítima de primer orden.

El estado de sus vías férreas es lamentable, debiendo ser Lugo el centro de una red de ferrocarriles que unieran dicha capital del distrito con Oviedo, Orense, Coruña y Pontevedra.

Además debe terminarse la línea de León á Orense, que hoy sólo llega á Ponferrada, y la proyectada de Orense á Lugo. Así podría este distrito recibir refuerzos y enviarlos á los distritos segundo y tercero.

Ahora, por doloroso que sea decirlo, esa región tan vasta y tan rica de nuestro territorio, desde el punto de vista puramente militar, vive aislada del resto de España.

En el próximo número continuaremos ocupándonos de este distrito y de todos los demás, sin olvidar nada de cuanto se refiera á los ferrocarriles de campaña, considerados en sus múltiples detalles.

(*Se continuará.*)

El coronel de Infantería,
JOSÉ PONS DE DOÑA.

EL DIABLO MODERNO

«Lo más real es *ver visiones.*»

CAMPOAMOR.

«La necesidad no es otra cosa sino lo que
antes se llamaba *el diablo.*»

GALDÓS.

Concibe el hombre la realidad, dentro de la cual vive, con una perspicacia y exactitud mayor ó menor, que se corresponden con el grado de cultura de que disfruta; pero en esta concepción general de la existencia, entra por mucho (quizá en mayor parte que la habitualmente concedida por sabios y filósofos) la *emoción*, que acompaña á la inteligencia humana y que podríamos denominar con LANGE la forma que revisten nuestras ideas, el símbolo con que adornamos nuestros pensamientos ó el plan arquitectural que sirve de alma-máter de nuestra vida espiritual.

No es lícito ya hoy pensar que sea el hombre un alma prisionera en la cárcel del cuerpo, ni que consista la inteligencia en un *espectador imparcial*, que disgrega ó suma los factores que le ofrezca la contemplación de lo que le rodea. Independientemente del concepto que formemos del destino final del mundo, parece fuera de cuestión que el hombre es una energía que inquiere y elige medios, dentro de sí y en todo lo que le rodea, para el cumplimiento de su obra. Y este concepto ni es ni puede permanecer indiferente al cambio que en nuestra sensibilidad producen de consuno las enseñanzas recogidas de la observación del mundo, y las cosechadas al meditar sobre nosotros mismos. Quizá no será la emoción un factor lógico ó científico en el sentido estricto de la palabra, pero constituye, sin duda, un agente importantísimo de la cultura.

Con la enseñanza socrática quedó probado que no aprende el individuo ni adelanta la sociedad sólo por obra y ministerio de la ciencia, antes bien con la ciencia cooperan y colaboran á la misión

nobilísima de ofrecer á individuos y pueblos el *pan espiritual* el arte, la religión, la vida social y cuanto mueve y agita las dormidas energías del espíritu individual y colectivo.

Carecen arte, religión, trato social y mancomunidad de intereses de aquella discreción cualitativa, eminentemente directora, que presta la ciencia á la vida para ser llevada á término cumplido, según ley y medida; pero en cambio, les sobra (y bien vale la compensación) al arte, á la religión y al comercio social de ideas é intereses la plasticidad real y viva que no tienen, ni pueden tener, las enseñanzas abstractas de la ciencia, aun elevadas á especulaciones y concepciones sintéticas.

Es por tanto la *emoción* (el cambio y alteración de nuestra sensibilidad) un agente de la cultura humana, que se *objetiva* en los *símbolos* del arte, en los *dogmas* de la religión y en las *leyendas* ó *tradiciones* del comercio social de las ideas.

De esta suerte se convierten los nuevos vestigios de nuestra cultura, aun tocados de error, por no hallarse depurados en virtud de la reflexión científica, se convierten, decimos, en agentes *dinámicos*, que toman en el arte y en la religión plasticidad suficiente para pasar de *la visión á la realidad* y mover y excitar la voluntad, confirmando así el dicho, en apariencia paradójico, y en última apelación exacto, de que *lo más real es ver visiones*.

Aunque sumemos en una sola personalidad el caudal inmenso del saber humano, aunque coloquemos en un solo individuo la elocuencia de fuego de todos los propagandistas, siempre observaremos que, para mover el corazón y la voluntad del hombre, existe algo que no dimana de la inteligencia, siquiera con ella cuente, que no es obra de la reflexión, si bien no deba contrariarla, y que no nace del pensamiento, por más que con él tenga parentesco próximo. A ese algo, que es la emoción, recurren el artista para templar el fuego de su inspiración, el apóstol para esparcir el ardor de su fe, y el hombre social para recoger el hálito y fuerza de las muchedumbres. ¿De qué modo y en qué rítmica ponderación con el elemento científico? Es punto menos que imposible fijar taxativamente esta proporción, pues ella implica el secreto que distingue al artista genial de la medianía adocenada, al alma dominada por el proselitismo religioso del repugnante fanático, y al político hábil del hombre insociable y torpe que malogra las mejores empresas.

En esa proporcionalidad, rítmica, adecuada, exacta, cuyos maravillosos efectos se perciben *à posteriori*, y cuyo secreto es indesci-

frable *à priori*; en esa proporcionalidad reside la difícil facilidad, que separa el éxito del fracaso, el triunfo de la derrota, y en lo social y político el Capitolio de la roca Tarpeya. En ella se contienen y encierran los secretos que oculta con densa penumbra el velo del porvenir; secretos que toca la mano inhábil, quizá porque no estaban sazonados y maduros, y se convierten en gérmenes de perturbación que agostan y enervan la ley virtual de la vida, el progreso; secretos que, por el contrario, recoge el espíritu perspicuo del genio, tal vez porque los cosecha en el *abril de su existencia*, y dan fruto de bendición.

Á la *difícil facilidad* que implican estas oportunas condensaciones de los múltiples factores de la cultura humana hay que referir el *arte de la vida*, en el cual brillan y alcanzan éxito los que saben pulsar la lira de la sensibilidad humana, aunque desconozcan lo complicado de su contextura. Cuentan para ello con el auxilio eficaz de una lenta elaboración llevada á cabo en los profundos limbos del espíritu colectivo, único campo laborable para traer á la existencia real los que pudiéramos denominar días genesiacos.

Las gestaciones de los movimientos progresivos en la cultura humana tienen seguramente sus precedentes, cual *primum movens*, en la ciencia y en el continuo acrecentamiento del saber; pero llegan á pedir plaza y asiento en el libro de la vida, cuando la emoción sensible les da la plasticidad necesaria para que venzan y rompan lo que se llama impurezas de la realidad. No salen de la región del no-ser, no pasan de la visión á la realidad los nuevos gérmenes de vida si, anémicos y vaporosos, fermentan sólo en mansiones abstractas é idealistas, según lo enseña el hermoso y poético símbolo de *Euphorion*, el malogrado hijo de Fausto y Elena, tan maravillosamente descrito por Goëthe como intento ó ensayo perdido, por lo prematuro, de reconciliación entre clásicos y románticos para engendrar el nuevo y superior sentido que alienta en la poesía moderna.

La plasticidad casi escultural que convierte lo ideal en real, cual fecundación misteriosa de los gérmenes de la vida, equivale á la *información y vestidura* con que la emoción hiere y *hace sensible* realidad hasta aquel momento no percibida. Conglobada y en cierto modo sin diferenciación bastante la nueva perspectiva ó punto de vista de lo real, que la emoción aporta á la cultura, marcha gradualmente á diferenciarse y tomar sitio en la escena del mundo, obedeciendo á la ley de la contrariedad ó de la antítesis, que diría un hegeliano.

Todo aquello que mueve, solicita y favorece las energías individuales y sociales, impulsándolas, en sentido afirmativo, hacia el cumplimiento de la obra común, se distingue y aun contrapone á lo que dificulta, retiene ó es óbice y obstáculo á las nuevas aspiraciones. Este elemento contradictorio, que hace vibrar la sensibilidad, inclinada al polo negativo, se acentúa, toma cuerpo y relieve en lo genérica é indefinidamente denominado el mal, la negación, el demonio ó *el diablo*, forma que reviste todo aquello que, directa ó indirectamente, se nos ofrece como obstáculo en nuestro camino.

Esta forma de lo negativo y contradictorio necesita materializarse y corporalizarse; ya que el hombre, en su flaca condición, *siente*, aunque no perciba, el lastre y rémora que de momento imprime á su acción. Y al materializarse, abandonando su existencia visionaria, su concepción metafísica y suprasensible, esquiva y huye, en la imaginación humana, lo abstracto, y busca y anhela lo concreto. ¿Qué será lo más adecuado para su representación sensible? Todo aquello que concrete y limite la falta de percepción y la viveza con que nos hiere, conmueve y molesta. De suerte que el mal y su representación, el diablo, no es susceptible de definición científica; porque, cuando tratamos de fijar su característica, se pierde y diluye en los límites inapreciables de la negación y contradicción, y siempre se ha dicho que toda definición ha de formularse en términos positivos, que es precisamente de lo que carece el mal.

Esta forma de lo contradictorio y negativo, que es como se ofrece el mal á la emoción, requiere urgentemente una *existencia concreta*, limitada y circunscrita; y, como no puede dársela la virtud discursiva de la reflexión, se la presta nuestra fuerza imaginativa, llevando la concreción del mal al arte, á la religión y á la vida social.

Pero los productos ó creaciones de nuestra imaginación tienen que vivir y moverse en el tiempo y en el espacio, únicas formas de nuestra sensibilidad, de donde procede después la corporalización y aun personificación del mal en el diablo, que es para el arte un *símbolo*, para la religión un *dogma*, y para la vida social una *tradicción ó leyenda*, es decir, *algo*, mejor expresado, *nada*, que tiene de momento, y en el límite en que aparece, fuerza contraria á lo real, siquiera, en definitiva, implique en sí mismo (no en el momento en que se manifiesta) algo positivo, pues se viene afirmando de tiempo inmemorial «que la nada es negación del sér actual, pero no del sér virtual.»

La posición inadecuada, fuera de hora y sazón, lo que no se halla en tiempo y lugar propios, aquello que niega y contradice lo actual y de momento; tales son los términos abstractos, que son aplicables á la definición necesariamente negativa del mal. Pero si es difícil percibir el mal, no lo es sentirlo, pues llama, agita y conmueve la sensibilidad, agranda la emoción, agiganta la dificultad y obliga á que se concrete y represente en la imaginación.

Si unimos á estas causas concomitantes la no menos atendible de que, por la eficacia del *contraste*, se hace más sensible la aparición del mal, nos explicaremos cómo y por qué es inevitable su representación imaginativa y plástica. Así se observa, por ejemplo, en la obsesión del mal, que produce en nosotros la *ictericia moral*, cristal ahumado, á través de cuyas sombras surge, por la fuerza y relieve del contraste, el Pesimismo. No existiría el Pesimismo, ni aun como concepción sorprendida al observar la realidad, sin contraponerse á la imagen ideal que tenemos del mundo. Precisamente el contraste con esta imagen ideal es la causa ocasional que nos lleva á concebir la realidad como mala. Cuando el *anhelo* para emanciparnos de esta realidad mala (anhelo que alienta en toda concepción pesimista) nos guía hacia las ilusiones del quietismo místico ó del soñado descanso del Nirvana, puede enervar y de hecho temporalmente enerva nuestra actividad; pero si, por el contrario, el anhelo persiste en las entrañas mismas de lo real, donde el mal aparece con las condiciones indicadas, puede y debe avivar nuestras energías contra el enemigo común, tan común, que cada uno le lleva dentro de sí.

Siempre resulta que, movida y solicitada nuestra imaginación por lo contradictorio y negativo del mal, que acrece, en su ilusoria realidad, por el contraste, nos vemos obligados á concretar en límites los obstáculos que á nuestra obra se oponen. Pero la imaginación no puede hallar límites para *informar* lo negativo más que en la *materia*, que le ofrecen las percepciones sensibles del mundo y de la realidad, percepciones de que se sirve la fantasía para prestar á lo abstracto del mal una existencia concreta. ¿De qué manera?

No percibe la imaginación más que aquellos seres ú objetos que de algún modo la afectan por la conexión del organismo sensible con el mundo que le circunda, sin que conozca ni las fuerzas más que en sus efectos, ni el mundo más que en sus fenómenos, es decir, que circunscribe la imaginación el conocimiento de la realidad á los seres animados, á los animales y á los hombres.

Del *zoomorfismo* ó del *antropomorfismo* toma la fantasía la materia con que ha de revestir su imagen del mal, por cuya razón el diablo es representado siempre, ó como un animal (la *serpiente* del Génesis), ó como un sér en el cual se reúnen todas las cualidades más bajas y perversas del hombre.

Dado el primer paso en la representación plástica del mal por la fantasía, representación á que ayuda y colabora la ausencia de discreción intelectual, que pudiera templar la fuerza de la emoción, se comprende la importancia que alcanza, en la serie de las personificaciones del diablo, la falta de conocimiento, que aumenta el temor y el miedo. «Nada infunde tanto pavor como lo desconocido,» se dice generalmente. Así es que la ignorancia de los tiempos primitivos, origen de la superstición, ayuda á las varias representaciones del diablo, personaje á quien se conceden poderes ocultos, todos aquellos que son desconocidos, sin que haya ni exista efecto ó fenómeno cuya causa se ignore que no sea atribuido, cual virtud malféica, al demonio.

Hecho caso omiso de las varias, múltiples y á veces semejantes personificaciones del mal que se observan en la historia de las religiones del Oriente y en las Mitologías de los pueblos clásicos, cuyo génesis y parentesco podrán ser objeto de detenido examen para la erudición y crítica de los tiempos presentes, cuidemos de recoger, en fórmula más ó menos precisa, los lineamientos generales de la emoción sensible, á que debe el diablo su existencia, en el arte, en la religión y en las costumbres sociales.

Podemos concebir que el diablo es la forma plástica y sensible (corporalizada en límites de espacio y tiempo) de la emoción de temor, miedo ó disgusto, que causa en el alma lo desconocido ó lo que contradice nuestros propósitos y obras. Las mil y mil formas que toman la superstición y la ignorancia en la conciencia del pueblo, desde la bruja hasta el mal de ojo, y el ángel malo, no son más que deajo, más ó menos emparentado, dentro de las corrientes de la cultura histórica, con las múltiples personificaciones del diablo.

No nos incumbe, al menos para el fin que perseguimos al escribir estas líneas, determinar taxativamente el principio metafísico que, agitándose en toda concepción religiosa, ha impreso caracteres propios al diablo en las distintas razas, pueblos y religiones, de que es resultado y superior condensación la cultura moderna. Nos basta declarar que, según dice Bouteville, «el hombre, en virtud de una facultad que le es propia, eleva hasta lo absoluto el bien y



mal y llama buen Dios al bien absoluto y Dios malo, diablo ó Satán al mal.»

Es evidente que cada personificación del mal tiene, en pueblos y religiones, á más de los precedentes cronológicos, un génesis, en cierto modo típico y propio, pero que no contradice los caracteres generales, que dejamos apuntados, respecto á su representación y transcendencia.

La nota común de todas las personificaciones del mal consiste en lo negativo y contradictorio, lo mismo en el *Moloch* de los fenicios que en el *Typhon* de Egipto ó *Set*, sér perezoso por excelencia, el invierno, contrapuesto á *Isis*, protectora de la agricultura, de las ciencias y de las artes. Sabida es también la significación de *Arihman*, principio contrario al bien. Aunque el mal no tenía entre los egipcios representación única, su significación viene á ser la misma en las fábulas de *Pandora* y *Psyche*, en la leyenda de *Prometeo*, en las *Furias*, las *Arpias* y la *Parca*. La denominación del diablo cristiano, *Satanás*, quiere decir el contradictor, el adversario y el que niega, cuyo sentido es el mismo atribuído por Goëthe á su *Mefistófeles*.

Acusaría una despreocupación volteriana ó un desconocimiento completo de lo que es la cultura social atribuir la persistencia del personaje diabólico en la historia á la *betisse humaine*. Arraiga esta personificación en algo, que toca de cerca á la flaca condición humana, y todos, quién más, quién menos, llevamos en el fondo de nuestro sér algo negativo y contradictorio de nuestra naturaleza, (elemento *bestial*, que diría Pascal), que obliga á considerarle como factor, á su modo propio, en la compleja condición del hombre. Cuanto se refiere á nuestra vida concupiscible y material, cuanto alienta de bajo, égoísta y malo en nuestra naturaleza, dominando ó siendo dominado por nuestras superiores aspiraciones, otro tanto constituye el arsenal de donde brotan las personificaciones del mal. De esta consideración nace la transcendencia que para nosotros tiene la creación por Goëthe del tipo de Mefistófeles, *diablo humano*, que representa la suma de nuestras imperfecciones.

Pero, aparte este génesis conforme con la naturaleza humana, la personificación del mal ha ejercido, por aquello de que la negación implica algo afirmativo, influencia provechosa en el arte, en la religión y en la vida social, principalmente en aquellas épocas en que, por predominio de la sensibilidad ó por la rudeza de las costumbres, ha servido el temor de elemento educador, de superior importancia y alcance.

Apenas si es necesario insistir en este punto, en lo que toca al arte, pues la influencia educadora del mal se percibe fácilmente, reconociendo que su representación plástica, encarnada en un personaje simbólico, sirvió y aun sirve, no sólo, para dar relieve, por el contraste, al bien, sino para la mejor y más exacta pintura de la lucha y la acción, inherentes á la vida y por ende á la belleza, fuente de toda emoción estética. Obra es digna de la paciente erudición, á que se va cobrando gusto en estos días, precisar la influencia de la *Demonología* en el arte, al cual ha enriquecido con un simbolismo fecundo é inagotable para excitar la emoción estética. Al presente, que es casi inadmisibile la personificación del mal, todavía descubre el arte ricos veneros de inspiración en lo que se denomina la *idealización del mal*, de cuyo principio son tipos acabados el *Cuasimodo* de V. Hugo, el *Mefistófeles* de Goëthe y tantas y tan hermosas concepciones de Byron, Espronceda y otros. En nuestros días, en el mismo momento que corre, deponen en pro de nuestras afirmaciones la rica y abundante literatura del Pesimismo y las mismas composiciones que crea la desesperación vertiginosa de un cierto decreimiento general, que si corroe las entrañas de algunas capas sociales, es de esperar que sirva (cual si en muchas cosas hubiera que esperar el remedio del exceso del mal) de reactivo poderoso para que el espíritu atormentado de las nuevas generaciones busque el cauce natural hacia el cual gravitan las almas generosas.

En la vida religiosa es más acentuada aún la influencia educadora que ha ejercido la personificación del mal en el diablo. Escapara y excediera el concepto metafísico y abstracto del mal para las inteligencias; quedara cual libro cerrado, donde la lectura equivaldría á una experiencia sangrienta, cuanto supone el mal en la vida, á no ser porque la religión, sirviéndose del eficaz auxilio que para la educación presta la fantasía, ha hecho elemento suyo, doctrinal, dogmático, la enseñanza de las creencias religiosas, dando relieve por contraposición y contraste á la lucha entre el bien y el mal y al triunfo definitivo del primero sobre el segundo. Podría ser suficiente para el cristianismo metafísico de los alejandrinos el concepto abstracto del mal; quizá bastara para los primeros Padres de la Iglesia determinar el sentido y alcance del *Verbo* como mediador universal; pero hubiera sido cruz en el agua pretender catolizar el mundo, universalizar la enseñanza de Cristo y moralizar los pueblos bárbaros, sin que los dogmas hubieran encarnado y tomado vestidura en la lucha perenne entre el bien y el mal, reflejo de la lu-

cha social en que vivían los que habían de venir á rendir parias á la doctrina del Crucificado. Y luego la misión civilizadora, docente, universal de la Iglesia, sin exclusión de ningún género, necesitaba traer el simbolismo alejandrino á una enseñanza vulgarizada, para la cual, si se perseguía alcance y eficacia en la vida, era preciso recurrir á herir y solicitar todas las potencias y aptitudes del alma, sin cuyo requisito no se hubiera producido en el mundo aquel hermoso sueño místico de la Edad Media. De él despiertan á nueva fuerza y vigor las dormidas energías del espíritu humano, con el corazón rejuvenecido para echarse en brazos del Renacimiento y asimilarse, todavía dentro del dogma, la pura, severa y á la par risueña belleza del simbolismo clásico.

¿Qué importa, para el fin que indicamos, una absorción general de la vida por parte de la religión? Ella logró templar la despiadada dureza de la Edad de Hierro; ella hizo la comunión de los santos, y ella, unas veces con el hierro y el fuego, y otras con la persuasión y el ejemplo, preparó la sustitución de la fuerza por el derecho y de la violencia por la justicia. Sin reparar en medios, donde no pudo determinar síntesis armoniosas de los gérmenes de la vida, produjo sincretismos parciales, y en todas partes puso á contribución el arte, la sociedad y la vida entera, quizá primero para su dominación completa del mundo, pero en definitiva para la educación de la sociedad y preparación de mejores tiempos.

En la cultura social es igualmente innegable la influencia creciente ejercida por el mal, síntesis de todo temor y castigo, para dirigir la educación de individuos y pueblos. Sin justificar la impía máxima de que «el loco por la pena es cuerdo,» obliga declarar que los vestigios de continua rebeldía y protesta, que los apetitos irascibles conservan en estado latente dentro de la naturaleza humana, no hallan dique ni obstáculo á su bárbara y salvaje explosión, al menos en la infancia de individuos y pueblos, á no ser en el temor que infunden el mal y lo desconocido. Desde el *coco*, con que la ternura, á veces irreflexiva, de la madre pretende refrenar los caprichos del niño, hasta las espeluznantes descripciones de los tormentos reservados á las almas que se olvidan de sus creencias, en las lecturas tenidas por piadosas; desde uno á otro extremo, pasando por series indefinidas de nuevas representaciones y personificaciones de lo legendario y tradicional, se descubre un horizonte inmenso, dentro del cual juega papel importantísimo la imaginación como fuerza educadora, que sirve á la vez de rémora y valladar con-

tra lo ruin y malo que anida en los bajos fondos de la condición humana.

Cierto es que estos recursos extremos, puestos en juego por la virtud imaginativa del espíritu individual y colectivo, son usados con excesiva frecuencia y que al lado del uso nace el abuso; de todo lo cual dimana la pérdida casi completa de la eficacia educadora del mal, porque tanto y con tan repetidas ocasiones se recurre á golpear la *caja de los truenos* (condensando en esta idea la suma de representaciones que toma el mal), que al fin la caja se rompe ó revela lo secreto y aparatoso de sus mágicos efectos. Disipado como un sueño el efecto prodigioso, por lo desconocido, que ejerce la representación del mal, y disipado porque encauza nuestro creciente *poder reflexivo* la serie antes desconocida de circunstancias, favorables ó adversas, que tomaran una mentida personificación, desaparece la errumbre de la superstición, de los errores y de fingidos temores con que la ignorancia amontonara escombros. Pero otra vez, la eficacia ya ejercida en la educación de individuos y pueblos por el mal ha dejado sus naturales sedimentos en la cultura, y cuando la reflexión descubre en períodos de completa madurez la escoria amontonada por la ignorancia, halla también el alma humana, *emancipada* y más libre y apta para consagrarse al cumplimiento de su fin.

Se disipa, rechaza y desecha la personificación del mal, se aleja su influencia, exclusivamente prohibitiva, y á la vez se acerca y aproxima más y más la causa ocasional que engendrara aquellos sueños imaginativos. Aunque parezca paradójico, tal es la tendencia que lleva la cultura en la apreciación del mal como elemento negativo en la vida, es decir, que lo aleja y lo aproxima juntamente. Lo aleja y lo rechaza en la personificación imaginativa y ad-extra, hija de la ignorancia, que nos perturba respecto á lo que nos rodea; y lo aproxima y acerca en el sentido de que, por virtud de la reflexión, se entera y adquiere clara conciencia el individuo de que el mal, referido por él á maléficos, extraños y enemigos poderes, tiene su raíz y la causa ocasional de su aparición en las flaquezas inherentes á la débil naturaleza humana.

Desciende el mal de las regiones de la imaginación y arraiga y se fija en los límites discretos y precisos de la reflexión; tal es la obra de la cultura humana, cuya ley podemos formular en los siguientes términos: *á la idealización imaginativa del diablo sustituye el progreso de los tiempos la humanización del mal* como elemento negativo que dentro de nosotros vive y que debemos combatir.

Con *el enemigo dentro de casa*, el temor es ya pueril, pues obliga la lucha continua con él. Así es que el *humanismo* del diablo convierte el mal en el *stimulus* y agente eficaz de nuestra perfectibilidad y progreso. Tal es la razón que nos mueve á dar tan alta importancia y significación al diablo, creado ó nuevamente informado, en símbolos más reales, por Goëthe. En efecto; el humanismo de Mefistófeles convierte á éste en un diablo en que creen las gentes de todos los tiempos; *es el diablo que somos y llevamos dentro de nosotros mismos*. De suerte que Mefistófeles, la nada que se separa para volver al todo, es el *stimulus* para excitar la actividad, es el agente universal del progreso humano.

Efecto natural de esta nueva representación más real de lo que es el mal, hay que abandonar sus personificaciones y sorprender, para vencerlo, sus influencias en la complexión misma de la vida. Así dice P. Gener en su libro *La Mort et le Diable*: «Hasta el presente, cada época ha tenido su demonio, es decir, la personificación de lo que ha estimado como malo... La época moderna rechaza estas personificaciones, porque cree que el bien y el mal son relaciones entre los seres, y de ningún modo producto de entidades sobrenaturales.»

Resumen, por tanto, de todo aquello que contradice y en parte niega nuestra energía en el cumplimiento de su fin, tal parece ser lo que caracteriza el diablo moderno ó el mal. La esclavitud, la ignorancia, la miseria, en una palabra, según dice el Sr. Galdós, *la necesidad* (esto es, la carencia de medios para el cumplimiento de nuestro fin) no es otra cosa sino lo que antes se llamaba el diablo. Luchar contra estas limitaciones, y luchar diariamente, nos parece, en último término, obra meritoria y *religiosa*, superior á la emprendida por algunos, queriendo galvanizar el cadáver de las supersticiones y errores, que han sido el pedestal sobre el cual se levantara la fatídica personificación del mal.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

CLAMORES DEL OCCIDENTE

OBRAS POÉTICAS DE DON NUMA P. LLONA (1)

I.

Las poesías del Sr. D. Numa P. Llona son ya ventajosamente conocidas y estimadas en la república de las letras; en el antiguo como en el Nuevo Mundo, hase levantado unánime voz para elogiar sus cantos líricos y el arte mágico con que sabe arrancar de las sonoras cuerdas de su armoniosa lira acentos que deleitan por lo bellos, conmueven por lo sentimentales, arrebatan por lo fogosos, transportando el espíritu á las sublimes regiones en que brilla con majestuoso esplendor la poesía. No obstante esta circunstancia, nos hemos decidido, no á formular un juicio crítico sobre el mérito de sus obras literarias, sino á expresar nuestra admiración por el genio poético del maestro, y á manifestar algunas de las magníficas bellezas en que abundan sus hermosos poemas.

Poeta de esplendorosa imaginación y de profundo sentimiento, de gallardas formas y de elevado pensamiento filosófico, el Sr. Llona ha tributado fervoroso culto al ideal, que es el sacro fuego que inflama el estro poético, tornando luminosas, eternas, aquellas ideas y aspiraciones que alumbran la noche de los tiempos, cual faros colocados por la Providencia en el derrotero de la humanidad. La verdad y el bien, que son los dos polos de la civilización, los inmortaliza el arte en monumentos más durables que el bronce y el granito; y hállase su brillante síntesis en el ideal artístico que perpetúa

(1) Cuatro volúmenes en 4.^o.—Serie 1.^a *Cien sonetos nuevos*.—Serie 2.^a *Interrogaciones* (Poemas filosóficos).—Serie 3.^a *Cantos patrióticos y religiosos*.—Serie 4.^a *Poemas amatorios y diversos*.—Lima, librería Aladie.—Librería Calcille.

la vida social, más fielmente que las leyes del legislador y las lucubraciones del filósofo; porque la literatura es el límpido espejo en que se contempla una sociedad con sus virtudes y vicios, con sus aspiraciones sublimes y sus tristes desfallecimientos, con todas las manchas que afean su semblante y empañan su pureza.

La historia del arte confirma la verdad de nuestro aserto. La civilización griega, que era la poesía encarnada en la religión, en las instituciones y costumbres, está retratada más clara y vigorosamente en las obras del príncipe de los poetas y en sus grandes trágicos que en las leyes de Solón y Licurgo, que en los sistemas filosóficos de sus profundos pensadores. La República de Platón es más fantástica y menos ajustada á la verdad histórica que la Iliada de Homero; que, al fin, este poema expresa los sentimientos íntimos del pueblo artista y guerrero, mientras que aquélla sólo es una brillante utopía del padre de la filosofía idealista. Y esto sucede porque el alma del poeta, á semejanza de la naturaleza, que es el inmenso laboratorio de la vida universal, absorbe las ideas, las aspiraciones más elevadas y generosas que flotan en la atmósfera social y las transmite á la posteridad perpetuadas en las formas del arte. Débese á esta perennidad que la poesía sobreviva al naufragio de los más poderosos imperios, cuando toda civilización, por sólida y robusta que sea, sucumbe al rigor inexorable de la ley de las evoluciones sociales, que sólo la poesía, como reflejo luminoso del alma, es inmortal como ella.

La composición literaria, y señaladamente la lírica, es pues el más alto, sublime esfuerzo del espíritu; el que más indelebles huellas deja en la memoria, el que retrata con rasgos más enérgicos la faz intelectual y moral de las sociedades. Ella traza ancha, refulgente estela en las tinieblas del pasado: á los destellos de su brillante luz contéplase la civilización de los pueblos que fueron, sus creencias y los monumentos que nos han legado.

En nuestro siglo, en que el progreso de la razón ha reintegrado al hombre en su libertad y en todos sus derechos, la poesía desempeña noble, augusto ministerio. Es la gallarda musa que propaga las santas doctrinas que constituyen hoy el credo de la humanidad, en religión, en filosofía, en el arte y aun en la política. Ella las purifica en el crisol de la inspiración, despojándolas de la áspera corteza con que las revisten bastardas pasiones, y las exhibe inmaculadas ante la conciencia universal; ella consuela nuestros dolores, conforta nuestras esperanzas infinitas cuando exclama:

¡No muere el hombre!—Su caduca vida (1),
 Al hundirse en la negra sepultura,
 Cae tan sólo, en polvo convertida,
 Su frágil y terrestre vestidura;
 Crisálida inmortal, de luz vestida,
 Tiende el alma sus alas á la altura,
 Y en victorioso arrebatado vuelo
 En los abismos piérdese del cielo!...

La poesía es el iris de paz, de concordia y de amor en este borrasco torbellino de la sociedad moderna, extraña amalgama de bien y mal, de ardiente caridad y de cruel egoísmo, cuyo odioso espectáculo arranca esta dolorosa queja al corazón lacerado del poeta:

¡Era un vil campo, una siniestra lidia,
 En donde esgrime la traición artera
 La daga envenenada de la insidia,
 En donde oculta anónima visera
 El pálido semblante de la envidia!...

En donde lucha solitario el bueno,
 Bañado el rostro en gélidos sudores,
 Los pies hundidos entre sangre y cieno,
 Y, por los golpes, destrozado el seno,
 De adversarios astutos y traidores...

¡Y al revolver en torno desoladas,
 En su abandono y en su angustia acerba,
 Hacia el concurso inmenso las miradas,
 Sólo escucha las torpes carcajadas
 De vendida ó estúpida caterva!

.....

 ¡Circo fatal, de cuyas gradas, llenas
 De festivo rumor, las multitudes
 Luchando miran, contra horribles penas,
 Á las dolientes mártires virtudes,
 Cual contra tigres y feroces hienas! (2)

(1) *Canto de la vida*, poema filosófico de Numa P. Llona.

(2) *Odisea del alma*, poema filosófico de Numa P. Llona.

Los versos copiados caracterizan magistralmente la civilización moderna; profunda fe en los destinos inmortales del hombre y glacial escepticismo sugerido por el imperio del mal, que cual monstruo insaciable devora á los seres nacidos para la verdad y la justicia. Pues bien; la poesía resuelve las contradicciones, desvanece las sombras con que envuelve al alma la desesperación, y en sus líricos, ardorosos arrebatos, hace brillar sobre la frente de la humanidad la luz del ideal, encerrado en el más puro espiritualismo. Oigamos al poeta:

¡Perpetuamente contemplar quisiera
De la tierra y los cielos la hermosura;
Y siguiendo en su rápida carrera
Á la gloriosa é inmortal natura
Al revolver de la celeste esfera,
En éxtasis de amor y de ventura,
Del éter por las vastas soledades
Atravesar con ella las edades!

¡De la ley de la muerte vencedora,
Gozar quisiera de inexhausta vida,
Sin noche, sin ocaso y sin aurora,
Sin término, ni valla, ni medida!
¡Y la infinita sed que la devora
Así saciando, al Universo unida,
Su espíritu fundiéndose en su esencia,
Abismarse en la cósmica existencia! (1)

La poesía es la vestal de la moderna civilización, que mantiene perennemente en los corazones la llama que alimenta el espíritu, presentando á sus ojos en contemplación el magnífico espectáculo de su grandeza moral y de su perfeccionamiento. Rómpace la lira del vate, y precipitaránse las sociedades en pleno materialismo, que es el desenfreno de los apetitos y de las pasiones desordenadas del hombre.

De suerte que la poesía sostiene el equilibrio en las tendencias antagónicas de nuestro siglo; entre el escepticismo, que cual profundo cáncer devora las entrañas de la humanidad, y su fe inquebrantable en un mejoramiento indefinido; entre la sed hidrópica del

(1) *Noche de dolor en las montañas*, poema filosófico.

oro, esa vara mágica del placer, y la generosa filantropía, que ensancha los vínculos de la confraternidad.

Así han comprendido los más egregios vates el ministerio de la poesía, que es civilizador y de moralizadora propaganda de las verdades que la ciencia y el arte han descubierto en los dominios de la naturaleza y de la sociedad. Inspirada por misterioso, profético instinto, salva las formas metódicas, rigurosas de la dialéctica, reviste de espléndido ropaje la idea filosófica que deslumbra á la razón por sus brillantes contornos, encanta á la imaginación por la belleza derramada en sus producciones, arrancando poderosas vibraciones al sentimiento, que repercuten perdurablemente en el corazón, porque ellas son el eco sonoro de las notas que contiene el sér sensible en sus profundas intimidades. Es, pues, la voz elocuente y majestuosa de la humanidad que hace refulgir la verdad, amar el bien, y de preferencia, resplandecer la belleza que se ostenta, no como mera abstracción de la fantasía del poeta, sino como el alma de los seres que les da vida, movimiento, formas y colores, para descubrir sus relaciones y vislumbrar la idea estética en el seno de su múltiple, infinita variedad. Sin su mágico hechizo, la naturaleza, que es soberanamente hermosa, apenas impresionaría los sentidos, permaneciendo mudos el sentimiento y la imaginación, que son las dos grandes fuentes de donde la inspiración saca las perlas del *ideal*, para producir asombrosas creaciones artísticas.

Los cantos líricos del poeta no expresan sólo sus sentimientos individuales, que entonces acaso no despertarían vivo y poderoso interés, sino que excitan la admiración, porque se alimentan de la vida psicológica, exteriorizando las sensaciones y los vagos anhelos del sentimiento en formas transparentes y luminosas, cincelandó la idea en el relieve del verso. Por eso la poesía subjetiva es la más bella y la más profundamente filosófica, pues es el alma misma revelándose sensiblemente.

En nuestro siglo—siglo á la vez de reflexión y de entusiasmo poético—el lirismo ha tomado insólito áuge y esplendor. El triunfo de la revolución literaria iniciada por Goethe, Byron, Mad. de Staël, alcanzado mediante los asombrosos esfuerzos de Víctor Hugo, Lamartine y otros ilustres corifeos del romanticismo, ha afirmado sólidamente los principios de una sonora, sabia estética, más idónea para dar expansión á las facultades creadoras del genio en su artístico ministerio de realizar lo bello. Inmortales poemas han demostrado luminosamente las excelencias poéticas del cristianismo, que supedita en alto

grado á la religión pagana, logrando desarraigar los gérmenes del materialismo sembrados por aquélla en el espíritu. Como consecuencia, hase proclamado el más puro, exaltado espiritualismo, que establece perfecta armonía entre la forma y el fondo.

Acredita esta breve excursión por el campo de la historia el carácter transcendental de la poesía subjetiva, á cuyo género pertenecen las obras literarias del Sr. Llona, que ha sido fiel á los gloriosos blasones del lirismo, pues abundan en magníficas bellezas, así por la corrección de la forma, la grandilocuencia del estilo, como por la profundidad del pensamiento.

El Sr. Llona es americano: en sus cadenciosas estrofas ha cantado la grandiosidad de la naturaleza tropical, cuya hermosa variedad enriquece la fantasía del poeta con brillantes imágenes, con espléndidas formas que excitan la inspiración, la cual brota espontáneamente con la contemplación de sublimes panoramas, risueños paisajes, magníficos espectáculos que simbolizan cuanto de gracioso y bello es dado concebir á la imaginación. Su paleta tiene colorido brillante, animado; pinta vigorosamente los primores de ese inmenso cuadro cuyo boceto trazó la mano del mismo Dios, y es indudable que pocos americanos han alcanzado la perfección que Llona en el género descriptivo, acaso ni el mismo Bello, el gran pintor de las bellezas de la zona tórrida, ni el pintoresco Heredia, ni Gutiérrez González, ni Maitín.

Al despertar en su estancia escucha el mugido de distantes vacadas.

De amor y alarma alto y profundo acento (1);
 Largo clamor de tristes vibraciones;
 Ronco grito, ardoroso llamamiento
 Que, por lentas, graduales inflexiones,
 Acaba en un hondísimo lamento;
 En cuyos tiernos sonos prolongados
 La salvaje hermosura y la tristeza
 Se siente, de los bosques y los prados,
 De las rudas montañas y collados,
 De toda la inmortal naturaleza!...
 Al oírlo, en fantásticos *mirajes*
 Ha cruzado delante de mi alma,

(1) *Oásis del alma.*

Bajo hermosos, espléndidos celajes,
Panorama feliz de agreste calma,
Risueños cuadros, rústicos paisajes.

Un encantado valle, al que sombríos
Bosques dan paz, misterios y frescura;
Entre el follaje, blancos caseríos;
Campos amenos de feraz verdura;
Murmuradores, espumosos ríos...

Y, de amor y ternura estremecida,
Abandonando el mísero *presente*,
Mi alma llorosa, en instantánea huída,
Ha remontado hasta su antigua fuente
El dilatado curso de mi vida...

¡Vuelvo á ser niño!—¡Veintinueve años...
Para mí no han pasado de dolores,
De inquietudes y acerbos desengaños!...
En torno á la heredad de mis mayores
Mugén al alba inquietos los rebaños.

Su nota resonante y altanera
Alza á lo lejos vigilante gallo;
Y el silencio y la paz de la pradera
Sólo turba el clamor de alguna fiera,
Ó el vibrante relincho de un caballo.

Al Oriente del cielo, aun tenebroso,
Tiñe ya leve azul el horizonte,
Y su rayo indistinto y misterioso,
Bajando oblicuo del lejano monte,
Baña los mudos campos en reposo.

Bajo su influjo, con gentil sonrisa,
Lentamente la tierra despertando,
De su niebla despójase indecisa,
Cual de velo importuno, y ya la brisa
Pasa, ramas y flores columpiando;

Orlado el río de salvajes cañas
Que unen lianas y agrestes madre selvas,
Con sesgo curso y músicas extrañas,
Desciende entre las ásperas montañas
Que al fondo cubren azuladas selvas.

Entre el follaje del vecino huerto
Corren las fuentes con parleras ondas,

Y el coro de las aves, ya despierto,
Salta y entona el matinal concierto
Bajo las verdes y temblantes frondas.

Creemos que esta hermosa descripción es un dechado en su género, y que toda reflexión sobre ella la haría palidecer.

Llona no sólo es consumado pintor de las bellezas que esmaltan el magnífico panorama de la creación; distínguese también en el vigor con que caracteriza y personifica los afectos morales y las acciones del hombre, no abstractamente contempladas, sino encarnadas en las escenas que imagina y describe en sus poemas.

En el animado cuadro que traza de los juegos olímpicos, como una viva imagen del mundo antiguo, en los cuales luchaban ardorosamente los atletas para conquistar la corona del triunfo, dice:

Y sólo entre la vasta polvareda
Se ve, que cubre el anchuroso campo,
El raudo huir de una ferviente rueda,
Ó el refulgir de un eje que remeda
En denso nublo repentino lampo.
Ó la ansiosa figura de un auriga
Que, en el ardor de la marcial contienda,
Desdeñoso del riesgo y la fatiga,
Sus corceles indómitos hostiga,
Tendido, audaz, sobre la suelta rienda...

Además de la admirable perfección que ha alcanzado en el género descriptivo, sobresale el Sr. Llona por el pensamiento profundamente filosófico que se encuentra en el fondo de sus composiciones, cuyo argumento entraña siempre alguna idea fundamental del espíritu, que afecta sustancialmente al hombre en su vida moral ó social. Ha comprendido que la poesía es inmortal, no tanto por la hermosura de su forma como por el ideal que expresa; sin que esto signifique que desdeña su corrección y belleza, pues lejos de eso, su estilo se caracteriza por la armonía, majestad y pompa, y se advierte su escrupuloso celo en perfeccionar la forma, que á las veces tiene la corrección clásica. Lo cual ha de atribuirse á que está dotado de conciencia literaria, de un gusto exquisito y de instrucción artística; que en la posesión de estas cualidades se encuentra el secreto de la belleza de sus composiciones.

El mismo Llona lo dice en su soneto á «Benvenuto Cellini:»

Sin rendir á mi siglo vil tributo,
Cincelo yo con amorosa mano
De mi vigilia solitaria el fruto;
É intento ser, lejos del vulgo insano,
De rimas primoroso Benvenuto...
¡Ay! ¡aunque sé que lo pretendo en vano!

Y lejos de haberlo pretendido en vano, ha logrado colocarse en las más altas cimas del Parnaso; al extremo que ni el *divino* Herrera, ni el impetuoso Quintana, ni el pintoresco Bello podrían hacer palidecer la gloriosa aureola que ya ciñe la sien del gran poeta americano.

II.

Diversas son las composiciones poéticas del Sr. Llona, ora se atiende á la forma, ora al argumento, aunque es cierto que casi todas pertenecen al género lírico. Descuella por su novedad, belleza y galanura la preciosa colección de los *Cien sonetos* que ha publicado en la serie primera de los *Clamores del Occidente*.

Caracterízase el soneto por las graves dificultades que el poeta ha de vencer, luchando con la complejidad del argumento para expresar la idea con unidad perfecta y luminosa, en frases hermosas y concisas y en armoniosos endecasílabos; de suerte que así como el pensamiento cardinal se desenvuelve sintéticamente en catorce versos, pueda ser asunto de un poema de dilatada extensión. Juzgado ideológicamente, el soneto es composición creada por el procedimiento sintético que, como se sabe, acumula en un sér las propiedades comunes y fundamentales á muchos pertenecientes al mismo género, para expresarlas enérgicamente cual si fuera en vigoroso relieve. Engañosa es la aparente sencillez del soneto; realízase en él aquella *difícil facilidad* que se elogia en algunas obras de arte, las cuales parecen fruto espontáneo de la inspiración, cuando realmente han demandado largos y penosos esfuerzos intelectuales, pues pocas veces nacen de súbito revestidas de formas perfectas.

Ilimitado es el dominio que en el soneto ha reconocido el poeta. Desde el vuelo gracioso y fugitivo de la mariposa que refleja los

mil cambiantes de la luz, hasta el hecho heroico que excita el entusiasmo y la admiración, nada escapa á su jurisdicción: el cielo y sus arreboles, el mar y sus solemnes magnificencias, la tierra y sus espléndidas bellezas, el espíritu y sus profundos misterios.

El Sr. Llona ha dado expansión á su genio poético, vigoroso y original en esos bellos poemas, que no por ser de pequeña extensión carecen de alto mérito literario. Recórrase la interesante colección de sonetos que acaba de ver la luz pública, y hallaráse en ellos inmensa variedad de ideas, de sentimientos, de formas y de medios de ejecución; y para corroborar este aserto, vamos á analizar ligeramente algunos, con el intento de poner de manifiesto sus bellezas y sus defectos, si los hubiese.

Los ojos, que son *espejo del alma*, según expresión consagrada por el uso; los ojos, que son los cristales donde asoma transparente el pensamiento para colorearse con la luz que los baña; los ojos, que, fisiológicamente, constituyen el órgano conductor de las imágenes de los cuerpos; los ojos, decimos, han excitado la inspiración de Llona, que ha cantado su belleza en un soneto magistralmente compuesto. Hélo aquí:

Á UNOS OJOS NEGROS.

Negros, dulces, brillantes, soñadores,
 Como los ojos de árabe gacela,
 Tus ojos son... do un mundo se revela
 De incomparables dichas y de amores...
 Noche que irradia vívidos fulgores;
 Oscuro mar donde la luz ríela
 De un astro refulgente que se vela
 En ignotas esferas superiores;
 Dormido, terso, misterioso lago;
 Nocturno golfo do inmortal sirena
 Su canto eleva misterioso y vago;
 Abismo constelado... donde lanza
 Su vuelo el alma, de zozobra llena,
 Y de terror divino... ¡y de esperanza!

Esta composición es admirable, por la sonoridad y precisión del lenguaje, por la brillantez de las metáforas, la viveza de las imágenes; es la divinización de los ojos negros, de esas estrellas fulguran-

tes de amor y poesía que nos deleitan en inefable arrobamiento cuando contemplamos en ellos la luminosa irradiación del alma.

Estos versos importan la explicación de uno de los arcanos más profundos de la psicología; de las misteriosas relaciones entre el espíritu y el organismo físico, principalmente de la expresión espiritual de los ojos, que parece estuvieran sujetos á la acción magnética del alma, pues ora se dilatan amorosamente retratando las dulces emociones del placer, ora se contraen y enturbian reflejando, cual la encrespada superficie del Océano, los más violentos afectos del corazón.

Su forma elegante y bella hace de este soneto un dechado en su género, que desprendido del alma del poeta pasará, cual precioso tesoro, á enriquecer la literatura hispano-americana.

Otro de los sonetos íntimos, titulado *Á ella*, es una brillante descripción, delineada con vigorosos rasgos y vivos colores, que pinta el encanto y los profundos afectos que surgen en la conciencia con la contemplación de unos

Grandes, rasgados ojos inmortales
Do ardiente brilla misteriosa llama,
Como celeste luz que se derrama
Bajo de arcos espléndidos triunfales!

El más soberano triunfo del arte literario consiste en que la palabra sustituya al pincel en colorido, viveza y animación, de suerte que el pintor pueda trasladar al lienzo la concepción del poeta. Hemos manifestado ya que Llona es consumado maestro en la descripción; pero además posee el singular privilegio, no ya de describir con belleza, sino que talla con cincel, revistiendo á la palabra del magnífico don de herir la fantasía con la viveza de la imagen, deleitar el oído con la armonía, iluminando la mente con la claridad de la idea.

En el último terceto de este mismo soneto dice elocuentemente:

¡Y sintió el corazón, en su presencia,
El golpe del martillo de la Suerte
Que la rueda enclavó de mi existencia!

El soneto *Compensación* es un grito estridente de desesperación con que exclama el poeta:

¡Dentro del corazón ya ha enmudecido
 De la Esperanza el cántico halagüeño,
 Y el alcázar magnífico y risueño
 Del Porvenir, en niebla y humo es ido!
 Ya la adusta Verdad he conocido,
 Y ví del Hado universal el ceño;
 Y disipado mi grandioso ensueño,
 ¡Es mi calma... un dolor adormecido!
 La implacable Razón con voz severa
 Grita, sin tregua, al alma entristecida
 De toda nueva dicha la quimera...
 Y hoy la piedad comprendo de la Suerte,
 Que junto al mal inmenso de la Vida
 Puso el remedio eterno de la Muerte!

En este soneto, la duda, la desesperante duda, rasga el alma del poeta, que al contemplar los infinitos males de la vida, la reputa á ella misma un mal inmenso, y á la muerte remedio eterno para curar cruentos males.

Extraña filosofía, en verdad. ¿Constituye ella el fondo de las convicciones del Sr. Llona? No, ciertamente, pues, su razón, que se ha elevado en otras composiciones á las más sublimes esferas del pensamiento, rechaza sin duda ese grito de amargo escepticismo, que arrancan á su corazón las heridas que el mal le ha causado. Esa compensación, si no fuera una ficción poética, envolvería un sofisma patente, porque la vida es una armoniosa combinación de placeres y virtudes, originadas por el bien, que es como la estrella Norte que alumbra la humana existencia, y el mal la sombra siniestra que oscurece sus fúlgidos destellos, á la manera que en un cuadro las sombras realzan la brillantez de los colores.

¿El criterio estético del Sr. Llona está divorciado de las sanas doctrinas filosóficas? ¿Cree en la eternidad de la muerte? ¡Ah! Su razón, inspirada en la ciencia y en la civilización de este siglo, flota en el inmenso piélago de la duda, cerniéndose sobre el abismo de lo infinito, que es el ideal de la poesía moderna. Sus creencias íntimas vacilan con las vacilaciones de la conciencia universal, que hasta ahora no ha encontrado su centro de gravedad en el mundo de la inteligencia, la cual vive inquieta y anhelante buscando el polo de la verdad, que le dé reposo y rechace los terribles asaltos del escepticismo, que conmueven y trastornan las convicciones más arraigadas y profundas.

La compensación sarcástica que encuentra entre el mal inmenso de la vida y el remedio eterno de la muerte, se encuentra realmente en las consoladoras creencias que expresan estos versos:

¡Y la luz de la bóveda superna,
 Por entre rota nube desprendida,
 Muda velaba en el oscuro Océano...
 Como el fulgor de la esperanza eterna
 Que baña, en las penumbras de la vida,
 El negro abismo del dolor humano! (1)

El poeta espiritual, eminentemente filosófico, que ha planteado en sus inspiradas estrofas los problemas más pavorosos que agitan el alma humana, no era dable que creyese firmemente, cual si fuera creencia arraigada en su conciencia, en el remedio eterno de la muerte. Probablemente ha expresado esa idea, como la duda que punza su corazón, abrumado por el peso angustioso del mal; y corroboran esta presunción los dos siguientes tercetos:

¡Que mi sér por entero no anonade
 Este de muerte helado parasismo
 Que sordamente mi existencia invade...
 Y que la parte excelsa de mí mismo
 En el naufragio eterno sobrenade,
 Entre el fragor del espumoso abismo!

Inmortal anhelo, manifestado en el soneto *Ambición*, que lleva por epígrafe el famoso *Non omnis morias*, de Horacio.

Más adelante, cuando estudiemos los poemas, en los cuales está como encarnado el espíritu del poeta en su integridad moral, ampliaremos nuestras observaciones sobre su fondo filosófico.

Uno de los sonetos más hermosos es el titulado *Combate interno*. Jamás la pasión, esa aciaga Euménide que perturba la serenidad de la razón y sumerge al hombre en hondo abismo de dolores, fué maldecida, en acentos tan viriles como lo es en dicho soneto, en el cual el lenguaje se reviste de una fuerza de expresión que sorprende y admira, pues llega á una perfección que es el supremo esfuerzo de la palabra.

(1) Soneto. *Perspectiva Nocturna*.

Orestes, perseguido y atormentado por las implacables Furias, que, en las poéticas personificaciones mitológicas, eran las pasiones humanas, no hubiera exclamado con más fiera soberbia que Llona en este soneto:

¡Muerta al fin te creí, no adormecida,
Oh menguada pasión! ¡Negra serpiente,
Ocultada de mis dichas en la fuente,
Enroscada en el tronco de mi vida!

¡En la sombra hoy me acechas escondida;
Y, levantando la deforme frente,
Tu mordedura, de improviso, siente
El alma, de dolor estremecida!...

¡Ah!... Mas, con brazos recios y membrudos,
Mi orgullo, como un Hércules pujante,
Destrozará tus ponzoñosos nudos...

Yo para siempre extinguiré tus sañas...
Aunque, al morir, truncada y palpitante,
Tu veneno se esparza en mis entrañas!

La lucha tremenda que describe el poeta, realizada allá en los abismos del alma, entre una pasión tenaz, indomable, «enroscada en el tronco de la vida,» y el orgullo, es decir, el sentimiento de la dignidad moral del hombre, reviste un carácter de extraordinaria y sublime grandeza. La imaginación evoca al mitológico Hércules abrasado por la ardiente túnica de Deyenira, que forcejea en vano por despojarse de ella.

Es notable este soneto por la concisión enérgica y robusta del estilo, por su magnífica armonía, por la claridad en la expresión de las ideas y afectos, por su feliz ejecución, si se atiende á las acen tuadas personificaciones que en él nos presenta el Sr. Llona.

El diminuto aunque primoroso marco del soneto á veces es insuficiente para expresar el vario y rico cuadro que intenta describir el poeta; y para obviar este inconveniente, le es lícito desenvolverlo en una serie de ellos, enlazados por la unidad de concepción, de suerte que represente cada uno sus diversas fases. Tal sucede con los diez sonetos que ha consagrado Llona á la memoria del infortunado Andrés del Sarto, de ese ilustre pintor en quien el arte había cifrado tan grandiosas esperanzas, pero que, desgraciadamente, fué víctima de la perfidia y liviandad de Lucrecia del Fede.

El *Monólogo de Andrés del Sarto* no es tanto el relato de sus desventuras, que harto dolorosas fueron, sino que más bien simboliza la irresistible cuanto aciaga seducción que la beldad ejerce sobre naturalezas fuertemente impresionables, que encadenadas á los hechizos de una mujer idolatrada, siguen insensatamente, cual esclavos atados á su carro, sus maléficas inspiraciones. Cesa al fin la embriaguez del amor, por desgracia cuando acaso se contempla la felicidad perdida, el honor mancillado, desde el oscuro fondo del abismo á que le precipitara el hada nefanda que turbó la razón y aprisionó el corazón con lazos tanto más temidos cuanto que la dulzura de los goces no permitía ver el ponzoñoso áspid que, bajo brillantes y perfumadas flores, ocultaba la copa del placer. Sólo cuando la mano helada del desencanto conmueve las fibras íntimas del corazón, se despierta á la realidad de la vida, erizada de punzantes espinas, y entonces, lejos de que la melancolía y la crudeza del sufrimiento arranquen dolorosos acentos, renace la dignidad hollada que, revestida de fiera altivez, exclama:

¡Mi labio pronunció ese juramento,
Y mi espíritu audaz lo ha confirmado;
Y con duro buril, fiero, irritado,
En la faz lo esculpió del firmamento!

Bajarán las estrellas de su asiento...
Arrollarán los siglos lo creado...
Aplastará bajo su rueda el Hado
Cuanto hoy se agita con vital aliento...

Y entre las ruinas que, tras alto grito,
Como las rocas de extendida playa,
El campo sembrarán de lo infinito,
Mi altiva voluntad, que no desmaya,
Surgirá, cual columna de granito,
Cual gigantesco inmóvil Himalaya!

La desventura agobia el alma con su angustioso peso, no tanto por la intensidad de los males presentes, como por el recuerdo de la felicidad pasada, que cual halagüeña sombra se desliza en su seno, renovando los falaces placeres que envenenaron las puras fuentes de deleitoso amor. En ese estado psicológico, que es como fresco oasis que atempera el rigor del sufrimiento, experimentase generalmente secreto anhelo de conciliación y de perdón para el

sér fatal causa del infortunio; pero si la dignidad ha fortalecido la flaqueza del corazón, revelándole su grandeza moral y la profundidad de su caída, entonces exclama:

¡Nunca! ¡jamás! ¡ni un fugitivo instante
—Máscara sempiterna de traiciones—
Contemplantán mis ojos las facciones
De tu halagüeño pérfido semblante!
¡Rasgóse el denso velo que delante
Tuve en mis generosas ilusiones,
Y nido ví de inmensos escorpiones
Tu alma menguada, para el mal gigante!
Ni oiré los sonos de tu falsa boca,
Miel del veneno que ese pecho encierra,
Al vicio cera, á las virtudes roca!
¡Tu inaudita maldad, que al alma aterra
Como muralla que á las nubes toca,
Nos tendrá divididos en la tierra!

El Sr. Llona ha dividido los sonetos, atendiendo al asunto, en tres grandes grupos: íntimos, estéticos y filosóficos ó metafísicos.

Los íntimos expresan sus sentimientos personales, las hondas emociones que en su corazón han excitado el mundo exterior, los objetos que le componen y el triste espectáculo del dolor humano, que en sus cruentos infortunios é incurables penas arrancan al poeta sublimes acentos, cuyo eco no se extinguirá en el vacío, sino que resonará eternamente en las profundidades más misteriosas del sér humano, mientras el aciago lote del sufrimiento abrume su míserima existencia.

Los sonetos estéticos expresan algunas ideas fundamentales del arte personificadas en seres y objetos determinados.

Los sonetos filosóficos manifiestan ideas y sentimientos de un orden distinto, pues que, desprendidos de la individualidad del autor, encarnan elevados pensamientos sobre los tres grandes objetos de inteligencia: DIOS, la NATURALEZA, el HOMBRE.

La innovación que ellos importan es transcendental en la literatura hispano-americana; porque el consorcio de su forma galana con las profundas verdades de la filosofía añadirá á los encantos de la poesía la luz esplendorosa de la ciencia.

Como ejemplo transcribimos el siguiente, titulado *El Universo*:

El Universo es sólo una *apariencia*:
 Sones, perfumes, formas y colores,
 Placer, dolor... son vívidos fulgores
 Que al choque brotan de una doble esencia.
 ¿Qué hallará nuestro yo, de su conciencia
 Lanzándose á los mundos exteriores?...
 En abismo de lóbregos horrores,
 Un *principio* de *ignota* RESISTENCIA...
 Envuelta el alma en múltiple organismo,
 Cual prisma terso, cual radiosa tea,
 Transforma en Cosmos el oscuro abismo:
 La unión de lo real y de la idea,
 En armonioso y eternal dualismo,
 Perpetuamente al Universo crea!

¿El Universo es sólo una apariencia! La física, la química y la fisiología, ¿no han demostrado que las relaciones del mundo sensible con el *yo* sólo son una mera apariencia? El análisis del espectro solar ha manifestado que sólo existe un fluido etéreo, impalpable, que en virtud de su refrangibilidad sobre los cuerpos, se descompone en los siete colores del iris. El color, que tanto hermosea la forma de los objetos, lejos de ser una bella realidad, es una ilusión, una *relación*, no una cualidad inherente á ellos. De suerte que si no existiera el *yo* pensante y sensible, los espléndidos arreboles del cielo, por ejemplo, no existirían: las brillantes escenas de la naturaleza son coloreadas por el espíritu, y sin él permanecerían envueltas en un opaco cielo.

El sonido, que es una vibración del aire, tampoco reside en los cuerpos. El perfume, que es la emanación de moléculas odoríferas, no es el alma de la flor, sino una modificación de nuestra sensibilidad. La forma, que es como la semblanza de los objetos, no es sino la imagen diversificada de la extensión por la impresión de la luz. ¿Y será verdad que la fuente del placer y del dolor se halla sólo en el corazón, y que la naturaleza es impotente para hacernos gozar y sufrir?

¿Qué es, pues, el Universo tan majestuoso y espléndido, que doquiera ostenta magníficas bellezas? El poeta lo ha dicho: *una apariencia*, y sus encantos

..... Son vívidos fulgores
 Que al choque brotan de una doble esencia.

Esta es la explicación magistral de las misteriosas relaciones entre el espíritu y la materia, que, si bien se despoja con ella á la naturaleza de sus aparentes ó postizas galas, resuelve en cambio un problema filosófico.

Las formas y colores del Universo son una mera apariencia; pero ¿la materia existe? El filósofo moderno Berkeley la ha negado, y otros muchos en la antigüedad. ¿Qué dice el poeta? Que su existencia la conocemos por un principio de *ignota resistencia*.

La *resistencia* efectivamente es la manifestación inmediata, tangible de la materia, y al subyugarla y convertirla en nuestro goce y provecho, se endereza la energía de la voluntad. Además, la extensión revélase por la resistencia que opone á los sentidos, cuando sus órganos se comunican con el mundo exterior.

Mas ¿de qué manera sostiene el espíritu sus relaciones con el Universo? Por la *unión de lo real y de la idea*, que, en *eterno dualismo*, *crea perpetuamente el Universo*. Esta explicación revela la *acción y reacción* recíprocas entre el espíritu y el organismo físico y sus misteriosas relaciones; y es útil, sobre todo ahora, que el positivismo, encabezado por Littré, Buchner, Virchow y otros corifeos de esa escuela, aduce como fundamento de sus doctrinas la imposibilidad de demostrar con la claridad de la luz meridiana el indescifrable arcano de lo *real* y de la *idea*, cuando el poeta dice que

En armonioso y eternal dualismo
Perpetuamente al Universo crea!

Esto es, que la materia, organizada conforme á una idea primordial, que es como el germen de los seres, se manifiesta en su inmensa variedad, origina las incesantes transformaciones que se contemplan en la naturaleza, que, en su perpetua renovación, crea el Universo según el tipo eterno de la *idea* y el aspecto mudable de lo *real*.

Dilatada sería la extensión de este artículo si analizáramos prolijamente el pensamiento desenvuelto en algunos sonetos filosóficos; y en la imposibilidad de hacerlo, aconsejamos al lector que por sí mismo medite en el fondo y goce con la galanura de la forma de los bellos sonetos que componen la colección que acaba de publicar el señor Llona.

Lima, noviembre 15 de 1881.

GERARDO CABELLO.

ASUNCIÓN

I.

Cayó el telón con lentitud majestuosa. Mil conversaciones interrumpidas se renovaron, mezclando su rumor confuso á las fugaces melodías que los profesores de la orquesta arrancaban preparando sus instrumentos para amenizar el intermedio.

Los fumadores abandonaron sus asientos. Los curiosos invadieron el callejón del patio, interceptando el paso y molestando á todos.

Luis, cruzadas las manos y apoyados los codos sobre la roja baranda de su palco, extendió su mirada indiferente sobre los espectadores.

Detrás de él, en pie, un joven pálido y anémico dirigía hacia todas partes los lentes de sus gemelos, mientras tarareaba con voz de falsete un aire de moda.

De pronto, sin dejar de mirar atentamente, dijo á Luis:

—¿Quién es la familia en cuyo palco está Julián? Fíjate en la de la izquierda, en la vestida de negro. ¿Aun no has dado con ellos? En el número siete. ¡Hermosa mujer! Pero ¿quién será? No la conozco.

Luis no contestaba. Miraba en silencio hacia el lugar que su compañero le indicaba; sus mejillas se colorearon un instante; brillaron sus ojos un momento; después, y recobrando su aspecto indiferente, dijo á media voz:

—Es bonita.

Volvió como antes á mirar en todas direcciones. De vez en cuando una sonrisa fina plegaba sus labios, y su cabeza inteligente se inclinaba saludando. Era una cara conocida que pasaba ante su retina. Levantóse, y se sentó en la parte interior del palco.

Como al azar tomó de sobre una silla sus gemelos, y volvió á dirigir sus miradas hacia el sitio que su amigo le había indicado. Miró

con fijeza, durante un corto instante; retiró de sus ojos sus gemelos, y se inclinó sonriendo; era Julián que le saludaba.

Se oyó el agrio chirrido de un timbre; penetraron en el patio los que antes le habían abandonado, lanzando al entrar la última bocanada de humo, y el telón volvió á alzarse, con la serena majestad con que antes descendiera.

II.

Luis de la Iglesia era abogado, como lo son casi todos los españoles.

Su tío, D. Pedro de la Iglesia, había sido, á falta de sus padres, quien había dirigido su educación y su crianza. Sin otros herederos ni parientes; sin cifrar su orgullo en otra cosa que en su sobrino, á quien adoraba, su consejo había decidido al mozo, cuando terminó sus estudios, á gastar en largos viajes su primera juventud.

No fueron los libros solos los que en aquellas expediciones trajeron la atención del mancebo. Tiempo quedábale siempre para dedicarlo al amor y á los placeres, y cuando, después de cuatro años de ausencia, regresó á su patria para entrar, por muerte de su tío, en la posesión de una pingüe herencia, era Luis hombre tan ducho en las artes del mundo, como instruído en las ciencias de los sabios. Era un hombre completo: retraído por costumbre, cariñoso por educación, escéptico por sus convicciones y apasionado por temperamento.

Nervioso, impresionable, susceptible de todos los vicios y de todas las virtudes, en medio de las fluctuaciones constantes que en su carácter determinaban las impresiones externas, quedaba siempre en él, como sostén perenne de su espíritu, la firmeza de la convicción científica y el aferramiento indestructible á sus prejuicios de filósofo.

Y ¡cosa extraña! aquel sér, acostumbrado á todos los placeres, para quien el mañana guardaba siempre la dulce monotonía del ayer, y en cuyo espíritu el ayer no dejaba más señal que las nubes al pasar por un cielo de estío, indiferente á todo, se sentía impresionado.

Cuando terminó la representación encendió más de prisa que de costumbre su tabaco, y antes que solía se colocó en el *foyer*, en la primera línea de los curiosos, para presenciar el desfile de las bellas.

¿Qué buscaba allí? ¿En qué pensaba? ¿Qué sentía? ¿Curiosidad tan sólo? Él mismo no hubiese podido averiguarlo.

Una mano amiga golpeó su espalda. Volvió la vista. Era Julián, que enlazando su brazo, con el acento ligero de siempre, le decía:

—¿Viste á mi prima? Es hermosísima. ¿Te ha gustado? Tú á ella sí; me ha dicho que tienes una seriedad muy distinguida; te conviene, chico, te conviene; á ella. Rica, joven, guapa y buena como el pan; demasiado buena, una santa, hijo, una santa.

Luis se sonrió con dulce indiferencia, y después, dejando mediar largo espacio entre sus palabras, dijo:

—¿Es prima tuya aquella chica con quien hablabas antes? Sí que es bonita.

Calló después. Medió un largo rato de silencio. Entre las filas de curiosos continuaban pasando los espectadores; cruzábanse por todas partes saludos y miradas; muchas veces, después de pasar una hermosa, de la fila se desprendía un joven para seguirla de lejos, como sigue el satélite al astro que le guía. De vez en cuando un grupo se detenía; cruzábanse saludos, resonaban besos, y el grupo, dividido en dos, seguía opuestas direcciones.

Julián miraba en silencio. Luis, siguiendo el rumbo de sus pensamientos, dijo:

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? ¿Mi prima? Asunción de Túrbide. Ha venido para todo el invierno. Su padre, mi tío Ricardo, no quería venir de Villaantigua; pero los ruegos de su esposa, las súplicas de su hermano Javier, que vive en ésta y que tú conoces, y sobre todo la edad de Asunción, que es ya una señorita, le han decidido á trasladarse á ésta las temporadas de invierno. Son unas bellas personas; un poco á la antigua, pero amables y finísimos hasta lo infinito; mírales, ya salen. ¿Quieres que te presente?

Volvió á aparecer en los labios de Luis la sonrisa que las primeras palabras de Julián habían hecho brotar, y contestó fingiéndose distraído:

—Sí, pero otro día.

El grupo llegaba; una señora vestida de negro, con los cabellos plateados y el rostro pálido y severo, y un caballero anciano, de semblante sonriente y complacido, bajo de cuerpo y grueso de complexión, venían detrás. Delante una joven, esbelta y rubia, vestida también de negro, avanzaba en silencio; su mano derecha sostenía y apretaba en torno de su cuello las pieles de un abrigo de raso.

Al pasar cerca de los jóvenes aquel grupo, Julián dijo:

—Adiós, tíos; adiós, prima, hasta mañana.

El saludo fué devuelto por todos; pero Luis vió sólo unos ojos claros y húmedos que se fijaron un instante en los suyos, y escuchó solamente un acento argentino que decía:

—Adiós, primo.

III.

Ituruaga está en un valle cercado de montañas azules, algunas de las cuales conservan hasta en julio la nieve de sus cumbres.

El establecimiento termal está separado del pueblo por el río, que por aquella parte se desliza entre los troncos de los álamos blancos y de los sauces, que inclinan su ramaje desmayado sobre la lánguida corriente.

Un puente de madera une las márgenes del río y pone en comunicación el establecimiento balneario y el pueblecito que le presta nombre.

Delante de la puerta principal de la instalación, en un pequeño parterre esmeradamente cuidado, se elevan acacias, árboles de Sófora y wellingtonias de verdor perenne.

Serían las seis de una tarde de agosto. El calor era insoportable.

Un joven se paseaba fumando en medio de las maletas abiertas y de las sillas llenas de ropa mal doblada que esperaba el turno de su colocación en los baúles, que ocupaban casi por completo el pavimento del cuarto núm. 11 del piso principal del edificio.

—Nada—murmuró para sí,—negocio concluído. No estoy en el caso de dejarme manejar como un chiquillo; sólo lo siento por lo que ella ha de sentirlo; pero á la postre todo pasa, ella se olvidará de mí y yo también me olvidaré de ella.

Después, pasando por su pálida frente la mano temblorosa, añadió más bajo:

—No, yo no me olvidaré nunca de ella; ¡la he querido demasiado!

Se interrumpieron sus meditaciones; una mano hizo sonar el pestillo de la puerta, y Julián apareció en el dintel, lleno el rostro de una seriedad que contrastaba con su habitual alegría.

Penetró en silencio en la estancia, dejó el sombrero encima de una mesa, retiró de sobre una mecedora una levita que la ocupaba y tomó asiento con ademán perezoso.

Ninguno de los dos habló durante algunos minutos.

—¿Decididamente te vas?—dijo Julián al cabo, mirando á su interlocutor con fijeza.

—No encuentro otro camino—repuso el interpelado.—No sabes lo que me cuesta esta decisión; no sabes lo que he dudado, lo que aun dudo; en dos horas ha luchado mi espíritu más que en el resto de mi vida; pero no es posible otra cosa, bien lo comprendes. Tú no sabes lo terrible que es afrontar diariamente las irascibilidades de una disimulada antipatía, el tener siempre enfrente una enemistad que nos acecha, una susceptibilidad que trueca en veneno la savia inocente de nuestras ideas y que ve dardos acerados en nuestras palabras más sencillas. Me voy, me voy; bien sabe Dios que daría por no irme la mitad de mi vida; pero ¿qué voy á hacerle? Después de la escena de esta mañana, es imposible todo. Sólo lo siento por ella, por ella, á quien quiero con toda mi alma; por ella, que es mi vida, pero á quien renuncio, porque debo renunciar, porque no puedo hacer otra cosa; ¿no harías tú lo mismo?

Julián movió la cabeza lentamente de un lado para otro, mientras sus dedos repiqueteaban sobre los brazos de la mecedora.

Luis se encogió de hombros como aquel que siente no ser comprendido.

Julián callaba.

—¿Qué harías tú?—dijo de pronto Luis cruzándose de brazos y deteniéndose ante Julián.

—¿Que qué haría? Muy sencillo, quedarme. ¿Qué gravedad encierra ese conflicto que tú sueñas? Ninguna. ¿No te adora Asunción? ¿Acaso desde que duran vuestros amores no ha sido siempre la esclava sumisa de tus caprichos? ¿No has sido tú acogido en la casa como un hijo? ¿No iban cobrando aspecto oficial vuestras relaciones? Mi mismo tío Javier, ¿no se ha deshecho siempre en elogios respecto á tu persona? No hablo de mi tío Ricardo, porque ése te juzga un Licurgo y un Bayardo en una pieza. Todo cuanto ocurre tú te lo has buscado. Tú mismo puedes deshacerlo. Conoces el flaco de mi tía, conoces sus manías, y dale que dale; por otra parte, yo tengo la evidencia de que mi tío Javier no te guarda rencor por las palabras de esta mañana, aunque en verdad debía guardártelo; ¿qué necesidad tenías tú de indicar tus opiniones? ¿Qué más natural que un sacerdote se exasperase con tus impiedades? La hipocresía es justa cuando es precisa. ¡Pobrecilla Asunción! ¡Cómo lloraba hace un rato, mientras me contaba lo ocurrido!—«Mira, me decía, Luis

no es malo; si yo sé que no es malo, ¿por qué quiere parecerlo? ¡Si él cree en todo, como creo yo! Yo no sé por qué mi mamá decía antes que no me quiere, que es un hereje, que nunca será mi marido; mientras mi tío me consolaba con sus palabritas melosas; mira, yo adoro á mi madre, yo quiero muchísimo á mi tío, pero si se empeñan en decirme que Luis no me quiere, pecaré, me condenaré, pero dejaré de quererlos.»

Calló Julián. Luis volvió á pasear, con la cabeza inclinada: meditaba.

Julián continuó:

—No, no te vayas. Soporta por unos días las malas caras del clérigo y los desaires de mi tía cuando á ellos te acerques; borra poco á poco la mala impresión que hoy les has causado; piensa, en fin, que Asunción es el premio de tu hipocresía.

Luis paróse de pronto, y mirando á Julián con fijeza, dijo sordamente:

—Yo no sé fingir, yo no puedo fingir, yo no quiero fingir.

Caía el sol. Por la ventana penetraban las últimas luces de aquel caluroso día de estío. El sol se escondía tras las cumbres azuladas, y su disco encendido se divisaba como una hoguera entre el ramaje de los álamos, cuyos troncos se destacaban oscuros sobre aquel fondo luminoso. En los claros de la arboleda aparecía el río, tranquilo como un espejo, copiando en su serena superficie el color monotonoso de aquel cielo sin nubes. Una estrella brillaba en el zenit.

De vez en cuando un viento caliente, como el aliento de un hornillo, penetraba por la ventana, revolviendo sobre la mesa los papeles como un diablillo travieso.

Luis se asomó á la ventana.

Iban y volvían los bañistas como en romería santa hacia el *chalet*, donde el manantial sulfuroso estaba encerrado. Anémicos y tristes los unos, sonrientes los otros y llenos de vida, con salud muchos, pretendiendo los menos la curación de lo incurable, y los más la desaparición de enfermedades soñadas, y todos animados de el deseo de lo imposible, formando grupos animados ó enamoradas parejas. Algún enfermo solitario, bebedor infatigable, paseaba aceleradamente entre las arboledas del parterre, pretendiendo haber lavado con un vaso de agua los pecados de una raza.

Los pájaros cantaban saltando entre las ramas de los altos plátanos.

Julián llegó á la ventana, pasó cariñosamente su brazo sobre el hombro de Luis, y dijo con acento risueño:

—Conque ya lo sabes, decididamente no te marchas.

—¡Pero si no puedo hacer otra cosa!—exclamó Luis, como quien espera para rendirse el último argumento.

Cambió Julián de tono.

—Bueno—dijo,—eres aragonés y basta; pero voy á concluir mi cometido. Asunción sabe tu marcha. Asunción quiere verte. Tú no marchas hasta mañana. Esta noche á las doce, Asunción hablará contigo. Nada más sencillo: mi cuarto y los dos que su familia ocupa están juntos. Ella burlará la vigilancia de su madre, que ya á esas horas está dormida. Tú la esperarás en mi cuarto, cuya llave te daré, mientras yo me aburro perdiendo mi dinero en la ruleta. No hay otro medio de que podáis despediros, á no querer sufrir tú la mala cara de su madre, y contentarte con un apretón de manos y una mirada furtiva. Entre ella y yo hemos convenido esta tarde el plan que has escuchado.

Luis callaba. Julián golpeó su espalda y se dispuso á salir, diciendo:

—Pues hasta luego.

—Hasta luego—dijo La Iglesia;—no pienso salir de mi cuarto; te espero á las once y media.

.....

 El cuarto bajo número 16 del establecimiento termal de Iturua-
 ga estaba á oscuras. La ventana que, guardada por una reja, se
 abría entre jazmines casi á piso de tierra sobre el parterre que cir-
 cundaba el edificio estaba completamente abierta.

La luna se elevaba lentamente en el horizonte.

Á su claridad dudosa se distinguía en la habitación el bulto de un hombre sentado, que fumaba en silencio.

De vez en cuando se revolvía impaciente en su butaca; otras veces, un punto luminoso describía un arco de círculo. Era el fuego del cigarro que brillaba en la sombra como el ojo de una bestezuela cíclope.

Todo estaba en silencio; sólo de vez en cuando las tibias ráfagas del viento de aquella noche de estío llevaban hasta los oídos de Luis un lejano murmullo de voces y carcajadas. Eran los ecos de la sala de juego.

Dieron las doce lentamente en un reloj; una mano tocó suavemente sobre la puerta de la habitación.

Levantóse Luis, y produciendo con sus pasos el menor ruido posible, franqueó la entrada. Una sombra blanca adelantó. Dos manos se enlazaron en la sombra y dos nombres se escucharon en el silencio.

—¡Asunción!

—¡Luis!

La mano de la niña temblaba entre las manos del mancebo.

—¿Me esperabas?—dijo ella.—Sabía que vendrías porque sé que me adoras. ¿No es verdad que sí, que me quieres? ¿No es verdad que hago bien en quererte? ¡Si yo no creo en nada de lo que de tí me dicen, si yo sé que eres bueno! Pero ¿por qué te marchas? ¿Por qué quieres dejarme sola? Tú no sabes que si tú no estás á mi lado, yo he de morirme de tristeza. ¡No, si tú no te marcharás, si tú no quieres que yo me muera!

Se habían sentado. Un rayo de la luna recortaba fuertemente sobre el pavimento el vano de la ventana y sus hierros entrelazados de jazmines. Una ráfaga de aire movía con murmullo leve las altas copas de los árboles.

El abogado habló en voz baja.

—Sí, me voy, pero yo te adoro como á nadie han adorado; por tí daría yo mi vida alegre, sin que de mi rostro se borrara la sonrisa. Tú serás eterna en mi alma, yo no puedo olvidarte, porque te adoraré siempre, porque te adoro desde que te conocí, porque pensaba en tí desde antes de conocerte; pero ¿qué quieres que yo haga? Delante de mí se ha levantado el muro de lo imposible, y yo no puedo quebrantarlo...

Asunción lloraba en silencio; había apoyado sobre el hombro de Luis su frente abrasada; sus manos yacían heladas entre las manos de su amante.

—Mira, Asunción—continuó Luis,—yo no puedo dejar de quererte, pero no puedo tampoco vencer nuestro destino. Bien lo sabes, entre nosotros hay quien levanta obstáculos que nos separan. Tú misma lo has oído; tu madre y tu tío no dejarán nunca que nuestra unión se lleve á cabo. ¿Tu padre, dices? Tu padre, es preciso fijar los términos, es necesario hablar claro; á tu padre lo adoro como si fuera el mío; tu padre me quiere como á un hijo, deplora con toda su alma lo que ocurre, pero no tiene energía para sacarnos de nuestra situación; no sueñes que se ponga enfrente de tu madre y te arranque de la garra de sus preocupaciones. Si fuera describirte el blasón de alguna familia extinguida, lo haría como

ninguno; pero pedirle energía y decisión... Más vale que le pidas á esa luna que se detenga en su carrera; no, aquí tan sólo tú puedes salvarnos. Mira, ven conmigo. Mañana, esta noche mismo, marchamos á Madrid. Tú me conoces bien, tú sabes que soy caballero, que has de ser mi esposa. La madre de Julián es tu tía, ella será tu madre; dentro de tres meses serás mi mujer, y Dios nos dará la dicha que quieren robarnos.

Envolvía la sombra el sofá donde se hallaban sentados. Asunción movió en silencio la cabeza de un lado para otro, y apretó con más fuerza su débil cabecita sobre el hombro de Luis. Su frente ardía. Luis se estremeció. La niña temblaba. Los deshechos rizos de su frente rozaban el rostro de su amado.

—No; no—dijo con voz entrecortada.—¿Y mi madre? ¿Y mi padre? ¿Y todo el mundo?

Después dijo con acento de niño mimado y enfermo:

—¿No es verdad, Luis mío, que sí crees en Dios?

—Como creo en tí—dijo Luis en voz tan baja y aproximando tanto sus labios al rostro de su amada, que ésta sintió su aliento pasar sobre su rostro.

Continuó el silencio.

—Mira—volvió á decir Luis,—si tú supieras lo que he sufrido desde esta mañana, tendrías lástima de mí; he pensado que nunca había ya de verte, que te había perdido para siempre, que me habías olvidado, que pertenecías á otro hombre, y cuando lo pensaba, quería llorar y no podía. ¡Tú no me quieres, Asunción, tú no me quieres! Si me quisieras, me seguirías sin vacilar, y la victoria sería nuestra.

—No, no—dijo ella, estrechando con más fuerza entre sus manos las manos del mancebo.

Sonó un beso en la oscuridad.

Todo era quietud y calma.

Un ruiseñor cantaba entre los sauces.

.....
Asunción lloraba en silencio.

Luis, cruzado de brazos ante la reja, sombrío, pensativo, contemplaba el valle envuelto por la claridad de la luna.

De pronto, los sollozos de Asunción se hicieron más fuertes, más desgarradores, más amargos.

Se oyó un leve rumor de pasos, que se detuvo ante la puerta.

La puerta se abrió con estruendo y la sombra de un hombre apareció en el dintel.

Los amantes se estremecieron sorprendidos; ella cesó en su llanto y él se adelantó hacia el que llegaba.

La sombra se acercaba lentamente.

Luis se había detenido en medio de la estancia.

Rompió, al fin, el incógnito el silencio.

—¡Solos!—dijo con voz opaca y airada.—¡Solos! ¡Si yo no me engañaba! ¡Ella! ¡La santita! ¡La inocente! ¡Pero señor, si me parece un sueño! ¡Y V., V. aquí todavía! Junta V. el cinismo con la culpa; salga V. de donde nunca debió entrar. ¡La sombra al menos huye cuando la luz se acerca!

Alzóse Asunción trémula entre ellos.

Miró al clérigo, cuyo rostro convulso se distinguía entre la claridad confusa.

Después, como agotando en aquellas palabras toda su energía,

—Es mi esposo—dijo.

—¡Tu esposo!—balbuceó el sacerdote.—¿Acaso el demonio se desposa? Tanto valdría desposarte con la llama. Tú estás loca. ¡Pobre hermano mío! Pero no, ¡si tú no has venido aquí por tu deseo, si á tí te han engañado, si tú no lo quieres!

Asunción sollozaba. Luis estaba mudo.

—¡Dios mío!—continuó D. Javier.—¿Qué es lo que pienso, que me da miedo de pensarlo? Pero V. ¿qué hace aquí todavía? ¿Acaso quiere V. que le arrojen de aquí como su conducta merece? ¿Acaso desea V. añadir el escándalo al escándalo? Usted quiere que la mano de un criado le arroje del sitio á donde le guió el dedo de cieno de la traición y de la cobardía.

Luis adelantó en silencio.

Su mano de hierro oprimió un brazo del sacerdote.

Después dijo con acento opaco, terrible, donde palpitaban todos los odios y todas las pasiones:

—Me voy, me voy al fin; pero bien sabe Dios que soy santo cuando no azoto tu rostro de espía.

Y apretando fuertemente el brazo del clérigo, atravesó la estancia.

D. Javier tambaleó ante aquel violento impulso.

Asunción sollozaba.

Rumor confuso de voces alteradas llegó hasta la estancia.

Una voz sonó más cerca:

—¡Mi hija, mi hija! ¿Dónde está mi hija?

IV.

Cuando D. Francisco Javier de Túrbide obtuvo en la corte el beneficio que disfrutaba, hacía ya dos años que su padre D. Bernardo de Túrbide había bajado al sepulcro.

Viejo General del Pretendiente, murió con el disgusto de ver desterrados los descendientes de aquel ídolo, por quien tantas veces había derramado su sangre en las montañas de su amada Navarra.

Otro dolor le amargó sus últimos instantes; era que en su primogénito Ricardo veía un amante, pero no un continuador de las glorias guerreras de su raza. De natural pacífico y tranquilo, cariñoso y apacible, se conformaba de buen grado con aquella ilegalidad política, y creía *in pectore* que tal sería la voluntad de Dios cuando el hecho se había consumado.

Casado desde hacía un año con una dama de tan noble linaje como escasa herencia, juzgaba que Villaantigua era un paraíso y que el mundo era el *súmmum* de las perfecciones imaginables.

Sólo cuando su hermano Javier, al marchar á Madrid desde Pamploña para tomar posesión de su nuevo cargo, permaneció á su lado algunos días, sintió renacer en su pecho la fogosa sangre de los Túrbide, escuchando la narración de sus viajes á nuestras posesiones de Asia, donde durante diez años había ejercido su ministerio.

Pasaron diez y siete años. Durante este tiempo, cada semana una carta llegaba á Madrid desde Villaantigua, y otra epístola llegaba á Villaantigua desde Madrid.

Cuando la casualidad juntó á los dos hermanos en la corte, hallóse Ricardo sorprendido de encontrar tan joven á Javier como á su regreso del archipiélago.

Efectivamente, el tiempo no había alterado aquel organismo de bronce.

La edad no había añadido una arruga á su rostro avellanado y enjuto, ni el huracán de los años había arrancado uno solo de los negros cabellos que formando espeso bosque adornaban su cabeza. Sólo cuando por la noche leía tras la sobria cena un periódico político, cabalgaban sobre su nariz unos vetustos espejuelos que concentraban el fuego visual de aquellos ojos, hechos para mirar sin

cerrarse el rayo de los cielos, y ver á través del humo de los combates.

Entusiasta, apasionado y ardiente en su conversación, hubiera sido un orador completo, si el mismo fuego de su espíritu, abrasando su palabra, no detuviera su frase muchas veces, en términos que, sin ser tartamudo, lo parecía.

Veía en los desaciertos políticos la causa de nuestro descreimiento social, y volvía los ojos hacia el pasado en busca de una barrera que nos detuviera en nuestra resbaladiza pendiente.

Casto por naturaleza, honrado por temperamento, su única pasión era la caza.

Si hubiera nacido ocho años antes, cuando su padre acaudillaba ejércitos por las pedregosas montañas vascongadas, hubiera sido un guerrillero.

Su mismo hermano le decía, cuando, oyéndole referir entusiasmado sus aventuras cinegéticas, ó viéndole discutir sobre creencias, le miraba concluir su arenga descargando un puñetazo sobre la mesa donde se apoyaba:

—Tú no eres presbítero, Javier; eres un sargento con sotana.

Y D. Javier le contestaba riendo:

—¡Qué cosas tienes!

.....

VILLAANTIGUA 17 de enero.

Mi querido Luis: No puedes figurarte los deseos que tengo de verte. Veo con sentimiento que tenías razón. Lo que empezó idilio va á concluir en drama. Asunción se muere. Hasta hace quince días no me había persuadido de esta triste verdad; creía yo que su enfermedad terminaría por desaparecer, ya que en nada serio estaba sostenida; que sus tristezas eran un capricho; que sus malestares eran hijos de su irascibilidad y de sus disgustos; pero lo repito, hace algunos días que no abandona el lecho, y que los médicos dicen que su estado es grave. Antes de ayer tuvo un vómito de sangre. La consternación fué espantosa; hasta el mismo D. Javier lloraba como un chiquillo. Sólo ella estaba tranquila. Yo la ví aquella misma noche; hablamos de su enfermedad, de su curación, de todo; ella sonreía. Hablamos también de tí. Entonces se puso seria y me dijo tratando de volver la hoja: «Luis no me ha querido nunca.» Me dió tanta lástima que me faltó poco para llorar.

Me parece una locura tu viaje. Nada has de conseguir por ahora. Si Asunción se salva, tiempo habrá para todo; si muere, se agrava la situación.

Escríbeme pronto. Te abraza,—*Julían.*

.....

MADRID 11 de enero.

Acaso te escribo por última vez; acaso no debiera escribirte; pero hay algo que me obliga á hacerlo. No se por qué creo que tú no sientes nada de lo que en tu carta me dices, y que eres débil, pero no delincuente. Aunque de mí estés separada, sé que no has de olvidarme, como yo no te olvido; que tú no crees que yo he faltado á mis promesas, y que, al despedirte para siempre de mí, y hacerme para siempre renunciar á tu cariño, obedeces á fuerzas superiores á tu energía, y eres víctima de una lucha en que jamás podías ser vencedora.

Lo creo así, lo repito, Asunción, lo creo así, aunque tú me digas lo contrario; pero si yo me engañara, si tú has podido sospechar siquiera que tu memoria puede borrarse de mi alma, dime tan sólo una palabra, dime *ven*, y me tendrás á tu lado. Si ya no estoy en ésa, si hago el sacrificio inmenso de no verte, es por evitarte los disgustos que mi presencia en Villaantigua pudiera ocasionarte.

Adiós, Asunción, no lo olvides: te basta pronunciar una palabra para tener junto á tí á tu—*Luis.*

.....

Aquella tarde Asunción casi no tenía fiebre.

Tenía sed, mucha sed, y se sentía muy débil; esto era todo.

El sol se había puesto. Las maderas del balcón concluían de cerrarse, y un quinqué recién encendido derramaba su luz por la estancia.

D. Ricardo paseaba ensimismado. De vez en cuando se escuchaba rumor de voces femeninas que sonaban en la habitación cercana. Era su esposa, que cumplía con el mundo recibiendo las visitas, que menudeaban á consecuencia del estado de Asunción.

En la alcoba, D. Javier, sentado en una silla de nogal, junto á la cabecera del blanco lecho, conversaba con la enferma.

Su mano derecha jugaba distraída con los cordones de seda que

sujetaban sobre el cuello sus manteos, haciendo oscilar sobre su pecho, como un péndulo, sus borlas de seda.

Decía el clérigo:

—¿Lo ves cómo al fin no ha sido nada? Un susto, y nada más que un susto. Lo de siempre, los malditos nervios, la flor de la maravilla, mírala muerta, mírala viva; dentro de un mes como si tal cosa; ya verás esta primavera en Solar Verde. Con un mesecito de campo, vuelves hecha una lugareña completa. Mucha luz, mucho sol, mucho pasear y mucho apetito. Olvidarte de tus tonterías, no afligirte por nada, ver por la mañana levantarse el sol entre nubecillas arreboladas por cima de Sierra Triste, y por la tarde descender por Cumbre Azul, huyendo de la curiosidad de las estrellas que van apareciendo por verlo desde lejos, guiñándose unos á otros sus ojillos de luz. Ordeñar tú misma las cabras y pasear á caballo cuando el sol ya no abraza.

Las borlas del manteo se movían entre los dedos de D. Javier mientras describía este idilio con el ritmo acompasado con que entre sus manos se movió el incensario cuando sus labios entonaban el *Te Deum laudamus*.

Asunción nada decía; su rubia cabecita casi se escondía entre la nube blanca de la almohada, y sus labios, que entreabría una sonrisa de dicha, parecían una flor que se abría entre nieve.

Ella veía un paseo sombreado por árboles de ramaje verde, bordeado de *evonimus* de lucientes hojas, y caminando por él un jinete que la miraba y sonreía. Aquel caballo era el de Luis; el jinete era él.

Continuó D. Javier:

—Sólo falta que seas dócil; que comas, que duermas, que no te preocupes por nada, que quieras curarte.

Asunción callaba.

Sus ojos se habían cerrado. El clérigo, creyéndola dormida, levantóse en silencio y salió de la estancia andando lentamente de puntillas.

Aun continuaba D. Ricardo en su paseo. El quinqué dibujaba sobre el papel claro de la pared su sombra, que seguía en silencio todos sus pasos. Parecía preocupado; también un pensamiento constante perseguía con insistencia su atención.

De tiempo en tiempo, cuando el cuerpo pasaba frente al foco luminoso, la sombra y el cuerpo se juntaban y casi desaparecía la primera.

También algunas veces brillaba el rostro del anciano, y parecía borrada por una resolución enérgica la sombra que anublaba su semblante.

D. Javier se había sentado en el sofá, que ocupaba el frente de la puerta.

—¿En qué piensas?—dijo al cabo.

—¿En qué pienso? ¿En qué pienso?—dijo D. Ricardo deteniéndose ante su hermano.—En que me quedo sin hija.

Su acento era enérgico y resuelto. D. Javier le miró asombrado.

—¡Echa desgracias!—dijo.—Pero ¿á qué vienen esas locuras? ¿Por qué te has de quedar sin ella? Asómate y mírala dormir; no tientes á Dios. ¡Si ya está buena!

—Buena, ¡Dios mío! Buena; eso es lo que yo querría; por eso daría mi vida satisfecho; pero se muere, Javier, Asunción se muere, y tú y yo y todos somos quien la matamos.

Volvieran á oscilar entre los dedos del clérigo los cordones de su manteo. Movíalos entonces la impaciencia; azotaban su pecho, como azota sus flancos la cola del tigre antes de lanzarse sobre su presa.

—¡Se muere, se muere, y la matamos nosotros! ¿Por qué? ¿Porque no se casa con el herejote de Luis? Nadie se muere por esas cosas; además, que lo que hacemos es nuestro deber, hermano; piensa qué sería de tu hija con ese hombre; piensa que Dios te manda ser severo.

—Pero Dios no me manda asesinarla—dijo D. Ricardo, accionando con violencia, y la sombra de su brazo dilatada por la distancia parecía hundirse en la del clérigo.—Dios no puede mandarme eso; si Dios me lo mandara, no le obedecería.

Estaba transfigurado; la sangre fogosa de los Túrbride coloreaba por primera vez su semblante.

El sacerdote le miró en silencio, con la faz descompuesta.

—Y harías bien—dijo al cabo con acento vibrante,—harías bien; la hija de un impío, de otro impío debe ser esposa.

Entonces el cordón de su manteo se agitaba veloz y sin ritmo, como queriendo flagelar con sus oscilaciones al pobre D. Ricardo.

Se oyó en la alcoba un gemido de angustia.

Los dos hermanos corrieron hacia el sitio donde Asunción se hallaba.

Era ella, que, medio incorporada sobre el revuelto lecho, inundada la frente de sudor helado, pálida, convulsa, oprimiendo con su mano su garganta de nieve, miraba á su padre con ojos desencajados.

El embozo de la cama estaba manchado de sangre.

D. Ricardo temblaba, abrazado á su hija. D. Javier estaba pálido.

Poco á poco D. Ricardo fué sintiendo que los brazos de Asunción oprimían con menos fuerza su garganta, que los ojos de su hija se cerraban, y que sólo tenía entre sus brazos un cuerpo desmayado.

Pocos instantes más tarde, sólo había allí dos vivos, y sólo sollozos resonaban en la estancia.

Asunción había muerto.

.....

Un papel arrugado halló D. Javier debajo de la almohada del revuelto lecho; era una carta de Luis de la Iglesia.

Debajo de la firma, una mano crispada por la muerte había escrito con lápiz estas palabras:

«Ven, por Dios, ven, Luis mío. Tu—*Asunción.*»

JOSÉ J. HERRERO.

CRÓNICA POLÍTICA

15 Julio.

No se ve el Sol á las doce de un día despejado y claro más inconfundible y patente en el perpendicular cenit etéreo, que ya se ve y se palpa la razon sobrada, la prevision inmensa con que el Sr. Sagasta puso el nombre de *constitucional* al segundo partido de su historia, que fué aquel que le obligó á formar su antiguo y mal amigo político el Sr. Ruiz Zorrilla, dejándole relegado en un punto secundario é insuficiente al adjudicarse la herencia de la jefatura radical del General Prim. Ningun otro adjetivo, dictado, título y mote hubieran llenado los altos fines de su intencion personal, ni hubieran servido en tal alto y satisfactorio modo á sus propósitos individuales, como ha llenado y servido ese adjetivo lato, genérico y ámplio, á los trámites y pericias de su carrera pública en la última década española. Con este ejemplo á la vista, no habrá, de seguro, observacion imparcial, por mediana que sea, que negar pueda que para ver bien las cosas no hay, al fin y al cabo, cosa mejor que el tiempo. Constitucional empezó á ser el Sr. Sagasta de la Constitucion de 1869, con la cual, aunque sin el amor de sus derechos individuales, sirvió á la monarquía revolucionaria todo el tiempo que el Sr. Ruiz Zorrilla se lo permitiera. Constitucional de la dictadura fué más tarde el primer Ministro del Duque de la Torre, cuando hubo necesidad de constituir la doble resistencia á cimbrios y carlistas. Constitucional del espíritu del Código revolucionario volvió á ser el jefe de la minoría parlamentaria de la Restauracion, cuando era oportuno y trascendental constituir á la sombra de aquel espíritu la victoria final sobre el canovismo. Constitucional, puro y simple, del Código vigente de 1876 es el actual jefe de la mermada izquierda gobernante, sin que nadie pueda temer que, á no presentarse otro período electoral, ú otra carencia de presupuestos votados, permita el Sr. Sagasta que un solo Ministro se salga

un solo ápice del terreno de esa Constitución. Y por último, si hoy, hoy mismo, después de haberse leído el decreto de suspensión de la legislatura, ya terminada de hecho, y antes de emprender el viaje á Aguas-Buenas, que reclaman sus fatigados bronquios, nos asomásemos moralmente á las profundidades del fuero interno del grande amigo liberal del Sr. Alonso, veríamos que su constitucionalismo sistemático, persistente y orgánico sigue y vive arraigado en su espíritu como la ostra en la concha, y que, en último término, su conciencia está dando la razón á la teoría moderada de las Constituciones latentes y sin escribir, pero efectivas y reales como la realidad misma. De nada es más constitucional hoy el Sr. Sagasta, que de la situación política presente, tal y como se halla constituida bajo su presidencia. Será un constitucionalismo algo parcial, un tanto interesado y un si es no es estrecho, pero es un constitucionalismo innegable y positivo. El principio filosófico, científico y perdurable de la convicción sagastina está en él salvado y obedecido con su histórica constancia á este respecto. Porque el principio científico y fundamental del ilustre hombre de Estado de quien hablamos consiste, esencialmente, en que haya siempre constituido algo que al País y á él les convenga por iguales partes; y una vez determinada y conseguida la relativa constitución conveniente, él será, contra el mundo entero, su primer constitucional, como es hoy el constitucional primero de la Fusión, sin perjuicio de serlo mañana de lo que el porvenir constituya en buenos términos.

Por de pronto, constituido el verano sobre la base indestructible de un estío incuestionable y de una canícula segura; cerrado, con profundo gozo de la Administración progresista, el Parlamento, que todo lo pospone á las estériles interpelaciones; nombrado el sucesor del Sr. Linares Rivas, y desmentido el fracaso de la fragata *Zaragoza*, se abre tranquilamente el grande y necesario compás de espera que el Ministerio en general y su presidente en particular necesitan, no para descansar y no hacer nada, como el vulgo, apoyado en la tradición, sospecha; sino, por el contrario, para entregarse á un importantísimo trabajo, que no por ser mental ó de imaginación, deja de ser árduo y fatigoso, probado como está que el pensamiento es una fuerza que gasta al hombre tanto como el azadon. Con efecto: por grandes y gustosos que sean los placeres honestos y legítimos del veraneo de un buen Gobierno, no hay Gobierno que, cuando la necesidad le obliga á pensar, pueda jactarse de burlar las exigencias del espíritu en el seno de la mejor inacción física. El wagon, la silla

de postas, el gabinete aislado y fresco, el subsecretario, los directores y los diputados ausentes, el baño, el sorbete, el paseo vespertino entre amigos íntimos y satisfechos, nada valen ni significan cuando la conciencia dice: «aquí estoy;» cuando ha llegado el momento de tener que reflexionar, contra el deseo, contra la costumbre, contra la voluntad misma. Y es evidente, de toda evidencia, que la situación tiene necesidad vital é imprescindible de pensar, y de pensar sería y concienzudamente en una cosa de trascendencia suma, á saber: en variar de política cuando vuelva á ser preciso tener y desarrollar una política cualquiera, que será, indefectiblemente, para el otoño. ¿Y por qué? Por la más sencilla, por la más obvia, por la más convincente de las razones; por la razón de que el verano ha nacido precisamente cuando ha muerto á manos de su inutilidad la política que el Gabinete venía llamando suya; porque la política fusionista ha fracasado; porque no hay cosa humana que no pueda ser víctima de un gran fiasco, y la política de la Fusión lo ha sido; en una palabra, porque teniendo todo Gobierno necesidad y obligación de representar y de adoptar un plan político, y no sirviendo ya á este Gobierno el plan anterior, el que le dió poder, carteras, amigos, defensores, benevolencias, todo, claro es que hay que sustituirlo con otro, mejor ó peor, como sea, como pueda ser, pero con otro que no deje á la visita mensual del habilitado de cada Ministerio la explicación única y baladí de la presencia en él de su Ministro. Hasta las piedras de la calle, con las que todavía no se ha metido el celoso Sr. Camacho, saben que la política interior del Ministerio Sagasta tenía dos objetivos esenciales: primero, estrechar el lazo de unión entre el constitucionalismo y el centralismo convenidos para el hecho concreto del poder, y de cuya unión sincera podía y debía resultar, por una suma prudente de concesiones y sacrificios mutuos, la verdad, la positividad del partido fusionista, ó liberal dinástico; y segundo, desarmar ó atenuar por el cumplimiento honrado de las ofertas de la oposición, y hasta donde el honor de los principios lo consintiera, las resistencias antilegales de los radicalismos democráticos. Esta es la hora, empero, en que el solo trascurso de la primera legislatura de las Cortes fusionistas, lejos de cumplir, ni de poner siquiera en vías de cumplimiento el uno y el otro objeto de la aspiración suprema del sagastismo, los ha hecho abortar y declararse en plena, definitiva y creciente derrota. Nunca han estado más separadas ni distantes unas de otras las autoridades del constitucionalismo y del centralismo; la disidencia que ha dejado al Sr. Sagasta

sin sus antiguos amigos, ó significa eso, ó significa un odio á muerte entre éstos y los dominadores actuales del ánimo del presidente del Consejo, ó no significa nada. Primer fiasco.—Respecto á las democracias, ahí están sus últimas declaraciones y actitudes, desde las del Sr. Moret, que deja definitivamente de su mano al Ministro de Hacienda, hasta las del Sr. Castelar, dimisionario de la presidencia del Tribunal de actas; desde el Sr. Martos, cuyo amor inmodificable al Código del 69 hace constar una vez más *El Liberal*, hasta el señor Montero Ríos, que está conforme con el Sr. Martos. Segundo fiasco.—De modo que, aun prescindiendo de las dificultades del centro de la mayoría, capitaneado por el Sr. Navarro y Rodrigo, cuyo descontento y cuyo desden silenciosos son más alarmantes que las más alarmantes afirmaciones rotundas, bastan las dificultades que al Ministerio se ofrecen ya en toda la línea de la izquierda, para convertir en una triste verdad axiomática el gran fracaso de la política fusionista.—Hay, pues, como decía el Sr. Leon y Castillo en la oposicion, que variar de política; hay, pues, que seguir pensando, á través del verano, en la realidad de las cosas; en que todo llega; en que la segunda legislatura, por mucho que tarde, y por más que se haga para que tarde mucho, llegará también, al fin y al cabo, y con ella el hecho terrible de no existir mayoría disponible en el Congreso. Entre la disidencia y la democracia se han llevado esa mayoría, en espíritu, á la sombra de la legítima bandera de la izquierda, con todas y cada una de las soluciones izquierdas olvidadas ó mixtificadas por la política gobernante. No hay, pues, remedio; hay que inventar otra política, y tenerla preparada y en cartera para la segunda etapa. Véase, pues, si tienen que hacer y que trabajar mentalmente en el verano los interesados en que esa política nueva esté á punto cuando llegue el día. Á no ser que el Sr. Sagasta, de acuerdo con sus compañeros, encomiende el gran trabajo á la única y personal sutileza del Sr. Alonso Martinez, que, despues de todo, casi tiene el deber de hacerlo, por aquello de que nadie mejor que el que la armó, puede desarmarla.

En tal situacion, y con tal complejidad de necesidades y de disgustos pasados, presentes y futuros, se ha despedido, colectivamente, el Ministerio, del Parlamento y aun puede decirse que de la opinion pública, puesto que no ha de ser gran cosa lo que la opinion sepa de él durante las vacaciones del calor. Individualmente muchas de las despedidas han sido no menos airosas y significativas. El señor Ministro de Fomento quiso despedirse de veras, promoviendo

una crisis parcial, cuya única víctima designaba él mismo en su persona. La causa ostensible conocida es de todo el mundo. Dos hombres de letras, los Sres. Gutierrez y Calvo, hacen oposicion á una cátedra de Teruel. Se empata el Tribunal proponente, y se acude al Reglamento para lo del primer lugar de la propuesta, resultando primero el Sr. Calvo el preferido, como licenciado más antiguo, y luego el Sr. Gutierrez, por haber sido ya incluido en otras propuestas. Nombra el Sr. Albareda al Sr. Gutierrez, como era justo, y como le habían propuesto el negociado, la Direccion y el Consejo de Instruccion pública. Pero lee en seguida la prensa radical de la mañana, y se incomoda de una manera atroz con el negociado, con la Direccion, con el Consejo y hasta consigo mismo, sin que se sepa, en rigor, por qué, puesto que todo el mundo cree que ha obrado en justicia; y la incomodidad de S. E. llega hasta el punto de traducirse en cesantías, dimisiones, y, por último, crisis parcial. ¿Cómo había de recibir el Ministerio en masa semejante conato de crisis, que no tenía fundamento trascendental alguno, y que venía sólo apoyado en un mero exceso de susceptibilidad parlamentaria y personal del Sr. Albareda? El Sr. Albareda creyó ver cierta frialdad en la mayoría del Congreso respecto de su persona, al tratarse en esta Cámara la cuestion de la malhadada cátedra. Y bien: ¿y qué? Váyase por las veces que esa misma mayoría le ha aplaudido en presencia de las tribunas, que son el País. Pero venir con una crisis, con una peticion de cesantía, con una perturbacion de este género, precisamente en los momentos en que empieza el interregno parlamentario, es decir, en que empieza la escasa felicidad impune de que pueden disfrutar los asendereados consejeros responsables, precisamente cuando empieza el grato paréntesis de la falta de toda molestia, el grato período en que todo calla y se resigna, todo, desde el enemigo franco hasta el enemigo íntimo, desde el adversario doctrinal hasta el aspirante impaciente y práctico!... Al diablo no se le podía ocurrir antojo más inoportuno y molesto; y así fué recibido, en su virtud. Desechado y desaprobado por unanimidad, y tomado el acuerdo de que no se vuelva á hablar de semejante cosa, la despedida del señor Albareda tuvo que variar de tamaño y de objeto, y quedó reducida á la proporcion menor de su viaje á Astúrias, cuyo ferrocarril en construccion examina á estas horas.—De la despedida del señor Ministro de Marina nadie se ha enterado, porque en esto como en todo sigue fielmente S. E. la costumbre modesta de pasar desapercibido; pero no es menos cierto que S. E. debe irse uno de estos

días á las costas del Norte, donde á falta de las escuadras que no tenemos, podrá revisar y estudiar á su sabor la historia del glorioso instituto hoy encomendado á su ilustracion reconocida, pero tambien ¡ay! á la notoria falta de recursos que, segun sabe S. E. por el señor Camacho mismo, nos aqueja para reconstituirlo y organizarlo suficientemente. Por lo demas, y como en este país de injustos y de envidiosos el que no se contenta es porque no quiere, no faltan espíritus escépticos que dicen que si había de seguir al frente de la marina española, grande y poderosa, su jefe actual, más vale que no la tengamos.—De la despedida, en fin, del Sr. Ministro de Estado, que irá, segun se asegura, á engolfarse unos días en la biblioteca de su castillo de Mos, ni nosotros mismos, que tenemos el deber de ser insensibles con todo lo fusionista, podemos hablar sin relativo enterrecimiento. No se eclipsan moralmente, aunque se oculten por temporada, los hombres privilegiados que se constituyen, por el solo efecto de su talento, en acreedores perpetuos de su país. ¿Á quién debe España el arreglo de la cuestion de Saida, despues de la gestion óptima del Duque de Fernan-Nuñez? ¿Qué falta para el arreglo de esa reclamacion, sino el que sea atendida en la práctica como lo ha sido en principio? ¿Qué culpa tiene el Sr. Marqués de la informalidad traviesa y senil de Mr. Freycinet? Pues esta gloria legítima llevará nuestro Ministro á su retiro; y si se detuviera un poco, y aguardase nuevas y favorables noticias del Uruguay, que no pueden hacerse esperar, su satisfaccion sería completa, y podría saborear en su posesion feudal dos glorias en vez de una. Aunque bien mirado, casi es mejor que se vaya con una sola, no haga el demonio que desaparezca criminalmente otro individuo de cualquiera otra colonia española en América, y tampoco sea posible, ni encontrarle, ni que se castigue á los autores del secuestro. ¡Ah! ¡la distancia! ¡la distancia! ¿Quién la inventaría? Si Montevideo estuviese junto á París, ya seríamos, á fuerza de triunfos diplomáticos y militares, potencia de *primissimo cartello*.

Pero, en fin, como cada cual tiene sus gustos, nosotros, ya que de despedidas oficiales hablamos, no hemos de ocultar que ha merecido toda nuestra preferencia y nuestra admiracion toda la despedida parlamentaria de los conservadores en el Senado, al discutirse la ley provincial de D. Venancio. Pocas veces se ha visto una discusion técnica de esta clase, promovida y desarrollada con tal copia de lucidez. Basta decir que ha habido durante ella más de uno y más de diez progresistas que, al sentirse y sorprenderse con tamaña boca

abierta, á su pesar, en presencia de la argumentacion conservadora, se salieron horrorizados de sí mismos del salon de sesiones, y no volvieron hasta que se les trasmitió el consejo de votar. Todavía nos parece estar oyendo la palabra sóbria y contundente del Conde de Torreánaz, haciendo el oficio de escalpelo inexorable en el malhadado proyecto venancista, pintando los conatos tímidos de sensatez conservadora y centralizadora de algunos de sus copiados artículos; exponiendo luego, á la luz de su propia contradiccion cómica, las concesiones que pululan en dicha ley en favor de la tendencia de la amiga democracia. Una ley orgánica provincial, decía el Conde, ó debe ser de pura administracion, ó no lo entiendo. ¿Qué criterio progresista es este, que se deja dominar por el criterio político en una ley de esta especie? Prescindiendo del domicilio fijo del elector de la ley vigente, y creando el sufragio universal-provincial, que es el principal eje de este proyecto, se da el golpe de gracia á todo lo que es y puede ser buena, ordenada, imparcial gestion de los intereses provinciales. Desconociendo el principio eterno de la capacidad, que vivirá, sin embargo, á pesar de todas las democracias del mundo; encomendando los negocios contenciosos á un tribunal que formará la casualidad; estableciendo la multa discrecional; dejando, en fin, roto todo vínculo verdadero entre las nuevas comisiones provinciales y el Gobierno, y desamparados, como si fueran simples conservadores, el derecho y la justicia, lo que haceis en vez de una ley orgánica, es consumir, con premeditaciones insensatas, una desorganizacion caótica y contradictoria.—Y á la palabra del Conde de Torreánaz sucedió la de nuestro no menos docto amigo el Conde de Tejada de Valdosera, que fué estableciendo, con su habitual brillantez culta, una serie de pruebas incontestables, extendidas por su talento como una red férrea sobre el mísero fruto de la sabiduría administrativo-fusionista. Probó en efecto, nuestro inteligente correligionario, entre otras muchas, las siguientes *pequeñeces*: que la nueva ley está inspirada por la de 1870, cuyo descrédito no hay ya quien niegue más que el Ministro de Gobernacion; que si algo *nuevo* tiene, está tomado de las leyes anteriores á 1868; que á las tres reformas conservadoras de 1877, encaminadas á realzar la autoridad real y restablecer la perdida unidad de gobierno, responde, hoy como siempre, el progresismo impenitente con su eterno desconocimiento del verdadero criterio liberal y del verdadero interés autoritario, volviendo á resucitar aquel caciquismo originado en 1823, que fué preciso extirpar á toda

costa en 1844; que involucrando, confundiendo ó igualando las atribuciones del Gobernador y de la Diputacion, como sucede con la inspeccion y la visita, resultará todo en cualquier provincia menos alguien que la administre y gobierne con atribuciones verdaderamente propias é independientes; que va á seguir con esta desdichadísima ley fusionista la posibilidad de los excesos impunes en las corporaciones populares, y á la vez la impunidad de la suspension y de la disolucion en el poder central, como formidable y abusiva arma del espíritu de partido, con tan triste é irritante frecuencia esgrimida desde hace año y medio; que en abono de la veracidad histórica de estos y otros muchos abusos análogos, están Cádiz, Córdoba, Huelva, Orense, Pontevedra, Málaga, Cáceres y tantas otras capitales y provincias, cuyas penúltimas corporaciones fueron tan duramente castigadas por el solo delito de no pertenecer á un partido político de las simpatías del Gobierno; que el Gobierno no ha querido discutir á fondo la historia de esos excesos, cuyos autores, sus delegados, se siguen sonriendo ante sus víctimas colectivas; que, por si en esta ocasion se ha reanimado el valor del Gobierno (que no se ha reanimado), citaba, emplazaba y retaba á todo el contenido del banco azul al todavía vírgen debate; que además, cambiar el subgobernador permanente por el delegado accidental y tránsitorio, es cambiar á lo progresista, el pretor romano, el subprefecto francés y el lord del condado inglés, por el procónsul empequeñecido y sin autoridad ni eficacia.—De todas cuyas pruebas parciales sacó el entendido orador conservador, en resumen, la deducion lógica y terrorífica de que con la ley Gonzalez, si á alguna parte vamos con seguridad, es á la repeticion de aquellas 26 Diputaciones y de aquellos 470 Ayuntamientos suspendidos en 1881, que, segun el texto del discurso del digno senador, constituyeron un «escándalo que nos deshonró á los ojos de los extranjeros, y nos abochornó ante nuestra conciencia de hombres honrados y de buenos patricios.»—Y, en fin, por si acaso quedaba algo en pie (que no quedaba) de la bondad de la ley y del sentido comun de su autor, que no hubiese caido moral é intelectualmente á las plantas de los Condes de Torreánaz y de Tejada, se encargó el de la Romera, conservador tambien, de ir haciendo, artículo por artículo, una serie de preguntas, que produjeron en el Sr. Ministro uno de sus mayores atolondramientos históricos. Por ejemplo: si como hasta ahora se viene creyendo, dijo á propósito de la primera disposicion adicional nuestro amigo el inteligente secretario de la alta

Cámara, las leyes del Reino empiezan á regir desde el día de su promulgacion en la *Gaceta*, ¿van á regirse por ésta, una vez promulgada, las Diputaciones provinciales de la Monarquía? Yo creo que sí; pero deseo conocer, á pesar de mi creencia, la del Sr. Ministro. El Sr. Ministro contestó al Conde de la Romera que creía mal, porque la ley, promulgada y todo, no regiría más que en parte, hasta que pudiera regir en su integridad.—El Sr. Conde: Pues entonces: ¿por qué no se da un plazo para que rija, como se ha hecho, verbi gracia, con la Ley de enjuiciamiento, y se dejan así á salvo una porcion de seriedades? El Sr. Ministro: Porque no me parece practicable.—El Sr. Conde: Pues no lo entiendo.—El Senado en masa: Ni yo tampoco.—Tal ha sido la despedida parlamentaria de los vencidos de Febrero, cada dia, justo es reconocerlo, menos vencidos.

Otras despedidas más genéricas, y de mayor calibre y bulto, hemos tambien presenciado, sobre las cuales bien quisiéramos poder escribir hoy, para uso especial de nuestros lectores, el infolio que merecen. Pero un verdadero enjambre de consideraciones complejas y variadas nos lo impide, de las cuales sólo citaremos, como es uso, la falta de espacio.—Ha habido, por ejemplo, la despedida á la francesa, de los doce mil emigrados que, segun el guarismo melancólico publicado por un diario, han abandonado nuestros puertos de Levante y del Oeste en lo que va de año, yendo, como si lo viéramos, impulsados unánimemente por la inmensa fuerza centrífuga de la Fusion. Ha habido la especie de despedida, ya más concreta, del orden público, con los alborotos de Córdoba, Valencia, Barcelona y Pamplona, de los cuáles dicho se está que ha triunfado facilísimamente la autoridad local, auxiliada con ojo avizor por la sabiduría madrileña; y queda todavía en proyecto la despedida parcial de alguna parte de la tranquilidad pública, perturbada por influencias gástricas en algunas regiones de la famélica Andalucía. Pero á bien que si se realiza el medio revelado gran empréstito para obras públicas, vamos á salir á pantano, hospital, carretera, puente y canal por habitante; y entonces nos despediremos todos, para siempre, de esta pobreza alterante que, á pesar de la libertad y sus triunfos actuales, nos devora.—Amen.

Empezó, por fin, á tronar el cañon en Egipto, dándonos la razon á los que creemos que, desgraciadamente, ha de sonar aún muchas veces y en muchos años, antes de que la civilizacion europea deje de tener en la llamada cuestion de Oriente su nudo gordiano. Pero como estos nudos, cuando se echan, no han tenido ni tienen

más disolvente que el hierro, ó el fuego, la cosa es, en rigor, para ser deplorada, mas no para sorprender. Inglaterra, la poderosa, la altiva Inglaterra, ametrallando los fuertes de Alejandría, se ha encargado al fin de responder en lenguaje digno á las inicuas matanzas de europeos en aquel puerto, anunciando de paso al coloso foragido Arabi la suerte que, inevitablemente, han de tener sus planes políticos y su persona heroica, cuya heroicidad, sin embargo, tarda ya más de lo regular en demostrarse. Bien que no es lo mismo utilizar, para hacer carrera, el fanatismo de doce mil salvajes armados, que oponerse cuerpo á cuerpo á los soldados desembarcados con el exclusivo objeto de clavar los cañones del héroe invisible. Inglaterra, en fin, lleva la voz de la cultura occidental en aquella region que tanto ha debido ya, que tanto ha de deber á esa cultura. Las fragatas de la enorme República francesa de los Freycinets, se retiraron modestamente de la rada antes del cañoneo, declinando al parecer con profunda conviccion el honor de participar de una delegacion civilizadora de tal importancia. Las otras grandes potencias se han contentado con reconocer la justicia, tan cargada de razon y de paciencia, de la iniciativa inglesa. Luego, cuando Inglaterra, despues de poner de nuevo á salvo el interés de Europa y del mundo culto en aquel hoy sangriento teatro de una lucha que ha hecho más de lo posible por evitar, se adjudique acaso, como es presumible, la mejor parte de la victoria; entonces será el crujir de dientes del equilibrio europeo y de sus grandes directores, y será el protestar, y el conferenciar, y el apoyarse en la travesura constantinopolitana, si aun es posible. Pero hoy, en presencia de los hogares europeos de Alejandría reducidos á cenizas, cuando hay que decidirse, y que gastar, y que armar barcos, y que sacrificar hombres, hoy sólo es el dia de ver venir, de hacerse el sordo, de no comprometerse, de dejar que la mano ajena saque la sardina del fuego. ¿Qué importa el clamoreo íntimo de la conciencia? ¿Qué importa la conviccion de que, unidas las grandes naciones, sinceramente, en una accion rápida y comun, el pavoroso problema oriental dejaría de serlo en breve y á mucho menos precio del que está costando y costará? Lo importante es que resalte la intencion honda de los hombres de Estado del viejo mundo; lo importante es que la diplomacia siga probando á la Historia que no ha servido, ni sirve, ni servirá más que para hacer la guerra inevitable. ¿Se sabe todavía en qué ofensa, en qué vejámen, en qué abuso de Europa funda y apoya la soldadesca egipcia su resistencia? ¿Se sabe que ningun poder

ambicioso del continente tuviese miras egoistas respecto de las márgenes del Nilo, ni las amenazase ni en poco ni en mucho? ¿Es por ventura que Europa entera debía inclinarse ante la aspiración de la *soberanía nacional* egipcia, deseosa de hacer Khedive á Arabi bey, ó de restaurar la grandeza genízara del Sultan, ó de dejar de pagar á los capitalistas cristianos lo que les debe, ó de apoderarse bonitamente y con sus manos lavadas del canal de Lesseps? Esa *gran* Europa que deja sola á Inglaterra vengar los asesinatos de sus hijos y defender la obra más grande del progreso material moderno, ¿por qué no se digna, al menos, proporcionar científica y literariamente á la conciencia pública la exposición clara y razonada del terrible proceso, la demostración del derecho inconcuso y de su poseedor legítimo, sea el que sea? ¿Á qué aguarda la inmensa Europa diplomática, ya que no quiere embarcarse *cándidamente* en la expuesta aventura?

Otro suceso exterior, digámoslo así, aunque *algo* más pequeño sin duda, ha venido en estos días á excitar directamente la atención española, pendiente hoy de que el Sr. Sagasta vaya á Aguas-Buenas, si la cuestión de Egipto se lo permite, que, de seguro se lo permitirá. Nos referimos á las manifestaciones de cierta parte del pueblo portugués, que, con motivo de la aprobación parlamentaria de la nueva línea de ferrocarril hispano-lusitana por Salamanca, ha puesto, según copia de los periódicos, el grito en las nubes, clamando contra el proyecto, contra España, y, de paso, en favor de la república. La importancia de este acontecimiento debe ser medida, equitativamente, en primer término, por la opinión sensata de la mayoría de nuestros vecinos ibéricos, que, según nuestras noticias, no le concede ni poca ni mucha, remitiendo su desenlace á la policía. Por nuestra parte, no hemos de ocultar que, si en nuestra mano estuviese, renunciaríamos al ferrocarril portugués de Salamanca sin afectarnos, con tal de que los modernos hijos de Viriato que creen de su deber ser enemigos de España, nos perdonasen la vida.

G.

MOVIMIENTO LITERARIO

EN EL EXTRANJERO.

ARTE Y ARQUEOLOGÍA.

ALEMANIA.

El célebre pianista húngaro Francisco Liszt continúa la publicación de su obra monumental sobre música. Hace pocos meses que se ha impreso el tercer tomo, que se divide en dos partes, conteniendo la primera catorce ensayos sobre óperas, cuestiones escénicas y sus autores; y la segunda un extenso y profundo estudio de algunas óperas de Ricardo Wagner. El *Orfeo*, de Gluck; el *Fidelio*, el *Egmont*, de Beethoven; *Enryantha*, de Weber; *El sueño de una noche de verano*, de Mendelssohn; *Roberto el diablo*, de Meyerbeer, *La dama blanca*, de Boieldieu; la *Mutta di Portici*, de Rossini; *Montecchi e Capuletti*, de Bellini; *Favorita*, de Donizetti, y otros asuntos músicos de gran interés son tratados en la primera parte del libro de Liszt con el profundo conocimiento del arte y de su historia que distingue todos los trabajos de este insigne maestro. La segunda parte, dedicada á combatir la escuela de Wagner, ya iniciada por Weber, contiene juicios y apreciaciones razonadísimos sobre *Tannhauser*, *Lohengrin*, *Fliegende Hollaeder* y *Reingold*, sin que por eso pueda negarse que hay un poco de pasión al juzgar de la llamada *música del porvenir*. La obra de Liszt está escrita hace algunos años, y de esto se resiente en algunas partes; pero manifiesta desde luego los inmensos conocimientos del autor y la completa dominación de los asuntos de que trata (1).

(1) *Dramaturgische Blactter*, von Franz Liszt.—Leisic, Breitkopf a Haertel, 1881.

FRANCIA.

Siendo un poco benévolos con el espíritu de parcialidad en favor de Francia que domina en el libro de Mr. Dubosc de Pesquidoux, titulado *L'Art dans les Deux-Mondes*, la obra es importante, porque ofrece un cuadro del arte contemporáneo en el mundo. Según el autor, el arte ha de ser general y fácil de comprender por toda la humanidad, y debe dividirse en dos grandes grupos, el gótico y el latino. Al examinar el estado del arte en cada país, lo encuentra en decadencia, salvo en Francia, y éste es precisamente el flaco de la obra, por más que en su trabajo haga apreciaciones acertadísimas, principalmente en casi todo lo que se refiere á España. El estudio del arte en cada país va precedido de una especie de introducción explicando las causas que le dan carácter. Así el de Inglaterra lleva la explicación de la estética inglesa, tan diferente de la de otros países, Austria aparece con todas las influencias extrañas, que le quitan la unidad de que también carece el territorio, y Alemania ofrece el estudio y el cálculo que preside á todos sus actos. En resumen, el libro está escrito en estilo agradable y variado, la materia está expuesta con claridad y elevación, relacionando siempre el arte con la moral, y el trabajo de Mr. Dubosc de Pesquidoux es de los más estimables en su género, pues ningún otro da idea tan completa y cabal del arte universal contemporáneo (1).

Utilísimo para los coleccionistas es el libro que con el título de *Historia de la cerámica* ha publicado en Tours Eduardo Garnier. Dispuesto para clasificar con erudición y buen gusto las colecciones, está ilustrado con muchos grabados, que facilitan y aclaran el texto, el cual es una historia á grandes rasgos de las vicisitudes de este arte. Los barros de Egipto, Asiria, Caldea, Fenicia y Chipre son el asunto de la primera parte de la obra, por extremo concisa: más amplia es aquella en que el autor trata del desenvolvimiento de la cerámica en Grecia y de las tierras cocidas italiotas y etruscas, pasando revista con igual latitud á Ro-

(1) *L'Art dans les Deux-Mondes* (Peinture et sculpture), por Dubosc de Pesquidoux.—Paris, Plon, 1881.—2 vols., 7 frs.

ma y á la Galia, á los esmaltes de Persia y de Rodas, á las porcelanas hispano-moriscas y á las siculo árabes. Hasta aquí es un trabajo ligero y como de preparación, aunque nada de lo esencial que debe conocer un aficionado falta en él; pero la parte verdaderamente importante, es la que concierne al renacimiento y á la edad moderna. Después de un estudio sobre Lucas de la Robbia y de su escuela, vienen los de las mayólicas italianas de los siglos XV y XVI, de las fábricas de Toscana, de Urbino y de los Estados Pontificios, poniendo en claro los caracteres y señales de cada una de estas escuelas tan celebradas como poco conocidas. Numerosas muestras reproducidas de las mejores colecciones, facsímiles, firmas y marcas de fábrica aparecen en la parte de la obra en que el autor da á conocer los trabajos de los siglos XVII y XVIII, no limitándose á las fábricas francesas de Nevers, Ruan, Moustiers, Strasburgo y otras, sino abarcando también las de Italia, España, Alemania é Inglaterra. Un capítulo aparte de las porcelanas de China y el Japón y otro de los barros americanos, indios y africanos, terminan la obra de Garnier, de la cual casi puede asegurarse que es la más útil de las que hasta el día se han escrito (1).

Eugenio Muntz, director del periódico *El Arte*, y uno de los hombres que con más asiduidad han consagrado su vida al estudio de lo que á él concierne, acaba de probar sus amplios y sólidos conocimientos con la publicación del libro titulado *Los precursores del Renacimiento*. Es una verdadera historia del arte en la Edad Media, que ofrece los trabajos y las fuentes en que estudiaron los artistas del Renacimiento en Italia. Cultivadores como Giotto, Donatello y Ghiberti, protectores como los Médicis, los Stoozzi y los Rucellai, y reformadores como Rafael, Miguel Angel y Leonardo de Vinci, encuentran en Eugenio de Muntz historiador digno de su mérito y de su gloria. Presenta en su libro las obras de los escultores, de los arquitectos y de los pintores italianos anteriores al siglo XV, y señala la influencia que la antigüedad ejerció en su talento, ofreciendo con claridad las fuentes inmortales de lo bello, que los artistas de la Edad Media abandonaron en un

(1) *Histoire de la céramique, poteries, faiences et porcelaines, chez tous les peuples depuis les temps anciens jusqu'à nos jours*, par Edouard Garnier.—Tours, Mame, 1882.—1 vol., 7 frs.

pequeño período. En resumen, el libro es interesantísimo y muy útil para los aficionados á las artes (1).

Con el título de *Historia del arte en la antigüedad*, se ha comenzado á publicar en Francia una obra cuya importancia se encarece con sólo enunciar el plan de ella. No tendrá menos de ocho grandes volúmenes, y comprenderá desde las primeras edades de Egipto hasta las invasiones bárbaras del siglo V. Sus autores, Mr. Jorge Perrot, profesor de arqueología de la Sorbona, y Mr. Carlos Chipier, se proponen escribir una historia más completa y amplia que los trabajos de Winckelmann y Muller, comprendiendo Egipto, Asiria, Persia, Asia Menor, Grecia, Etruria y Roma. Ya ha visto la luz pública el primer tomo, que trata exclusivamente de Egipto y que aparece ilustrado con más de trescientos grabados. En dos capítulos traza el autor los caracteres generales de la civilización y de la arquitectura egipcia, siguiendo después otros sobre la arquitectura funeraria, la religiosa, la civil y militar, la construcción y los órdenes arquitectónicos, la escultura, la pintura, las artes industriales y un estudio general del lugar que debe ocupar el Egipto en la historia del arte. Todo el trabajo está hecho á conciencia y es recomendable por su importancia. Conforme siga la publicación, daremos cuenta de ella á los lectores, debiendo advertir aquí que los grabados no son buenos y que falta el estudio de los jeroglíficos (2).

INGLATERRA.

Con el título de *El Renacimiento de Italia* había publicado ya J. A. Symonds tres volúmenes que tratan del renacimiento de los estudios y de las bellas artes: ahora ha dado á luz dos más, que abarcan desde Bocaccio hasta la mitad del siglo XVI. Los cinco tomos pueden considerarse como una excelente introducción al estudio de la literatura italiana, escrita con muy buen gusto y erudición abundante. Son muy notables las disertaciones sobre

(1) *Les precursors de la Renaissance*, por Eugène Muntz.—París, librairie de *L'Art*, 1882.—1 vol., 20 frs.

(2) *Histoire de l'art dans l'antiquité*, por Georges Perrot et Charles Chipier.—Tome I. *l'Egypte*.—París, Hachette, 1882.—1 vol., 30 frs.

Bocaccio, Aretino, Pulci, Boyardo, Ariosto, Follengo, Bandello y Giraldo Cinthio, y toda la obra es de gran utilidad para los ingleses que quieran conocer la literatura italiana en un trabajo serio y digno de estudio.

LIBROS ESPAÑOLES.

En la imposibilidad de dar noticia á los lectores de la REVISTA de todos aquellos que se publican en España, porque nos faltan tiempo y espacio para ello, lo haremos de algunos que han llegado á nuestras manos, tan sucintamente como exige la índole de esta sección. El movimiento literario en nuestra Patria ha crecido extraordinariamente, y ya son insuficientes las Revistas Bibliográficas de las publicaciones periódicas de índole general para contener juicios extensos y razonados sobre todos y cada uno de los libros que se publican. Falta, pues, en España un periódico que, á imitación del *Polybiblion* francés y otros de igual índole, dé noticia circunstanciada de todo lo que se imprime, y juicio imparcial y seguro de aquello que merezca estudio serio y detenido. Mientras este vacío no se llene, preciso será que los aficionados á tal género de lectura recorran una y otra Revista ó vean las secciones bibliográfica y literaria de los diarios políticos para formar idea, si no exacta, aproximada de las obras más importantes que salen al público. Procuraremos, pues, en lo que á nosotros concierne, dar de tiempo en tiempo una ligerísima reseña de algunas publicaciones, contribuyendo así, en parte, á suplir la necesidad de un boletín bibliográfico completo y esmerado.

Uno de los últimos libros que se han puesto á la venta se llama *Líneas y manchas* y está escrito por D. Santiago de Liniers. Periodista por afición y joven de agudo ingenio y sana doctrina, todo cuanto escribe este autor es ameno y agradable, porque á su gracia natural, reúne las circunstancias de un estilo corriente y claro y forma generalmente correcta. Sus aficiones se muestran con más evidencia en la sátira culta y en el acertado manejo de la ironía. Por eso casi todos sus escritos no se apartan nunca del

tono festivo, en el cual sobresale, demostrando singular gracejo. El fin de todos sus trabajos es profundamente moral, y por esta cualidad especialmente se hacen recomendables sus obras para toda clase de lectores.

Líneas y manchas es un librito primorosamente impreso en casa de Pérez Dubrull, que contiene una colección de artículos escritos en diferentes ocasiones y con propósito también diferente; pero que guarda la unidad de presentar cuadros de costumbres contemporáneas y tipos de nuestros días pintados con bastante verdad y castigados con fina sátira en aquello que merecen reprobación. Algo exagera las cosas en ocasiones el Sr. Liniers; pero esto es falta tan común en los escritores de costumbres sociales, que tal vez no se halle ninguno que haya dejado de incurrir en ella.

Treinta y tres artículos contiene este libro, y en ellos presenta su autor ciertos pormenores de la vida periodística, otros de la aristocrática, acertadas observaciones sobre la literatura dramática y el público que juzga de ella, juicios imparciales de ciertas costumbres políticas y en ocasiones estudios serios en forma ligera y superficial de casos y de cosas que revelan profunda corrupción social, á la que, con noble empeño, trata de poner correctivo. En resumen, el trabajo del Sr. Liniers merece recomendarse por su buena intención, su agradable estilo y la amenidad que en todo él campea (1).

Desdicha nuestra es que el primer libro de que hemos de tratar, publicado en América, sea tal, que nos impida prodigarle los elogios que deseáramos. La literatura de la América española está hoy tan hermanada con la nuestra, y la reacción que allí se verifica nos es tan favorable, que todo cuanto en España se haga y escriba en elogio de nuestros hermanos en lengua y costumbres, no será más que justa y merecida correspondencia á sus buenos deseos y al esmero con que allí cultivan nuestra literatura. Escritores hay en aquellas Repúblicas que pueden competir con los mejores de la Península, y no es raro ver trabajos de crítica literaria en ellas publicados, tan imparcial y correctamente escritos,

(1) *Líneas y manchas*. Apuntes, rasgos y contornos tomados del natural, por D. Santiago Liniers.—Madrid, Pérez Dubrull, 1882.—Un volumen, 12 rs.

como los mejores que aquí ven la luz pública. Por eso nos es muy doloroso tener que tratar de un libro de *versos* que apenas si pueden llamarse tales y en los que su autor busca inspiraciones bastardas y entecas, contrarias al espíritu y á la tradición de los españoles. Los versos del Sr. D. Alberto Navarro Viola parecen hijos de una imaginación enfermiza, incapaz de penetrar en los esplendurosos misterios de la poesía. Obra, la mayor parte de las composiciones, más de artificio que de arte, y faltas de verdadera inspiración, alardea en ella su autor de un sentimentalismo falso y malsano, dando ocasión para que se considere el libro como una colección de fragmentos en prosa mal rimada, llenos de ideas que un tiempo pusieron en boga los enciclopedistas, pero que hoy están abandonadas por el buen sentido, y escritos en forma que dista mucho de la claridad, elegancia y corrección que exige este género de literatura. Extravagante el autor en la metrificacón y en el estilo, lo es igualmente en el sentimiento y en la doctrina, y hasta tal punto, que sus *versos*, más bien que una colección de inspiraciones más ó menos espontáneas y artísticamente expresadas, parecen obra de un sectario que aspira sólo á llamar la atención del público y á promover polémicas que armen ruido. No será así ciertamente, pues muy pocos aficionados tendrán valor para terminar la lectura de un libro naturalmente pesado, monótono y empalagoso. La edición, hecha en Buenos Aires, es lindísima, lujosa y muy correcta, y si el texto le igualara en mérito, nos hubiéramos ahorrado la pena de juzgarlo con dureza (1).

Del mismo autor es el segundo tomo del *Anuario bibliográfico de la República Argentina*, ó por lo menos su nombre aparece en el libro como el del director de dicha publicación. Encomio merece el pensamiento de dar noticia circunstanciada de todo lo que en cada año se imprime en un país, y sólo el intento de hacerlo en la República Argentina, es digno de estimación y aplauso, pues prueba un grado de cultura á que no han llegado otros países más poderosos. Algo podría decirse sobre el método y el sistema de clasificaciones del libro; pero estos son trabajos que se perfeccionan con el tiempo, y la práctica enseña más que todos los con-

(1) *Versos* de Alberto Navarro Viola.—Buenos Aires, 1882.—Un volumen en 8.º

sejos en estas materias. Cada nuevo volumen estará seguramente mejor confeccionado, y en cuanto á la parte crítica, es de desear más imparcialidad en los juicios, menos espíritu de escuela, pues en este volumen el anticlericalismo es tan ciego, que bien puede calificarse de *clerofobia* (1).

De poco volumen, pero sustancioso y digno de aplauso, es el libro publicado por Emilio Martín con el título de *La poesía lírica en Cuba*. Bien estudiado el asunto de que trata este trabajo, que su autor modestamente llama *apuntes para un libro de biografía y de crítica*, es tal vez lo mejor que sobre la materia se ha escrito, pues á la imparcialidad y espíritu recto que en él dominan, se junta forma clara y correcta y conocimiento de la materia acrisolado en el buen gusto de nuestros clásicos. El libro es un conjunto de biografías y juicios críticos de los poetas cubanos, y aunque en la parte biográfica el autor se para poco, en lo que concierne á la poesía prueba que ha leído é investigado mucho y que sabe distinguir lo que es verdaderamente bueno de aquello que la moda ó el compadrazgo ha hecho pasar por tal sin serlo. El cuadro que ofrece el Sr. Martín es completo, pues comprende desde los primeros poetas cubanos que merecen el nombre de tales, y que no alcanzan á más que á los últimos años del siglo pasado, hasta los que aun viven y cultivan con afición y mérito la poesía castellana. Los mejores trozos de cada autor y muestras que prueban los defectos de que han adolecido, ilustran y amenizan el libro, por muchos conceptos digno de recomendación. Zequeira y Arango, Rubalca-
ba, Heredia, la Avellaneda, Plácido, Palma, Milanés, Alfonso, Luaces, López de Briñas, Mendive, Socorro de León, Zenea y Vinageras son los poetas de cuya vida y escritos trata el Sr. Martín, y bien puede asegurarse que si en los datos biográficos es deficiente con frecuencia, sin duda porque da poca importancia á esta parte de su trabajo, en lo que toca á sus poesías poco ó nada omite y de todo expone su opinión, generalmente acertada, sin tener para nada en cuenta las opiniones políticas de los autores. Raras veces en tan pocas páginas, no llegan á ciento, se puede

(1) *Anuario bibliográfico de la República Argentina*. Año II; director, Alberto Navarro Viola.—Buenos Aires, M. Biedma, 1881, 1 volumen en 8.º

tratar materia tan abundante é instructiva, como que ellas bastan para formar idea casi exacta de la poesía lírica en Cuba. El libro, pues, y su autor merecen recomendación sin reserva. La edición es muy incorrecta (1).

También sobre Cuba y en libro no muy voluminoso ha publicado D. Nicolás Fort y Roldán un estudio de la raza indígena, muy digno de que se haga de él mención honrosa. Escrito con presencia y conocimiento de los autores que han tratado de esta materia, y después de larga residencia en la isla de Cuba, el señor Fort demuestra en su trabajo aptitud no común y ciencia bastante en lo que á la raza indígena se refiere. En el primer capítulo expone ideas generales sobre la filología cubana, analizando la lengua en sus fundamentos y ofreciendo noticias curiosas y útiles. Sigue después un capítulo sobre geografía física é historia natural, tan luminoso como el anterior, presentando en él cuanto se sabe sobre los límites y costas, la zoología, la mineralogía y la botánica de la tierra de Cuba y dando nuevas noticias hijas de sus estudios. Á la etnología destina otra parte del libro, y da idea de los trajes y costumbres de los antiguos y modernos naturales, examina sus leyes, tradiciones y religión, concluyendo por una reseña histórica sobre los orígenes de este pueblo. Otra de todas las tribus indígenas forma capítulo aparte: válese para su clasificación de la autoridad de reputados escritores y aclara algunos puntos dudosos: termina el libro con un vocabulario etimológico de los indígenas cubanos. Por la ligera exposición que hemos hecho de lo que contiene el volumen del Sr. Fort, puede comprenderse la utilidad de su trabajo y los títulos que tiene para que sea bien acogido por el público. De aplaudir es la laboriosidad y buen deseo de quien consagra parte de su vida á investigar y estudiar una materia poco conocida, pero interesante para la ciencia y principalmente para los españoles (2).

Algo merece que se diga en elogio de su autor el libro titulado

(1) *La poesía lírica en Cuba (Apuntes para un libro de biografía y de crítica)*, por Emilio Martín.—Oviedo, Vallina y compañía, 1882.

(2) *Cuba indígena*, por Nicolás Fort y Roldán.—Madrid, R. Moreno y R. Rojas, 1881.

La Mancha, escrito por D. Enrique Pérez Escrich; pues aunque el escritor no se ha propuesto enseñar nada ni apenas deleitar, resulta sin embargo agradable y muestra desde luego la buena índole del Sr. Escrich, que escribe un libro sólo para expresar su gratitud á los nobles manchegos, que en diferentes ocasiones le han obsequiado con sus cazaderos y su generosa hospitalidad. Aunque el libro se llama *La Mancha*, no se trata en él solamente de esta extensa y rica comarca, sino que el autor incluye buen número de escritos sueltos en prosa y verso, todos ellos de aventuras de caza, y algunos amenos y graciosos. Para los cazadores se ha escrito este libro, y ellos deben ser principalmente los que lo lean, en la seguridad de que hallarán en él solaz y agradable pasatiempo (1).

El tercero y último tomo de la *Historia de los Heterodoxos españoles*, escrita por D. Marcelino Menéndez Pelayo, se ha puesto á la venta hace pocos días, y Tirios y Troyanos se han apresurado á adquirir este libro, que aun antes de ver la luz pública, ya era famoso por la materia que había de tratar en él tan ilustre escritor. Dar noticia de todo lo que contiene este volumen y de la maravillosa manera como en él se juzga de las doctrinas y de las personas, sería obra muy larga é impropia de una ligera revista bibliográfica: materia contiene él sólo para extensos artículos y profundas observaciones. Todo el libro es un asombro, no ya de erudición, sino de claridad y precisión de juicio, de extraordinaria lucidez de inteligencia para ver las cosas como son, de estilo claro, conciso, enérgico, propio y original. La última parte del tomo, la que trata de las doctrinas filosófico-religiosas de nuestros contemporáneos, precisamente aquella que con más ansiedad se esperaba y la que más podía prestarse á la polémica, es seguramente la en que el Sr. Menéndez Pelayo ha estado más feliz, si es posible el más y el menos en obras de esa fenomenal inteligencia que es asombro de propios y extraños. Las dificultades que ofrecía el juzgar de la ortodoxia de los escritos de sus contemporáneos, tal vez de sus maestros y de sus íntimos amigos, eran en opinión de todos insuperables, y sin embargo, el joven catedrático las ha

(1) *La Mancha*. Narraciones venatorias. Su autor, Enrique Pérez Escrich.—Madrid, Fortanet, 1881.—1 vol., 12 rs.

vencido presentando como fácil y correcto aquello que estaba sembrado de asperezas y espinas. Hombres que una gran parte de nuestra generación ha conocido vivos, y que el Sr. Pelayo no pudo conocer, los retrata con tal verdad y exactitud, que no parece sino que han sido sus compañeros y condiscípulos: las doctrinas que sustentaron las expone con textos de sus autores; lo heterodoxo que contienen lo evidencia con singular facilidad. Se creía que esta última parte de su obra daría ocasión á protestas y reclamaciones, y sin embargo, las afirmaciones del joven profesor están de tal manera justificadas, que es seguro que ninguna refutación seria se hará de su trabajo. No puede negarse que los krausistas españoles están tratados con cierto rigor; pero hay que confesar que para defenderse de los razonamientos y calificaciones del Sr. Pelayo, tendrían que renegar de las proposiciones y declaraciones que á la letra aparecen copiadas, siendo pruebas inexorables que justifican y robustecen la argumentación. En resumen, el tercer tomo de la *Historia de los Heterodoxos españoles* corona la obra del Sr. Menéndez Pelayo, monumento elevado á la ciencia y á las letras españolas por el que ya hoy, y á la edad de veinticinco años, es una verdadera gloria nacional.

C.